EL BUCLE DE PAULA



DIEGO M. B. DOMÍNGUEZ

EL BUCLE DE PAULA

Diego M. B. Domínguez

El bucle de Paula

© Diego M. B. Domínguez, 2024

Corrección: Carmen Domínguez.

Diseño de cubierta: Verónica Manzanares.

Obra autopublicada.

1ª edición, abril 2026

Todos los derechos reservados. Queda totalmente prohibida la reproducción total o parcial de este libro, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso del autor, bajo la sanción establecida por la Ley. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Kindle Direct Publishing

Paperback Edition, 2026

ÍNDICE

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 1

La alarma del teléfono se activó a las seis y media de la mañana, interrumpiendo el completo silencio que había estado reinando hasta entonces en la habitación. En cuanto comenzaron a oírse los primeros compases de la versión que realizó Ramin Djawadi de "*The House of the Rising Sun*", Paula entreabrió los ojos con patente disgusto. La idea de despertar y ponerse manos a la obra no le hacía demasiada gracia. En especial, en un día como ese.

En honor a la verdad, a muy pocas personas les agradaban los lunes. Mucho menos uno como aquel, que marcaba su retorno a la monótona rutina cotidiana tras haber disfrutado de una más que merecida quincena de vacaciones. Habían sido un par de semanas fabulosas, en las que había tenido la oportunidad de hacer un sinfín de cosas diferentes: viajar a ciudades remotas, descubrir lugares insólitos, probar platos exóticos y asombrosos, conocer a gente francamente interesante…

Aunque por desgracia, y como suele ser normal, todo lo bueno se acaba. Quizás porque, de no ser de este modo, sería imposible valorar esos momentos tan satisfactorios en su justa medida. Sea como fuere, mientras seguía dando vueltas sobre la cama, no parecía lo bastante convencida de ello. Y, sin embargo, no tenía otro remedio que asimilarlo. Muy a su pesar le tocaba reincorporarse, regresar a la oficina y sumirse en sus aburridos quehaceres profesionales.

Aun así, todavía le costó un ratito moverse. Se mantuvo rezongando en el colchón sin dejar de lamentar su inminente aterrizaje en la realidad. La perspectiva de pasarse horas sentada ante el atestado escritorio de su despacho, escondida detrás de

grandes torres de expedientes, no le resultaba en absoluto placentera. Una imagen que, para su desdicha, iba a repetirse de manera constante hasta la Navidad: no gozaría de un período de asueto hasta esas fechas tan señaladas.

Llegar a esta conclusión provocó que profiriera un hondo suspiro, repleto de tristeza y amargura. Quedaba una eternidad para contar nuevamente con algo de tiempo para ella misma. Quedaba una eternidad para que consiguiera sentirse nuevamente libre. O, por supuesto, eso creía: en el fondo tampoco faltaba tanto, pues no era más que el dos de septiembre.

Al final, después de estar cavilando sin descanso en torno a aquel asunto durante un breve pero intenso instante, arrancó. Despacio, se giró hasta alcanzar la mesilla de noche, donde reposaba su móvil. Luego, tanteó, torpe y perezosamente, hasta hallar el dispositivo. Una vez lo tuvo en su mano, acalló la melodía que la había sacado del plácido sueño en el que había permanecido toda la noche.

Sin parar de farfullar se levantó, dirigiéndose con andar titubeante hacia el cuarto de baño con la intención de ducharse. Lo cierto fue que notar el contacto del agua en su piel tuvo un efecto reparador. Podría decirse, incluso, que mágico. Con lentitud fue apartando el malestar que había padecido desde que despegó los ojos para intentar ver el tema desde un prisma distinto.

Sabía, de sobra, que no tenía motivos para quejarse por su situación. Al graduarse logró insertarse en el habitualmente complicado y volátil mercado laboral, siendo contratada por la empresa donde realizó sus prácticas universitarias. La misma de la que, varios años más tarde, continuaba formando parte. Y pese a que era innegable que el suyo era un trabajo tedioso y machacón, no era menos verdad que le había reportado una importante estabilidad. Bien mirado, podía considerarse afortunada. Al menos, en mayor medida que las personas de su edad.

Fue con este planteamiento en la cabeza como salió de la ducha para, sin la menor dilación, empezar a secarse. Mientras se afanaba por quitar las últimas gotas de agua de su piel se repitió sin cesar

esa idea. Lo hizo como si se tratara de una especie de milagroso mantra que, de algún modo, la ayudaría a eliminar por completo todo rastro del ofuscamiento que hasta entonces había sufrido.

Por extraño que pudiera parecer, tuvo éxito: la desazón que le infundía el mero hecho de regresar a la rutina amainó sustancialmente. Así, cuando volvió al dormitorio con la toalla alrededor del cuerpo, advirtió que estaba mucho más calmada. Tanto, que ahora lo único que tenía en el pensamiento era terminar de arreglarse para partir lo antes posible.

Con rapidez soltó la toalla en el suelo para, de inmediato, abrir las puertas del enorme armario donde guardaba su ropa. Siguió unos segundos frente al ropero, contemplando el panorama como si aún estuviera decidiendo qué conjunto debía vestir para afrontar el lance. Acabó eligiendo uno cómodo y sencillo: una blusa blanca y un pantalón oscuro a juego con los zapatos que había escogido para la ocasión.

Tras rematar esta tarea deambuló con aire distraído por la estancia hasta que, como quien no quiere la cosa, sus ojos tropezaron con el espejo del tocador. De repente, sin otro propósito que el de escrutar el reflejo que devolvía la brillante superficie de cristal, se detuvo un momento. Con inusitada atención analizó su atuendo, su postura y, cómo no, su rostro.

Tenía la piel igual de clara que siempre. Y eso que, en el curso de esas dos semanas de vacaciones, había procurado tomar el sol lo máximo posible. Sin embargo, por más que se esforzara, no existía forma humana de que pillara un poco de color. Algo que, en su adolescencia, le había originado tremendos sinsabores y que a esas alturas de su vida daba la impresión de tener bastante asumido.

Este era un rasgo que contrastaba, sobremanera, con la tonalidad de su frondosa media melena, que casi le llegaba hasta los hombros. El pelo de Paula era de un negro profundo, prácticamente azabache. Como también lo eran sus vivaces ojos, rodeados por una increíble hilera de pestañas largas y finas.

Con respecto a su nariz, era menuda y recta. Tampoco presentaban un tamaño demasiado grande sus orejas, de las que por lo común pendían unos discretos aros plateados que le regaló su madre con motivo de su graduación. Y, en cuanto a su boca, era alargada y estaba recubierta por unos labios delgados y de apariencia delicada.

Relativamente satisfecha concluyó su exhaustivo examen para, a continuación, marchar hacia la cocina para prepararse una generosa taza de café antes de acudir a trabajar. Sin duda, era uno de sus ratos preferidos del día: estimaba que era uno de esos insignificantes placeres que hacían que vivir mereciera la pena. Le encantaba dar ligeros sorbos a su humeante bebida, deleitándose con su intenso aroma y su delicioso sabor. Todo ello, al tiempo que dejaba la mente en blanco hasta abstraerse por entero de su entorno.

Después de disfrutar de aquel instante de paz y tranquilidad se dirigió al recibidor de su vivienda para coger su pequeño bolso, de color marrón. Al colgárselo del hombro comprobó que no olvidaba nada que pudiera necesitar durante la jornada. Y, al finalizar las pertinentes revisiones, abrió la puerta de su piso.

Cuando abandonó el edificio y puso un pie en el exterior fue acogida por las suaves y sutiles caricias de la brisa matutina, que provocaron que se le erizara la piel en el acto. Aquella era una dicha de la que, en ese período del año, tan solo gozaban quienes, como ella, salían pronto de casa. A primera hora la temperatura era muy agradable: sin comparación alguna con el insoportable calor que se desataría luego.

En verdad, este era el aspecto que menos le gustaba de esa sencilla ciudad de provincias. Por no señalar, de manera directa, que era el único que le fastidiaba. Lo cierto era que llevaba enamorada de aquella tierra desde que tuvo ocasión de visitarla cuando estaba en el instituto. Lo que sintió entonces, siendo apenas una adolescente, fue, en esencia, un flechazo fulminante. Quedó prendada de sus calles, de sus habitantes y de sus costumbres.

Comprendió que más tarde o más temprano haría de ese rincón su hogar.

Este fue un propósito que, mucho antes de lo que aquella muchacha imaginaba, acabó cumpliendo. Fue allí donde cursó sus estudios universitarios; fue allí donde halló un empleo que le facilitó establecerse. Realizó, por decirlo de algún modo, un camino inverso al de la mayoría de la gente: lo habitual era huir de las provincias para recalar en las capitales de mayor envergadura. Este no fue su caso. Jamás se arrepintió de haber tomado esa decisión.

Para Paula, aquel lugar ofrecía las principales ventajas de residir en un núcleo urbano de grandes dimensiones, aunque sin padecer ninguno de sus engorrosos inconvenientes. Como, por ejemplo, las exageradas distancias, el incesante ruido o la desesperante sensación de tener que ir a cualquier sitio a toda prisa con tal de no retrasarse. Eso no ocurría ahí, ya que el ritmo era diferente: más apacible, más pausado. Justo lo que siempre había deseado.

Pensando sobre estos asuntos, sin saber en realidad por qué le vinieron a la cabeza, cubrió el trayecto de su domicilio a la empresa en simplemente veinte minutos. La oficina, que dispensaba asesoramiento de todo tipo y condición, estaba ubicada en una de las principales arterias de esa modesta localidad. Pese a ello, por lo general no solía haber un excesivo trasiego de clientes.

En el momento en el que se dio de bruces con la entrada del local, de estética moderna y vanguardista, contuvo la respiración. Y, sin que le fuera posible remediarlo, se vio asaltada de nuevo por la persistente tristeza de por la mañana. La idea de traspasar el umbral le causó un inmenso rechazo. No quería encontrarse con sus compañeros. No quería acometer las mismas tareas. Solo quería pegar media vuelta y regresar a casa más que ninguna otra cosa en el mundo.

Por supuesto, no lo hizo. Consiguió controlar ese poderoso impulso, abriendo la puerta para acceder al recinto. De inmediato fue recibida por los trabajadores más madrugadores con gran efusividad. Estaba claro que los allí presentes se mostraban

contentos de verla, puesto que acudieron en tropel a saludarla con enorme interés. No faltó el típico interrogatorio acerca de lo que había hecho a lo largo de esas dos semanas en las que había disfrutado de sus vacaciones. Tampoco, los comentarios jocosos para darle el pésame por su reincorporación.

Tanto en un sentido como en el opuesto, esperaba que las primeras conversaciones con sus colegas siguieran esos derroteros. No obstante, lo que sucedió a continuación fue totalmente sorprendente para ella: le levantaron la moral, permitiéndole aparcar el abatimiento que había vuelto a aparecer hacía escasos minutos. No era capaz de explicarlo. Ni siquiera de entenderlo. Pero, después de haber hablado con ellos, se notó reconfortada y con fuerzas para encarar el arranque de la jornada.

Sin embargo, estos ánimos renovados duraron un suspiro: lo que tardó en pasar a su minúsculo despacho para descubrir que encima del escritorio estaban aguardando su retorno una inagotable montaña de expedientes. Nada más contemplarlos, advirtió una punzada de dolor en la boca del estómago que no hizo sino acrecentarse a medida que fue aproximándose a la mesa. Era muy consciente de lo que le tocaba: horas y horas de lectura, revisión y catalogación.

A esta ardua y tediosa faena se consagró desde que se sentó, dispuesta a examinar, sin distracciones, los documentos incluidos en cada una de las carpetas. Estaba decidida a sobreponerse al aburrimiento para rematar con rapidez esa monótona labor. Tanto fue así que apenas realizó descansos, más allá de los propios para proferir sonoros resoplidos de frustración.

De esta manera permaneció hasta que, poco antes de las diez y media, escuchó cómo llamaban a su puerta. Quien se hallaba fuera no esperó a que contestara pues, con ímpetu, abrió de par en par. Entonces fue cuando, en el umbral, encontró a su amiga Sandra: una chica unos dos años más joven que también había sido contratada por la empresa tras el vencimiento de su pertinente período de prácticas universitarias.

— ¡Paula, no sabes cuánto me alegro de verte!

— Buenos días, Sandra… —saludó, descolocada ante esa súbita interrupción.

— ¿Qué tal? ¿Cómo lo llevas? —inquirió la recién llegada, con la mirada clavada en el montón de carpetas apiladas sobre la mesa.

— Ahí vamos…

— Un pelín harta, ¿eh?

— Es una forma de expresarlo, sí —replicó con evidente sopor, esgrimiendo una mueca forzada que rezumaba hastío.

Su compañera no vaciló en devolverle el gesto. Aunque, en su caso, este contaba con un cariz mucho más natural y desenfadado. Algo que, en cierto grado, era comprensible: la actividad que desempeñaba dentro de la organización era bastante más entretenida que la de la mujer a la que había venido a visitar.

Y, sin dejar de sonreír, no demoró en preguntarle:

— ¿Te apetece desayunar?

— ¿Desayunar? ¿Qué hora es?

— Casi las diez y media.

— Joder… —murmuró Paula, confiando en que en realidad fuera más tarde.

— El tiempo vuela cuando te diviertes, ¿eh?

— Ya te digo…

La conversación, después de esto, sufrió una incómoda pausa. Desde la distancia se miraron con extrañeza, sin tener demasiado claro cómo proseguir aquel diálogo. Aparentaban aguardar a que la otra se decidiera a hablar para soltar cualquier nadería, sin que esto ocurriera.

— Si quieres adelántate y pilla sitio… —propuso por último Paula, para quebrar ese breve silencio—. Me queda muy poquito para

liquidar este dosier. En cuanto termine de revisarlo nos reunimos en la cafetería, ¿vale?

No fue preciso que lo repitiera. Al oír estas palabras, la muchacha asintió levemente con la cabeza para darle a entender que había tomado nota. Y, así, cerró la puerta para que pudiera continuar con la lectura de esos mortificantes documentos con la mayor tranquilidad posible.

A pesar de que apenas le faltaban unos párrafos para completar ese enrevesado expediente, retomar el hilo le costó mucho más de lo deseado. Quizás, como consecuencia del imprevisto paréntesis que acababa de producirse. Tal vez, ante la ilusionante perspectiva de salir pronto a comer algo con su amiga. O, con toda probabilidad, por la conjunción de los dos factores.

Sea como fuere, para cuando al fin consiguió concluir esa tarea, habían transcurrido diez largos minutos. Sin embargo, no fue plenamente consciente de esta circunstancia hasta que partió de su despacho y se dispuso a comprobar la hora en el enorme reloj que colgaba de una de las paredes de la entrada de la oficina. En ese instante experimentó un apuro considerable, corriendo a la calle como alma que lleva el diablo.

Al galope se dirigió hacia el semáforo más próximo, con la intención de cruzar con rapidez hacia la acera de enfrente: justo donde se emplazaba el establecimiento en el que ella y Sandra solían desayunar a diario en jornada laboral. Las prisas, que como es frecuente decir no son las mejores consejeras, la condujeron a estar a punto de chocar en un par de ocasiones con algunos de los viandantes que se toparon en su camino. Huelga mencionar que no se percató de esto ni una de las oportunidades que estuvo cerca de suceder: lo único que tenía en el pensamiento era la imagen de su compañera, esperando su llegada en una solitaria mesa.

Bastante acelerada, casi sin resuello, alcanzó el anhelado paso de peatones. Arrastrada por la inercia, sin siquiera detenerse un segundo, miró hacia ambos lados: no creyó ver ningún vehículo aproximarse, por lo que siguió hacia adelante. Una decisión que,

para su desgracia, resultó fatal: un autobús que circulaba a gran velocidad la arrolló, sin que pudiera hacer nada por evitarlo.

CAPÍTULO 2

A sus oídos acudieron los ecos distantes, pero cada vez más próximos, de la alarma del teléfono. Sobresaltada separó los párpados de manera brusca antes de saltar como un resorte sobre la cama con idéntica violencia. Todo ello mientras que, a su izquierda, el despertador reproducía las notas del piano de Ramin Djawadi como si tal cosa. Ni más ni menos que la función que ella le había asignado.

Ajena a aquel sonido tan familiar, se mantuvo petrificada unos minutos. No hubiera sido capaz de moverse ni aunque lo hubiera querido: estaba aterrada por completo. El corazón le palpitaba con rapidez, fuera de control. Los desbocados latidos martilleaban en sus sienes, sin piedad alguna. Y, para colmo, su cuerpo estaba anegado en un asqueroso sudor frío y pegajoso.

Atenazada por el miedo echó un vistazo a su alrededor con el propósito de identificar cualquier elemento cotidiano en medio de la densa penumbra que gobernaba la estancia. No fue una labor sencilla, ya que la ausencia de luz desfiguró los contornos de los objetos, propiciando que adquirieran formas grotescas y desconcertantes. A esto también había que añadir un importante hándicap: su estado, todavía bastante alterado.

Pese a ello, en el transcurso de su exploración consiguió discernir varios perfiles que conocía de sobra. Como, por ejemplo, algunos muebles como el armario de la ropa o el tocador. O las cortinas, que en ese momento se encontraban echadas para cubrir la ventana. No cabía la menor duda: aquella era su habitación.

Alcanzar esta conclusión no la tranquilizó en absoluto. En verdad, lo contrario. Lejos de aportarle un mínimo de calma o de aplacar el

temor que llevaba padeciendo desde que abrió los ojos, no hizo excepto arrojar más leña al fuego. En gran parte porque no comprendía nada de nada.

Sí, estaba en casa. Sí, estaba en su dormitorio. Sin embargo, ¿cómo era eso posible? ¿Cómo había acabado allí? ¿No había estado hasta ahora fuera, en el trabajo?

Lo último que recordaba era salir deprisa y corriendo de la oficina para desayunar con Sandra en la misma cafetería de siempre. Y, luego…

En ese instante, al intentar rememorar lo que tuvo lugar a continuación, un agudo escalofrío recorrió su columna de arriba abajo. Una señal que interpretó del único modo razonable: que, por su propio bien, lo más conveniente sería no hurgar en el asunto.

Fue entonces, quizás con la intención de ignorar esos sombríos pensamientos, cuando se dio cuenta de que el móvil permanecía activado. Miró hacia la izquierda para comprobar que, en efecto, encima de la mesilla de noche se hallaba el dispositivo en cuestión. Tenía la pantalla encendida y no paraba de emitir a todo volumen, sin cesar, "*The House of the Rising Sun*".

Así pues, Paula estiró el brazo, no sin notar una profunda pereza, para coger el aparato. A continuación, deslizó el dedo sobre el visor para silenciar de una vez la canción. Actuó, como cada mañana, de manera automática y sin ser consciente apenas de lo que estaba haciendo. Tampoco tenía demasiado sentido que procediera de forma diferente puesto que se trataba de una tarea la mar de rutinaria.

El panorama cambió después de que la interfaz del despertador se desvaneciera para hacer sitio a su habitual fondo de pantalla. Fue ahí donde los ojos de la mujer se fijaron en un detalle que captó con fuerza su atención: la fecha de ese día que acababa de comenzar. Y esta, para su asombro, no era otra que el dos de septiembre de 2024.

Durante unos segundos se resistió a asumir lo que había visto. Para empezar, porque consideraba que no podía ser cierto: había vivido ese día previamente. Al menos, eso pensaba ella. Tenía recuerdos frescos y vívidos de lo que acaeció a lo largo de aquella jornada, desde que se levantó de la cama hasta que partió con gesto atropellado al encuentro de su amiga para tomar algo.

¿Qué estaba pasando? ¿Cómo era siquiera posible? ¿Se había vuelto loca? ¿Acaso lo que creía haber experimentado hacía poco no era sino producto de su imaginación? ¿Acaso cuanto creía haber vivido en el curso de esa mañana no había sido sino un sueño? Pero, ¿cómo no podía haber sucedido aquello en realidad?

Como era lógico y natural, este torbellino de interrogantes la dejó aún más confundida de lo que ya estaba. Tanto, que incapaz de descubrir la respuesta, lo único que alcanzó a hacer fue suspirar con evidente desesperación. Y, al tiempo que se acercaba una mano a su sudorosa frente, decidió que lo mejor sería abrazar la opción más simple: que, por mucho que pudiera extrañarle, aquello no había sido salvo un mal sueño.

Uno muy real, aunque, a la postre, solo eso: un sueño. En este aspecto le pareció que con seguridad era su subconsciente, aquejado por el con frecuencia temido síndrome postvacacional, el que le había gastado una broma pesada. No se le ocurría ninguna explicación racional para justificar las potentes vivencias oníricas que había sentido.

Sea como fuere, en especial si daba esos argumentos por buenos, sabía que calentarse la cabeza en exceso era algo que carecía de propósito. No le quedaba más remedio que abandonar la cama y arrancar para encarar una jornada que se preveía más intensa de lo normal.

***

Aquel podría haber sido un lunes como cualquier otro, igual de detestable que todos los demás. No obstante, no fue uno más. Al menos, no para ella. Cualquiera afirmaría que era porque señalaba

su regreso a la oficina tras sus felices vacaciones veraniegas. Sin embargo, hubo una cuestión que le generó todavía mayor aversión: la impresión continuada de que había vivido aquello con antelación.

La primera oportunidad fue cuando entró al cuarto de baño para ducharse. De golpe y porrazo, mientras calibraba la temperatura del agua para que estuviera a su gusto, se vio dominada por una irrefrenable angustia que, cómo no, estaba relacionada con su ineludible retorno a la rutina. La idea de estar confinada entre las cuatro paredes de su pequeño despacho, clasificando sin descanso interminables expedientes, le resultó devastadora.

La historia se enmendó, sin embargo, al meterse dentro del plato de ducha: entonces consiguió aliviar ese malestar de manera considerable. Para ello tuvo que pensar en su situación que, para nada, era tan dramática como la estaba pintando. Es más, incluso se dijo que, en comparación con la mayoría de las personas de su edad, era una auténtica privilegiada. Exactamente lo que estimó en el inquietante sueño que había tenido antes de despertar.

Notó una turbación similar minutos después, en el momento en el que, de vuelta a su alcoba, abrió las puertas del armario para vestirse. En cuanto se dispuso a echar un vistazo a la ropa que había allí guardada, sin tener claro qué ponerse, percibió un desagradable hormigueo en la boca del estómago que parecía estar advirtiéndola de algo. No supo interpretar el particular aviso que le estaba lanzando su propio organismo hasta que fue demasiado tarde: había elegido el mismo conjunto que en aquel maldito sueño.

Ser consciente de esta circunstancia hizo que, desde ese preciso instante, mantuviera una actitud de extremada vigilancia. De camino a la empresa permaneció atenta a cualquier suceso que tuviera lugar a su alrededor con tal de establecer una comparativa entre lo que había soñado y la realidad. Tuvo la sensación de cruzarse con las mismas gentes, encontrar los mismos vehículos o detenerse en los mismos puntos del itinerario. Todas las veces que creyó ser testigo de alguna escena coincidente sufrió un desasosiego indescriptible.

El culmen de la lógica desazón que le infundió la inexplicable serie de episodios que parecían repetirse en el curso de la mañana sin causa aparente se correspondió con su llegada a la asesoría. Fue posar un pie en la oficina y hallarse rodeada, de repente, por los empleados que pululaban por ahí. En sus rostros apreció expresiones semejantes a las que había mostrado cada uno de ellos durante aquel extraño sueño. Para colmo de males, le plantearon las mismas preguntas sobre sus vacaciones y le gastaron las mismas bromas sin gracia sobre su reincorporación.

Al final, tras este breve intercambio de palabras con sus colegas, Paula logró llegar a su despacho. Víctima del nerviosismo y del desconcierto cerró la puerta con gran estruendo. No le importó lo más mínimo. Tenía temas mucho más relevantes de los que preocuparse ahora. Como, por ejemplo, comprender qué estaba ocurriendo.

Era innegable que los eventos que estaba experimentando en aquella difícil jornada conservaban el guion que marcaba ese sueño tan extravagante y perturbador. Esto era algo que, visto lo visto, no admitía discusión alguna. En efecto, podría decirse que a esas alturas era la única certeza que poseía. Todo lo demás era un puro misterio.

El principio del día transcurrió sin pena ni gloria, en medio de una completa improductividad. Ya no solo por el hecho de que no consiguió ordenar las piezas de ese sobrecogedor rompecabezas, sino porque tampoco le fue posible trabajar. En un par de ocasiones trató de examinar una de las carpetas que estaban apiladas encima de su mesa para leer los documentos que albergaba. No obstante, siempre que lo intentaba estaba persuadida de que había llevado a cabo esa tarea con anterioridad. Y, de forma inevitable, se descubría cercada por un sinfín de frustrantes incógnitas.

Así quedó, perdida en la caótica vorágine de sus pensamientos, hasta que poco antes de las diez y media pasó una cosa que no por esperada le inspiró menor sorpresa: escuchó, con absoluta claridad, unos toquecitos rítmicos en el lado opuesto de la puerta. En el acto,

sin que pudiera siquiera reaccionar, esta se abrió. En el umbral apareció Sandra, su preciada compañera.

La súbita entrada en escena de la joven le provocó sentimientos encontrados. Más que nada por lo que implicaba: justamente la constatación de que lo que estaba viviendo hoy no era sino un calco de lo que continuaba estimando que era un sueño. Tal vez, como consecuencia de esto, la felicidad que por lo general notaba en su presencia se vio enturbiada por un enorme recelo.

Una sensación que fue en aumento después de que su visitante exclamara, con semblante sonriente:

— ¡Paula, no sabes cuánto me alegro de verte!

Luego, ambas sostuvieron un corto diálogo que en ningún caso se distanció de los cánones fijados por el sueño que había tenido esa noche. La muchacha reproducía sus líneas con total naturalidad, sin ser consciente de lo que estaba sucediendo. Todo lo contrario que ella, que, sin entender muy bien por qué, ofreció las réplicas previstas a pesar de la incomodidad que estaba sintiendo.

La conversación, como no podía ser de otro modo, condujo a la proposición por parte de su amiga de tomarse una pausa para desayunar fuera. Tuvo la impresión, en ese momento, de estar frente a una encrucijada. Desconocía el motivo, pero estaba segura de que la respuesta que brindara ante esa oferta sería decisiva. Y, por esa razón, meditó a conciencia qué contestar.

Su primer impulso fue el de no apartarse del guion y pedirle a la chica que se adelantara para pillar mesa mientras acababa con sus quehaceres. Sin embargo, casi de inmediato, se vio empujada a hacer algo diferente. La idea de levantarse de la silla para marchar las dos juntas a la cafetería revoloteó por su mente. También, la de inventarse cualquier excusa para no salir a la calle.

A lo largo de varios segundos barajó cada una de estas posibilidades, ignorando por cuál decantarse. A más vueltas daba al asunto, menos clara tenía qué resolución proporcionarle. Por último,

hastiada de tanto pensar, optó por la alternativa que le parecía más sencilla: seguir al dedillo el guion establecido.

Cuando de nuevo se quedó a solas, en principio para rematar la lectura de un dosier que con franqueza ni siquiera había mirado, no pudo sino cavilar sobre el cúmulo de curiosas situaciones de las que estaba siendo testigo. Eso sí, ahora lo hizo con un matiz distinto. Lejos de esforzarse inútilmente por hallar una pizca de sentido a lo que estaba experimentando, se afanó por recordar qué era lo próximo que venía. No tuvo éxito.

Tras haber intentado refrescar su memoria durante unos diez minutos abandonó su despacho, reparando entonces en que estaba haciendo esperar a su compañera más de lo debido. Partió con mucho apuro de la asesoría, andando como si la vida le fuera en ello y sin otro propósito que el de localizar un semáforo que le permitiera cruzar a la acera de enfrente. No tardó demasiado en alcanzar ese punto y, en cuanto se dispuso a pasar, un autobús urbano se topó en su camino.

***

El tiempo se detuvo en ese preciso instante, aunque no le importó lo más mínimo. Todo había terminado para ella. A su alrededor no había salvo una insondable negrura, que aparentaba no tener otro objetivo que el de abrazarla con ansia para adueñarse de su ser. A su alrededor no había salvo un rotundo y descorazonador silencio, del que tuvo el convencimiento de que no conseguiría escapar jamás.

O, al menos, eso creía. En medio de la completa nada en la que se hallaba, apreció un sonido de sobra cotidiano y familiar. No era más que un rumor, tenue y amortiguado, que parecía convocarla a reunirse con él. No era más que un eco, distante y disperso, que parecía atraerla hacia él.

Pese a que pudiera considerarse como algo nimio e inofensivo, sintió un vehemente temor cuando lo identificó. Comprendió, de improviso, de qué se trataba. Por ello, no quiso responder a esa

enigmática llamada. Por ello, no quiso acudir al sitio del que provenía. Aun así, no fue capaz de hacer gran cosa por impedirlo.

Cada vez lo notó más fuerte, más cercano. A medida que esto tenía lugar, mayor era la sensación de estar siendo arrastrada en contra de su voluntad hacia la fuente de tan singular fenómeno. Cada vez más raudo, cada vez más veloz. Sin que contara en absoluto su deseo, que no era excepto el de proseguir inerte en plena oscuridad.

Hasta que, de repente, aquel viaje acabó. Recobró la respiración. Abrió los ojos. Y escuchó, con perfecta nitidez, el sonido que la había devuelto a la realidad: "*The House of the Rising Sun*", de Ramin Djawadi.

***

En esta oportunidad, Paula no se movió. Permaneció muy quieta, sin cesar de oír esa maldita melodía, en tanto que a su alrededor todo parecía tomar forma. El vacío en el que se figuraba haber estado dio paso a un decorado corpóreo y, sin duda, reconocible. Al fin y al cabo, se trataba de su dormitorio.

Apenas llegó a esta conclusión se percató de que, en efecto, estaba tumbada en la cama. Ocupaba el centro del colchón, con el cuerpo totalmente rígido: los brazos, pegados; las piernas, estiradas. No se atrevió a agitar ni un solo músculo, escrutando desde su posición el entorno.

Tuvo, en ese momento, la pavorosa impresión de que sus objetos personales se estaban materializando poco a poco: el armario, el tocador, las cortinas, la alfombra, los cuadros… Casi, como si alguna clase de entidad superior estuviera dibujando su habitación con lentitud y un extraordinario lujo de detalles. Todo, con tal de que estuviera tal y como ella la recordaba.

Mientras creía estar presenciando este disparate comenzó a negar con rapidez con la cabeza, a la par que murmuraba con un desvalido hilo de voz:

— ¿Qué está pasando aquí? ¿Qué está pasando aquí?

No dejó de comportarse de este modo hasta que, transcurrido un rato, decidió que el inexplicable suceso del que había sido testigo había terminado. Desde su sitio realizó un barrido visual de la estancia, comprobando que no había nada fuera de lo normal: todo aparentaba estar en orden, como siempre. Sin embargo, era evidente que algo fuera de lo común estaba ocurriendo.

En ese punto fue cuando su mente volvió a ser consciente del molesto sonido que no había parado de escucharse desde que despertó y cuya existencia había obviado hasta entonces. Al reparar en este estímulo externo, un resoplido cargado de enfado y frustración escapó de sus labios: estaba empezando a cogerle bastante tirria a esa dichosa cancioncita.

Con la intención de acallarla definitivamente fue como desistió de su estatismo. Con cierta dificultad consiguió girar hacia la izquierda, para tener más fácil acceso a la mesilla de noche en la que se hallaba el teléfono. Sin rodeos, lo agarró con firmeza con la mano para cancelar la alarma. Y, tras cumplir con esta tarea, sintió cómo el alma se le caía a los pies al ver la fecha en la pantalla de inicio: era lunes, dos de septiembre…

— ¿Otra vez? —se preguntó en voz alta, presa de una profunda incredulidad—. ¿Pero qué coño es esto?

Después de pronunciar estas palabras no dijo más, guardando silencio durante unos minutos. De pronto, sin saber en concreto por qué, arrancó a reír con enorme estruendo. La suya fue una risotada nerviosa e histérica, sin el menor atisbo de alegría. En esencia, era el triste preludio de lo que vendría en breve: un llanto desconsolado y desgarrador.

Perdió la noción del tiempo que estuvo así, acurrucada en la cama y oscilando de un estado a otro sin poder reconducir la situación. En escasos segundos iba de la risa al llanto y viceversa, dominada por un devastador desconcierto. La causa no era sino la

certeza, por mucho que no comprendiera lo que estaba sucediendo, de que nada de aquello era un sueño.

Si de algo estaba persuadida era de que ya había vivido ese día con anterioridad. Y que, incluso, no lo había hecho en una única ocasión: como mínimo, esto se había producido en un par de oportunidades. En ambas, el guion había sido casi calcado. Por no decir, directamente, que idéntico.

Tanto en un caso como en el otro amanecía a las seis y media de la mañana embargada por el hondo pesar que le generaba el retorno a la oficina. Una desazón que, por más empeño que le ponía, no la abandonaba a lo largo de la jornada. En realidad, se acrecentaba cuando se disponía a trabajar en su diminuto despacho. Más tarde, alrededor de las diez y media, aparecía Sandra para plantearle la posibilidad de desayunar en la cafetería. Y, en el momento en el que alcanzaba el cruce de marras para acudir al encuentro de su amiga, todo se oscurecía para comenzar de nuevo.

El curso de los acontecimientos estaba claro y definido: daba la impresión de ser un ciclo sólido, establecido a la perfección. No obstante, la mujer continuaba sin entender por qué le estaba pasando esto. Quizás, nunca sería capaz. Por eso, en aquel instante la asaltó una acuciante duda que provocó que se estremeciera: ¿habría modo de interrumpir ese bucle que, en apariencia, tenía visos de ser imperecedero?

Rumiando esta importantísima cuestión experimentó un desasosiego equiparable al que notó al ser visitada aquella segunda vez por su compañera: un extraño pálpito, cuyo origen desconocía y que la invitaba a intentar algo diferente. Ahora no se permitió el lujo de vacilar. Consideró que no arriesgaba gran cosa por seguir su instinto y, por ello, decidió que había llegado la hora de poner a prueba los límites de esa espiral sin fin en la que suponía estar atrapada.

Tras cavilar con detenimiento al respecto resolvió que la manera más simple de lograr ese propósito sería no salir de casa bajo ningún concepto. Esta era una fórmula que, en su opinión, le

facilitaría romper drásticamente con el esquema que mantenía aquella fecha: si no iba a la calle, no tendría lugar nada de lo que parecía previsto que ocurriera. Y, además, sobre el papel resultaba inocua. En suma, era muy improbable que, permaneciendo en la seguridad del hogar, se expusiera a cualquier tipo de peligro.

Con esta voluntad, Paula dejó que el día transcurriera con amargura. Apenas habló con nadie, excepto cuando telefoneó temprano a la oficina para comunicar que estaba enferma y que no podría ir a trabajar. Apenas se movió de su cuarto, salvo para ir a la cocina a prepararse el desayuno, el almuerzo y la cena. Apenas se entretuvo, sin recurrir a ninguna distracción como leer un libro o ver una película.

La mayor parte del tiempo estuvo tumbada bocarriba en la cama, con la mirada perdida en un punto indeterminado del infinito. Su mente la llevó, de forma persistente, a reflexionar acerca de lo que estaba sucediendo. Siempre que lo hacía, caía en un remolino de tristeza, inquietud y miedo: por mucho que se devanaba los sesos para comprender la situación no hallaba una respuesta satisfactoria.

Y así se deslizaron los minutos hasta que, agotada por completo, se durmió cerca de las once de la noche. Su último pensamiento, antes de caer rendida en los brazos de Morfeo, fue el deseo de que una vez que la alarma del despertador la forzara a abrir los ojos descubriera en la pantalla del aparato que el lunes había quedado atrás. Sería señal de que aquello no había sido más que una pesadilla.

CAPÍTULO 3

Aunque la fatiga anímica la condujo a dormirse sin que se diera cuenta, la verdad fue que aquella madrugada no resultó bajo ningún concepto sencilla para Paula. Tuvo la sensación de haber descansado a duras penas, de haberse pasado la mayoría del rato removiéndose de un lado a otro del colchón. Intentando conciliar el sueño sin excesivo éxito, incapaz de acallar el incesante runrún de su cabeza mientras aguardaba a que el teléfono se activara.

Esto ocurrió, tal y como estaba previsto, a las seis y media de la mañana. En ese momento resonaron por la habitación los primeros compases de "*The House of the Rising Sun*". Una melodía que había adorado desde que tuvo ocasión de escucharla y que, después de los recientes acontecimientos que le había tocado experimentar, estaba empezando a producirle una honda aversión.

En cuanto oyó la canción que estaba siendo reproducida desde su móvil, la mujer actuó con tremenda rapidez. Prácticamente se abalanzó sobre la mesilla de noche, impaciente como estaba por descubrir la fecha que aparecería en el aparato tras silenciar el despertador. Sin embargo, cuando por fin tuvo el dispositivo en su poder, prefirió tomárselo con calma antes de realizar esas esperadas averiguaciones.

Contuvo la respiración, consciente de lo que había en juego. Solo existían un par de posibilidades: o que el día de hoy volviera a ser el odioso lunes dos de septiembre o que, por el contrario, fuera el tan anhelado martes tres de septiembre. El primer escenario era extremadamente incierto y con unas consecuencias que la espantaban más que nada en el mundo. El otro era mucho más

agradable, siendo la constatación de que las aguas habían regresado a su cauce. ¿Con qué se encontraría al cotejar aquel dato?

No tardó demasiado en contestar al interrogante que en tal grado la atormentaba: halló la respuesta en apenas unos segundos. Ese fue el tiempo que transcurrió desde que apagó la alarma hasta que vio con sus propios ojos la información que con ansia deseaba conocer. Era el maldito dos de septiembre, de nuevo…

Un miedo paralizante afloró desde el fondo de su ser, golpeándola sin miramientos para, de inmediato, propagarse por todos los confines de su cuerpo. A medida que padecía los embates de esta oleada de temor indiscriminado se sintió indefectiblemente perdida. También, pequeña e insignificante. Muy a su pesar, estaba atrapada. Y de aquel modo permanecería sin que importara en absoluto lo que hiciera por ponerle remedio.

Llegó a esta desalentadora conclusión sin apartar la vista de su *smartphone*, contemplando con creciente rabia la fecha que anunciaba la pantalla. Estaba enfadada, dolida, furiosa. Fuera de sí. Tanto era así que la ira que estaba notando aumentaba de forma exponencial el pánico que se había desatado dentro de ella hacía unos breves instantes.

La tensión, el horror y la cólera la llevaron a un punto de no retorno: no pudo aguantar más y, sin dudarlo, comenzó a chillar dominada por la desesperación. Fueron unos aullidos terroríficos, cargados de aflicción y desconcierto, que segaron la quietud que hasta entonces había reinado en el cuarto. Gritó hasta desgarrarse la garganta, lamentando su suerte y su situación. Gritó hasta desgañitarse por completo, sin preocuparle lo que pensara cualquiera que la escuchara.

Hasta que, ya exhausta y casi sin fuerzas para seguir profiriendo esos devastadores alaridos, no pudo sino romper a llorar con enorme desconsuelo. ¿Por qué le estaba sucediendo esto? ¿Qué debía hacer ahora? ¿Cómo debía proceder una vez que había captado cuál era su realidad? ¿Estaba destinada a repetir sin

descanso el mismo día? ¿Hasta cuándo? ¿Cuánto más duraría esa tortura? ¿Alcanzaría en algún momento la deseada salida?

Ni siquiera una de las preguntas incluidas en esta inagotable ristra de interrogantes obtuvo respuesta. Algo que, teniendo en cuenta las circunstancias, resultaba bastante comprensible. Mientras evaluaba cada una de estas incógnitas advirtió cómo la incertidumbre crecía en su interior. Sin embargo, por insólito que pueda parecer, fue justo esa rotunda ausencia de certezas la que la motivó a reaccionar.

Con los ojos aún empañados por las lágrimas abrió el navegador de su móvil con el firme propósito de localizar cualquier indicio que la ayudara a enterarse bien de lo que estaba ocurriendo. Tenía claro de antemano que las posibilidades de que lograra dar con información al respecto eran muy escasas. Por no decir que, directamente, eran nulas. No obstante, no se jugaba gran cosa por intentarlo.

Durante horas escudriñó las cabeceras de los principales periódicos de la zona, leyendo de manera obsesiva cada artículo con el que se topó. Todo, con tal de descubrir la menor pista que le permitiera arrojar una chispa de luz al misterio que estaba encarando. Por supuesto, ninguno de sus esfuerzos fructificó: fueron totalmente baldíos.

Pese a este esperable revés, no se desanimó. En verdad, fue al contrario. El hecho de no tropezarse con ninguna noticia que tuviera relación con el inverosímil fenómeno que estaba experimentando propició que se decantara por coger un camino distinto. Un cambio de enfoque que, en líneas generales, se resumía con la frase que la mujer pronunció con voz ronca antes de empezar:

— Si la montaña no va a Mahoma, Mahoma irá a la montaña…

Acababa de comprobar que todavía nadie se había hecho eco de estos acontecimientos tan alejados de la normalidad. Por eso, no tenía más opción que dar un paso al frente y tomar cartas en el asunto. ¿Qué mejor modo de llevarlo a cabo que generando

contenido tanto en foros como en redes sociales? ¿Qué mejor modo de conseguirlo que contando su propia historia, aguardando a que alguien se pusiera en contacto con ella?

Y, con ánimos renovados, se dispuso a redactar un borrador en su teléfono con la intención de publicarlo luego en diversas plataformas:

"*Hola a todos. Mi nombre es Paula y no me andaré con rodeos… ¿Alguna vez habéis tenido la sensación de estar atrapados en un bucle infinito y permanente? No os lo estoy preguntando en sentido figurado, sino en el más literal que pueda haber. Porque, precisamente, es eso lo que me está sucediendo. Cada nuevo día siempre es el mismo: el lunes dos de septiembre.*

No sé cómo explicarlo… Es como si el tiempo se hubiera parado por completo, negándose a avanzar. O, quizás, sería más apropiado afirmar que en lugar de pasar al día siguiente sufre un sorprendente reinicio. Que yo sepa, esta es la cuarta vez que, al despertarme por la mañana, me encuentro con que es el maldito lunes. Y que, por consiguiente, parezco condenada a repetir sin cesar las mismas vivencias sin que la gente de mi entorno lo note.

Nada de esto tiene mucho sentido, lo sé. De idéntica forma que sé que al leer este post muchos de vosotros pensaréis que estoy loca. No os pretendo a engañar: yo misma, en innumerables ocasiones, me lo he llegado a plantear. Pero las evidencias que tengo relativas a lo que está ocurriendo no admiten ninguna duda. No tengo ni idea de cómo esto puede ser posible, aunque estoy convencida de que así es. Es real. Está pasando.

Por eso me he decidido a escribir, con la esperanza de no ser la única persona que se haya percatado de que algo extraño está sucediendo. Si a alguno de vosotros también os ha pasado, agradecería que contactarais conmigo… Igual, entre todos, seremos capaces de arreglar la situación".

Tras terminar esta nota la repasó minuciosamente, resuelta a detectar cualquier fallo que necesitara ser subsanado antes de su

publicación. No podía consentir el más mínimo error, por trivial que fuera: lo que quería expresar tenía que quedar plasmado a la perfección. Por ello, perdió la cuenta de las veces que leyó el texto hasta estar satisfecha.

Sin mayor dilación, se puso en marcha. No hubo foro, red social o grupo de la región que no visitara. En ellos propagó su misiva, sin malgastar ni un solo minuto. Por momentos se sintió como un náufrago que envía a la desesperada un mensaje en una botella a la espera de ser rescatado. Sin embargo, no cejó en su empeño. Era consciente de que aquella era su mejor oportunidad. Acaso, la única.

Inmersa en esta frenética tarea, no se detuvo en ningún caso a comprobar qué acogida habían tenido sus palabras entre el resto de los usuarios. Ya se encargaría de eso más adelante, cuando hubiera concluido con aquella improvisada ronda de difusión. O, al menos, eso creía. De haberlo hecho, con toda probabilidad, hubiera reparado en que sus mensajes se esfumaron sin dejar rastro tan pronto como fueron publicados. Como si nunca hubieran sido escritos. Como si alguien no deseara que fueran leídos.

Y, a pesar de esto, al cabo de un rato recibió en la bandeja de entrada de una de estas aplicaciones una comunicación que estimó bastante prometedora: un tipo que se hacía llamar Zanka la emplazaba a verse con él un poco más pronto de las doce del mediodía en una cafetería de las afueras para hablar del tema. Parecía que, por fin, la suerte empezaba a sonreírle.

***

El encuentro se produciría en la cafetería Monteverde, ubicada en el barrio homónimo del extrarradio. Una zona de la ciudad en la que, en honor a la verdad, no había estado excepto en raras ocasiones. Solía moverse sobre todo por el centro de esa pequeña urbe, donde consideraba que había alternativas de ocio más atractivas. Por eso, la circunstancia de que el enigmático sujeto que le escribió eligiera ese lugar para su conversación le resultó muy atípica. Por no decir que, hasta cierto punto, inquietante.

No obstante, cualquier reticencia que hubiera podido albergar en ese aspecto desapareció en cuanto posó un pie dentro del recinto. La primera impresión que le causó aquel sitio fue manifiestamente positiva. Bastó con que echara una rápida ojeada al local para que constatara que nada tenía que envidiar a los que frecuentaba, por lo general, para desayunar o para merendar.

Frente a la puerta de acceso, a mano derecha, se hallaba un amplio mostrador desde el que dos empleadas cumplimentaban a los recién llegados luciendo la más espléndidas de sus sonrisas. Pero lo bueno no era esto, sino la ingente cantidad de tentadores dulces que exhibían las vitrinas de este mueble: cruasanes, palmeras, cañas, milhojas, piononos, pastelitos… También había un par de máquinas de café que daban la sensación de llevar toda la jornada a pleno rendimiento.

Dispuestas en el interior de la confitería, cuya planta era rectangular, había en torno a diez mesitas circulares, metálicas y de color negro. El número de sillas con las que contaba cada una de ellas oscilaba entre dos y tres, dependiendo de los clientes que estuvieran utilizándolas en ese instante. Eso sí, existía el suficiente margen como para que sus ocupantes tomaran lo que les apeteciera sin preocuparse de que su espacio privado fuera invadido por nadie.

En cualquier rincón del coqueto establecimiento se podía disfrutar del delicioso aroma tanto del café como de la bollería del día. Asimismo, era posible escuchar los suaves ecos del agradable hilo musical que pretendía amenizar la estancia de los visitantes. Este no era un sonido particularmente molesto: de hecho, acababa mimetizándose sin problemas con las sosegadas charlas que sostenían los allí presentes. El conjunto facilitaba que en aquel marco imperara un ambiente calmado y de absoluta relajación.

Después de haber permanecido unos segundos oteando el horizonte, a la mujer no le costó demasiado localizar al individuo con el que debía reunirse aquella mañana. Estaba instalado en una mesita algo más retirada de las demás, situada al fondo. Pese a ello, desde su posición tenía una visión privilegiada de lo que sucedía a

su alrededor. Tanto era así que al percatarse de que ella lo había avistado no vaciló en esbozar una sonrisa tímida y cortés.

Paula caminó hacia donde se encontraba, tras haberle devuelto este gesto con idéntica amabilidad. A medida que recorría la escasa distancia que los separaba escrutó su aspecto, decidida a familiarizarse de inmediato con sus facciones. Por ello, se afanó por capturar cada uno de sus rasgos y de sus ademanes, por nimios e insignificantes que estos llegaran a parecer.

El de Zanka era un rostro alargado y afeitado de forma impecable, que terminaba en un mentón poderoso y prominente. Tenía el pelo sumamente corto, de un llamativo rubio platino. Presentaba, además, unos pómulos en extremo afilados y pronunciados. Sus cejas eran rectas, densas y pobladas. Mientras que sus ojos, no muy grandes, daban la impresión de estar un tanto hundidos. Estos eran de un penetrante color azul. Con respecto a su nariz, podría tildarse de ancha y bulbosa. Por último, tenía una boca de notables dimensiones.

Cualquiera que lo mirara diría, por la manera en la que iba vestido, que se trataba de un exitoso hombre de negocios. No en vano, se había personado en la cafetería con un ostentoso traje azul marino. La chaqueta, desabrochada, dejaba a la vista una elegante camisa blanca. Y en el cuello, una corbata estrecha rematada con un perfecto nudo Windsor.

El desconocido se puso en pie poco antes de que su cita alcanzara la mesa en la que estaba sentado, con el propósito de recibirla. Fue en ese momento cuando comprobó que era bastante alto: su estatura estaba considerablemente por encima de la media. Más aún, contaba con una complexión atlética que invitaba a pensar que debía dedicar varias horas a la semana a trabajar su cuerpo en el gimnasio.

Con un talante que juzgó más bien curioso, su improvisado anfitrión le tendió la mano para saludarla en lugar de darle los dos besos de rigor. El apretón posterior fue fuerte y firme. Las palabras cargadas de cordialidad que intercambiaron a continuación le

permitieron descubrir que tenía un acento que parecía ser extranjero y que, por añadidura, arrastraba mucho las erres y las eses al hablar.

No tardaron en instalarse uno frente al otro. Entretanto, se mantuvieron en completo silencio, mirándose con insistencia. Hasta que, incómoda, ella interrumpió aquel contacto, bajando los párpados. De ese modo, reparó por primera vez en lo que había sobre la superficie de la apartada mesita que estaban ocupando: un plato de tostadas que no había tocado, una taza de café que aparentaba estar fría y un sombrero de ala corta y copa redonda que complementaba el traje que llevaba su dueño.

Justo ahí, Paula se vio obligada a alzar de nuevo la mirada, pues escuchó cómo una gentil voz femenina preguntaba:

— ¿Qué va a tomar la recién llegada?

Con rapidez se giró para contemplar a quien había formulado este interrogante: era una de las risueñas y simpáticas camareras con las que se había topado después de acceder al local. Estaba ataviada con el uniforme de la cafetería: una sencilla gorra de tela y un largo mandil amarillo. En una esquina del delantal había una pequeña chapa con su nombre, que al parecer era Natalia. Daba la sensación de ser muy joven y tenía los ojos de un brillante color verde, la nariz aguileña y la boca chiquita.

Desconcertada por esta súbita irrupción, la examinó con el ceño fruncido durante una fracción de segundo para luego contestar:

— No me apetece nada…

— ¿Nada? ¿Estás segura? —replicó la muchacha, con una incredulidad más que evidente—. Tenemos palmeritas, *muffins*, piononos, dónuts, tostadas…

— Ya, ya… Pero de verdad que no me apetece nada.

— Piénsatelo mejor… —intervino entonces aquel tipo, con su peculiar deje—. Todo lo que sirven aquí está delicioso. No dejes pasar la oportunidad de probarlo.

El empeño de su compañero de mesa le resultó chocante teniendo en cuenta que, en apariencia, no había comido ni una migaja de lo que había en su mesa. Tanto las tostadas como el café que él había ordenado estaban intactos. Cosa que, ateniéndose a lo que acababa de comentar, no tenía sentido en absoluto. ¿A qué venía ese interés en que pidiera algo?

Incapaz de responder a esta cuestión y considerando que las circunstancias la empujaban a ello, cedió. De muy buenas maneras y sin parar de sonreír encargó un café con leche y una *cookie* de chocolate. Esta fue una decisión que, para su sorpresa, fue celebrada con gran entusiasmo por la empleada y por el propio Zanka.

La chica lo anotó en un abrir y cerrar de ojos para, de inmediato, marcharse hacia la barra para prepararlo. Paula vigiló su trayectoria con aire distraído, observando cómo se dirigía hacia la entrada del establecimiento. De improviso cambió el foco, volviendo a mirar al frente: con asombro notó que aquel individuo no le había quitado la vista de encima en ningún momento.

Enseguida, en cuanto tuvo la certeza de que habían restablecido el contacto visual, su anfitrión dijo:

— Como tú has hecho antes, no me andaré por las ramas. Quiero que me cuentes qué es lo que te está sucediendo.

Al oír esta frase, la mujer tuvo la impresión de que el corazón le daba un vuelco. De repente se puso bastante nerviosa, víctima de una profunda extrañeza. Acaso porque, aunque tenía claro que la razón de ser de ese cara a cara no era sino tratar aquel delicado asunto, no esperaba que el desconocido lo sacara a la palestra de una forma tan brusca.

Visiblemente confundida por el cariz que había adquirido este encuentro, procedió a estudiar a aquel hombre un instante. Ignoraba, en realidad, cómo interpretar su semblante. Sobre todo, porque no reflejaba emoción alguna: se asemejaba más al de una estatua o al de un autómata que al de una persona. Por mucho que

se afanó por descubrir cualquier indicio que le permitiera entender qué se le estaba pasando por el pensamiento en aquella ocasión, no halló nada.

Hasta que, en última instancia, solo pudo musitar:

— Lo que me está sucediendo…

— Para eso estamos aquí, ¿no?

— Sí, es verdad… —concedió, a la vez que fruncía el ceño—. No sé ni por dónde empezar…

— ¿Qué tal hacerlo por el principio?

La pregunta planteada por aquel pintoresco sujeto provocó que esbozara una ligera sonrisa. Y es que, por más que este permaneciera luciendo una sólida e impenetrable cara de póquer, en su voz creyó detectar un deje que resultaba tranquilizador y bromista a partes iguales. Justo lo que ella necesitaba para rebajar el desasosiego que estaba soportando y soltarse un poco.

Y así, profiriendo un ruidoso suspiro, se dispuso a compartir su inaudita situación:

— Esto comenzó varios días atrás. Al menos, calculo que fue hace unos cuatro días… Ahora mismo no estoy demasiado segura del tiempo que ha transcurrido, ¿sabes? —en ese punto realizó una pausa, aguardando a que su acompañante hiciera algún comentario, pero únicamente se limitó a afirmar con la cabeza—. El caso es que me desperté a las seis y media del lunes dos de septiembre para ir al trabajo. No estaba de muy buen humor porque me tocaba reincorporarme después de mis vacaciones. Total, que hice lo de siempre: me duché, me vestí, me tomé mi café y salí a la calle. En la oficina mis colegas me recibieron con alegría y, tras charlar un ratito con ellos, me metí en mi despacho a revisar expedientes. Alrededor de las diez y media apareció una amiga para preguntarme si desayunábamos juntas. Le pedí que se adelantara, que todavía tenía que terminar de leer unos documentos y que la alcanzaría allí. Cuando por fin acabé, corrí a toda prisa para encontrarme con ella

en nuestra cafetería habitual. Llegué al cruce, miré a ambos lados y pensé que no se acercaba ningún vehículo… —continuó explayándose, guardando un angustiado silencio al recordar lo que vino luego—. Sin embargo, tuve que equivocarme… Algo chocó conmigo… Me parece que fue un autobús…

— ¿Y?

— Abrí los ojos y estaba de regreso en mi cama… La alarma del móvil no cesaba de sonar. Lo cogí para apagarla y descubrí que era lunes, dos de septiembre…

— ¿Otra vez?

— En efecto… Lo consideré bastante extraño, aunque no tuve más remedio que ponerme en marcha para ir a la oficina. Sin embargo, fue todo terriblemente raro… Hiciera lo que hiciera, no paraba de tener la sensación de estar en un *déjà vu* perenne. Estaba convencida de haber vivido con anterioridad aquello. Hasta que, pasadas las diez y media, me marché para reunirme con Sandra y…

— ¿El autobús? —inquirió Zanka, sin que su enigmático semblante variara ni un ápice.

— Sí… —le respondió con un tenue susurro—. Cuando recobré la consciencia, estaba de nuevo en mi cuarto. Escuché el móvil y al agarrarlo reparé en que volvía a ser el dichoso lunes dos de septiembre. En ese momento, sentí… —calló para tratar de ordenar sus pensamientos, rememorando aquel minuto de absoluto pánico—. Me parece que, por mucho que lo intentara, no sería capaz de explicar qué sentí entonces…

— Comprendo…

— Decidí no hacer nada: quedarme en casa y no alejarme. Ni tan siquiera me moví de mi habitación… Las horas pasaron hasta que me dormí. Y al despertar…

— Ya veo… —murmuró, dando por zanjada la conversación.

Después de esto, ninguno de ellos añadió ni una palabra. Adoptaron un súbito mutismo, conformándose con mirarse sin más.

A lo largo de este intenso y prolongado paréntesis, Paula escrutó con interés el rostro de su interlocutor. Tuvo la impresión de que lo que había relatado no le pillaba por sorpresa. La verdad era que, en cierta forma, estaba persuadida de que ese hombre ya estaba familiarizado con su historia: casi, como si la conociera con antelación.

El silencio en el que permanecieron sumidos se vio interrumpido por una rauda irrupción de la camarera, que portaba en una bandeja la comanda que ella había realizado previamente. La chica depositó encima de la mesa el café con leche y la galleta de chocolate con gran delicadeza y sin dejar de sonreír. Y, tras desearle que disfrutara de su pedido, se volteó para atender a otros clientes.

Su anfitrión aguardó a que la muchacha se distanciara lo suficiente para, a continuación, musitar:

— Es evidente que este punto de restauración de sistema tiene más errores de los esperados…

— ¿Punto de restauración del sistema? —saltó con prontitud, sin entender a qué se estaba refiriendo—. ¿Qué coño es eso?

— Tranquila. Te lo contaré todo. Es lo mínimo que te mereces…

***

En ese instante era imposible que Paula albergara cualquier duda al respecto. Se percató de que, de un modo u otro, ese extravagante sujeto estaba metido de lleno en aquel embrollo. O, si no lo estaba, al menos poseía información privilegiada sobre lo que estaba sucediendo. Sea como fuere, intuyó que por fin desentrañaría por qué estaba atrapada en ese interminable bucle que la obligaba a repetir sin tregua el mismo día.

Como consecuencia de esto, en el intervalo que precedió a que su inusual acompañante se decidiera a explicarle qué estaba ocurriendo, se vio sacudida por sentimientos encontrados. Por un lado, la idea de enterarse de qué iba aquello le produjo una enorme

inquietud. Incluso, temor. No obstante, asimismo, era innegable que estaba ansiosa por averiguar la verdad.

Todo lo contrario que el individuo que se hallaba frente a ella en esa apacible cafetería. Zanka aparentaba mostrarse sereno, sin que apenas mutara la expresión de su cara. Si acaso, se permitió levantar un poquito la comisura de los labios con la pretensión de esbozar algo similar a una sonrisa.

Y, de inmediato, siguió:

— Te he propuesto citarnos esta mañana para charlar en esta cafetería por dos razones. Una, que es decididamente la de mayor relevancia, no es sino explicarte, en la medida de mis posibilidades, qué es lo que está pasando. Pero, además… Mi intención es la de ayudarte a que, cuando nuestra conversación haya concluido, seas capaz de contemplar el asunto desde una perspectiva diferente… —mientras habló no cesó de mirar el rostro de la mujer que estaba sentada enfrente, notando que por momentos parecía más y más perdida—. En ese sentido, quiero asegurarte que no tienes por qué alarmarte: en efecto, lo que has experimentado es auténtico. Esto es real… No son imaginaciones tuyas, ni tampoco te estás volviendo loca.

— Bien está saberlo… —le contestó con ironía.

— Hace un minuto me has preguntado qué era un punto de restauración del sistema y… —prosiguió aquel tipo, consintiendo que un débil suspiro escapara de su boca en lo que, quizás, era una señal de que ni él mismo tenía demasiado claro qué debía decir—. Lo cierto es que no es algo sencillo de explicar. Hasta el presente, nadie había conseguido hacer nada semejante: es la primera vez que la ciencia llega tan lejos. Podríamos considerar que esto no es más que una prueba piloto…

— ¿Una prueba piloto?

— Eso es… Una prueba piloto.

— No entiendo nada —murmuró, visiblemente perpleja.

— Para eso estoy aquí, para prestarte mi apoyo y solventar todas tus dudas —replicó, sonriendo con timidez—. No puedo ofrecerte excesivos detalles, aunque sí puedo contarte que varias décadas atrás las naciones más poderosas del planeta reclutaron a algunos de los cerebros más brillantes para que desarrollaran un programa secreto que cambiaría de manera definitiva la historia de la humanidad. Estos científicos investigaron sin descanso durante años hasta que, por último, estuvieron en disposición de llevar a la práctica la primera prueba. Y la pequeña ciudad en la que vives fue la escogida, entre otras muchas candidatas, para ello…

— Pero, ¿para qué?

— Para viajar en el tiempo.

Zanka soltó esto sin apenas pestañear. Casi, como si se tratara de lo más normal del mundo. La verdad era que así había sido cómo se había expresado todo el rato: haciendo gala de una calma descomunal. Un comportamiento que, en resumen, resultaba sorprendente si se atendía a la naturaleza de la información que acababa de compartir. Siempre que, en definitiva, pudiera darse por cierta.

Algo de lo que, en esa etapa concreta de la conversación, Paula no estaba convencida en absoluto. Nada de lo escuchado le parecía ni por asomo sensato. Es más, estimaba que lo que aquel sujeto había contado no tenía ni pies ni cabeza. Era, a todas luces, ilógico y absurdo. Poco menos que un disparate. En esencia, como la situación que ella misma estaba sufriendo.

— Todavía falta muchísimo para que eso sea remotamente posible —dijo el hombre luego, retomando el hilo de su explicación —. A pesar de esto, este ensayo puede marcar un antes y un después para que el proyecto tenga éxito. Al fin y al cabo, es el primer punto de restauración del sistema que existe…

— No paras de nombrar ese concepto, aunque continúas sin decirme qué es… —refunfuñó la mujer, bastante molesta.

— Paciencia, Paula: justo ahora voy a empezar… El objetivo de este trabajo es lograr que los viajes en el tiempo dejen de ser una quimera para convertirse en una realidad. Por consiguiente, no es algo que deba tomarse a la ligera. Hay una serie de consideraciones que requieren ser muy tenidas en cuenta. Las incógnitas que surgen al respecto superan con creces a las certezas que el equipo científico a cargo posee en esta fase. Como, por ejemplo, cómo actuar en el supuesto de que surja la menor inconveniencia que comprometa la integridad de la línea temporal…

— No lo sé, dímelo tú —farfulló sin entender una palabra.

— Un punto de restauración del sistema.

— ¿Y eso es…?

— Un enclave de seguridad que facilite el regreso a ciertos tramos de la línea temporal para corregir cualquier posible contingencia o anomalía.

— Pero…

— Este primigenio portal de recuperación está planteado para que funcione como un bucle. Por eso, teóricamente hablando, deberían replicarse los eventos que tuvieron lugar en este sitio a lo largo del día que el experimento echó a andar: el lunes dos de septiembre.

Cada vez más confundida por lo que estaba oyendo, no pudo hacer nada excepto permanecer en silencio. Intentó asimilar la información que aquel individuo le había proporcionado. Sin embargo, no terminaba de conseguirlo. Todo era demasiado peregrino y complicado como para aceptarlo por las buenas. Pese a ello, cuando quiso abrir la boca para comentar sus dudas lo único que pudo emitir fueron unos bisbiseos ininteligibles.

Las dificultades por las que estaba atravesando no quedaron inadvertidas para su acompañante que, tras asentir con un sutil ademán, reanudó su discurso:

— La idea es analizar de forma minuciosa este ciclo infinito de repeticiones con tal de determinar si es estable o no. En caso de serlo, se habría dado un paso de gigante para el desarrollo de futuras burbujas temporales que permitan a los científicos incidir en cuanto se produzca alguna clase de acontecimiento catastrófico que necesite ser corregido.

— ¿Y tú…? —balbuceó, sintiendo que su cerebro estaba próximo a estallar—. ¿Tú qué pintas en esto?

— Bien, mi papel en este proceso no es relevante. O, desde luego, no debería serlo…

— Pero estás aquí, en el experimento… ¿Qué eres? ¿Un viajero temporal? ¿Formas parte del equipo científico?

— ¡Ni mucho menos! —exclamó el hombre, sonriendo abiertamente—. Si te soy sincero, en estos momentos no hay excesivas diferencias entre tú y yo… Ya que te interesa tanto, podría decirse que soy una especie de guardián.

— Un guardián…

— Sí, exacto. Mi misión no es otra que velar por que este circuito de restitución de la realidad se mantenga intacto y sin errores de ninguna índole. Algo que, si se tiene en cuenta el hecho de que los dos estemos charlando ahora mismo en esta cafetería, no siempre es viable.

De repente, Paula creyó que comenzaba a comprender la situación. Hasta tal extremo, que tuvo la sensación de que las piezas de aquel farragoso acertijo iban encajando con lentitud: los viajes en el tiempo, los científicos, la prueba piloto, el bucle, el propio Zanka…

Y, a pesar de ello, todavía presentía que había una incógnita que no había sido despejada. Aún había un enorme misterio que no había sido capaz de desentrañar: su rol en esa investigación tan poco convencional. No en balde, continuaba sin tener claro qué pintaba en ese desaguisado.

— Y yo, ¿qué? —inquirió, decidida a resolver ese interrogante.

— ¿A qué te refieres?

— ¿Qué pasa conmigo? ¿Por qué has mencionado antes que no hay excesivas diferencias entre nosotros?

— Porque ninguno de los dos existimos fuera de este punto de restauración del sistema.

— Eso no es posible —contestó, negando con ímpetu—. Yo soy real.

— Tú eras real —replicó aquel sujeto, poniendo especial énfasis en la segunda palabra de la frase que acababa de pronunciar—. En la actualidad no eres más que una anomalía dentro de este ensayo.

El modo en el que su acompañante se refirió a ella no le gustó nada. Lo cierto fue que, tras escucharlo, notó una rabia incontrolable en su interior. Un sentimiento que, no obstante, fue cediendo de manera paulatina a medida que en su mente surgieron, sin que lograra entender el motivo específico, los recuerdos del autobús que la arrolló cuando se disponía a cruzar.

Y rápidamente, casi como si adivinara qué era lo que se le estaba viniendo al pensamiento en ese preciso instante, su anfitrión realizó una sentencia demoledora:

— Tu existencia llegó a su fin en cuanto atravesaste ese paso de peatones y te atropelló aquel autobús…

— ¿Entonces eso…? —trató de preguntar, teniendo la impresión de que le faltaba la voz—. ¿Eso ocurrió de verdad?

— Mucho me temo que sí.

— No… No puede ser…

— Sí, así es…

— ¿Y entonces cómo estoy aquí?

— Más allá de conjeturas, no puedo brindarte una respuesta concreta al respecto…

— ¿Conjeturas?

— Verás, Paula… El lamentable accidente que segó tu vida coincidió justo con el momento en el que se activó el sistema que facilitó la creación de este enclave de recuperación. Quizás, por esa razón, se abrió una pequeña ventana de oportunidad que permitió que, de alguna forma, tu existencia se preservara como una singularidad dentro de esta reducida burbuja temporal.

— No me jodas… —murmuró, sin dar crédito.

— O acaso no, ¿quién sabe? Ya te dije al principio que esta es una prueba piloto y que, por consiguiente, hay un sinfín de variables que son desconocidas para el equipo científico a cargo.

Durante un breve y fugaz segundo, la mujer tuvo una sensación difícil de describir. Tuvo la impresión de estar precipitándose a gran velocidad por un oscuro y lóbrego pozo sin fondo. Aquello no tenía sentido. No podía creerse que, en realidad, hubiera muerto. No podía creerse que, pesar a todo, siguiera viva, aunque fuera en el marco de ese incomprensible experimento. No podía creerse que, para su desgracia, estuviera condenada a repetir el mismo día sin cesar.

Esto provocó que, de inmediato, se viera dominada por un inmenso desconsuelo que quedó plasmado en la pregunta que formuló luego:

— ¿Qué se supone que debo hacer ahora?

— Bueno, no soy el más indicado para contestar a esa cuestión. Pero… Me parece que tienes dos alternativas.

— ¿Y cuáles son?

— Una, mantenerte dentro de los límites que establece tu bucle.

— ¿Qué significa eso?

— Ya sabes… —contestó el guardián del ciclo, hablando con un aire sorprendentemente despreocupado—. Despertarte a las seis y media de la mañana para ir a trabajar, encerrarte en tu oficina a revisar expedientes, marchar al encuentro de tu amiga para

desayunar, toparte con el autobús, volver a empezar… Ese tipo de cosas.

— ¿Y qué hay de la otra opción? —inquirió, consciente de que la primera no le agradaba en absoluto.

— Diviértete.

— ¿Que me divierta?

— Sí, por qué no… Aprovecha para llevar a cabo todo lo que siempre deseaste y nunca tuviste oportunidad. Tienes todo el tiempo del mundo para ello. Yo, en tu caso, sin duda es lo que haría.

Estas palabras tuvieron un efecto impactante en Paula pues, casi como si acabara de caer presa de un poderoso hechizo, de pronto se sumergió en una profunda reflexión. Sin apenas notarlo, comenzó a plantearse su situación desde una perspectiva distinta. Ni más ni menos que lo que Zanka había comentado que esperaba que ella pusiera en práctica una vez concluyera aquella conversación.

Quizás, por eso, tras inclinar de manera leve la cabeza a modo de despedida, el misterioso individuo no vaciló en hacer mutis por el foro. Con sumo cuidado tomó su estiloso sombrero para, a continuación, levantarse de la silla y dirigirse despacio hacia la salida. Después de todo, había cumplido con creces con su cometido. Ya no tenía sentido que permaneciera allí ni un solo minuto más.

CAPÍTULO 4

Las horas posteriores a su encuentro con Zanka fueron determinantes para Paula. Tanto, o aún más, que la estrambótica charla que había sostenido en la cafetería Monteverde con el guardián de la interminable espiral de la que formaba parte. A fin de cuentas, no fue hasta ese momento cuando dispuso del espacio necesario para pensar largo y tendido sobre las implicaciones de cuanto había descubierto esa misma mañana.

Hubo cosas, de las que aquel hombre comentó durante su cita, que seguían pareciéndole muy inverosímiles. Como, por ejemplo, que la razón de ser del ciclo de permanentes repeticiones en el que creía estar atrapada no fuera otra que un sofisticado experimento para hacer que los viajes en el tiempo dejaran de ser una quimera. No alcanzaba a comprender el afán del equipo de especialistas a cargo por alterar la línea temporal. Tampoco la aplicación que esto, en el supuesto de ser por último posible, tendría.

La propia utilidad de los puntos de restauración del sistema también despertaba en ella unas dudas más que lógicas. Y eso que, después de darle un montón de vueltas, había conseguido entender un concepto tan enrevesado como ese. Sin embargo, desde una perspectiva meramente práctica, consideraba que era algo absurdo e irrealizable.

Asimismo, todavía ignoraba hasta qué extremo podía confiar en la veracidad de la información que aquel individuo le había proporcionado. Había señales difusas que la invitaban a sospechar que el vigilante del circuito no había sido sincero por completo. Que, en el fondo, lo que le había dicho no habían sido sino medias

verdades. Que, en el fondo, sabía mucho más de lo que se había aventurado a revelar.

Y, a pesar de esto, hubo distintos aspectos de los que trató mientras estuvo acompañada por ese tipo tan peculiar que asumió con bastante más facilidad. Curiosamente, fueron aquellos que se relacionaban de modo directo con su situación personal. Que, de hecho, era lo que con franqueza le interesaba, pues el estudio científico, los viajes en el tiempo o los puntos para restituir el sistema ni le iban ni le venían.

Con una naturalidad pasmosa, incluso para sí misma, aceptó su insólita realidad. Y esta no era otra que, en efecto, estaba muerta. El mundo, al menos como lo había concebido hasta entonces, había acabado en el preciso instante en el que cruzó por ese paso de peatones sin percatarse de la inminente llegada de aquel autobús urbano.

Pese a ello, parecía no otorgarle una excesiva importancia a un evento así de trágico. Lo más probable porque, como resultado de sus interacciones iniciales con el bucle, estimaba que tenía el asunto bajo control. Conocía, de sobra, qué debía hacer para mantenerse a salvo: evitar, costara lo que costara, estar por los alrededores del semáforo en el que acaeció ese desgraciado accidente pasadas las diez y media.

Con ello, aunque fuera de una manera que no era convencional en absoluto, tenía la impresión de que continuaba con vida. Por más que, en esencia, la suya fuera una existencia que se limitaba exclusivamente a una jornada que estaba llamada a perpetuarse por toda la eternidad. O, para ser exactos, hasta que lo dispusieran los expertos que dirigían ese proyecto secreto.

En cualquier caso, no tardó demasiado en concluir que lo mejor que podía hacer era atenerse al consejo con el que el elegante centinela de la burbuja se despidió de ella. Algo tan sencillo, en apariencia, como divertirse. Esa era la única senda posible para sacarle el máximo partido a sus circunstancias.

No había razón para que permaneciera lamentándose por lo que le había sucedido. ¿Y qué, si hablando en términos estrictos había fallecido? ¿Acaso no tenía ocasión de interactuar con su entorno en esa especie de prueba piloto que había desarrollado la gente a cargo de la investigación? ¿En qué difería eso de estar viva?

Tampoco tenía sentido que, eludiendo el momento en el que el atropello tuvo lugar, se ajustara con total fidelidad al itinerario que la rutina cotidiana le había marcado. No se le ocurría peor suplicio que ese. ¿En serio quería seguir apareciendo por la oficina para cumplir rigurosamente con sus monótonos quehaceres? ¿Era quizás una opción viable que soportara tal cantidad de horas encerrada entre las cuatro paredes de su despacho sin hacer más que revisar incontables carpetas repletas de aburridos expedientes?

Tenía, ante sí, una oportunidad al alcance de muy pocos: cogerse unas vacaciones de la vida que estaba decidida a exprimir hasta las últimas consecuencias. Podía hacer todo lo que siempre había anhelado pero que, por un motivo u otro, había aplazado para el futuro. Además, sin tener que preocuparse de cuestiones como el dinero o el tiempo. Ya no tenía excusas. La ciudad sería su patio de recreo y estaba dispuesta a jugar.

***

La alarma del teléfono móvil empezó a sonar a las seis y media de la mañana del lunes dos de septiembre, como hacía a diario. Para Paula, sin embargo, ahora tuvo un matiz diferente a las veces anteriores. Nada más escuchar las primeras notas de piano de la canción que utilizaba como despertador sintió un inmenso entusiasmo: había llegado la hora de levantarse y hacer cuanto deseara, sin restricciones.

Dedicó días enteros a ir a tiendas de ropa, zapatos o complementos, para probarse multitud de prendas que llevaban meses en su radar. Recorrió la ciudad de cabo a rabo: desde los típicos establecimientos de toda la vida hasta aquellos que se encontraban en grandes superficies comerciales. En ellos, después de tomarse el tema con mucha parsimonia, realizó compras de toda

clase: camisetas, blusas, pantalones, faldas, vestidos, sandalias, bolsos…

Dedicó días enteros a disfrutar de prolongadas sesiones de peluquería resuelta a cambiar de *look,* aunque fuera de manera bastante efímera. No tuvo reparos de ninguna índole en jugar con su espesa media melena como le apeteció, sin mayor afán que el de divertirse. Experimentó con diversos cortes de pelo, tintes y peinados. Algunos, más conservadores y siguiendo el estilo que había mantenido tras su adolescencia. Otros, por el contrario, más audaces y que implicaban una notable ruptura con su imagen personal.

Dedicó días enteros a hacer cosas que nunca se había atrevido hasta entonces, como pasarse por estudios de tatuaje. Pese a la aversión que, desde que tenía memoria, le habían infundido las agujas, creyó que podía aprovecharse de las circunstancias para grabar un bonito dibujo en su piel. Lo intentó con diseños de pequeño tamaño en distintas zonas del cuerpo como el hombro, el antebrazo o el tobillo. En ningún caso parecía complacida con el producto final, concluyendo que este tipo de líos no casaban con ella.

Dedicó días enteros a comer en los restaurantes más reputados, en los que jamás se le había venido a la cabeza entrar por el elevado precio de sus platos. Acudió a estos selectos y exclusivos lugares tanto para almorzar como para cenar, empeñada en degustar cuanto formaba parte de la carta. Tuvo la ocasión de saborear creaciones de toda naturaleza, dejándose arrastrar por esta deliciosa experiencia culinaria sin agobios.

Dedicó días enteros a explorar cada uno de los monumentos y museos de la localidad, fueran grandes o pequeños. Como era lógico, ya había visitado la mayoría de ellos. No obstante, no le importó en absoluto. Durante horas anduvo por cada una de las salas abiertas al público sin más intención que la de admirar las obras que allí se exponían.

Dedicó días enteros a dar agradables paseos por las cautivadoras callejuelas del casco antiguo, por las que tantas veces había transitado a lo largo de su vida. También, por los cuidados jardines y parques que tan bien conocía. Y, a pesar de esto, en el curso de estas placenteras caminatas se sorprendió a sí misma al descubrir nuevos detalles que hasta ahora le habían resultado inadvertidos.

Dedicó días enteros a asistir a numerosas salas de cine, con el firme propósito de dejarse llevar por la magia del séptimo arte. No hubo ni una sola película que no viera: por más que alguna perteneciera a géneros que a priori no le llamaban en exceso la atención, acabó adquiriendo su entrada. Todo, con tal de sentarse con comodidad en una butaca mientras contemplaba la proyección embobada por completo y sin parar de comer palomitas.

Dedicó, en definitiva, días enteros a ser feliz en aquella modesta y tranquila ciudad que amaba de corazón. Lo hizo de modo pausado y sin prisas, sin preocuparse por las veces que tuviera que repetir determinadas experiencias hasta quedar plenamente satisfecha. Total, tenía todo el tiempo del mundo.

***

Una noche como otra cualquiera de ese perpetuo lunes dos de septiembre, Paula salió a tomarse algo en un renombrado bar del casco histórico de la ciudad. Lo hizo, como antes había hecho en múltiples oportunidades en el pasado, seducida por la particular oferta que el establecimiento ponía a disposición de su clientela: deliciosa comida tradicional, amenizada por un fantástico espectáculo flamenco. Un binomio, sin duda, perfecto e infalible. Y del que, además, no había disfrutado desde que adoptó la decisión de explotar al máximo las diferentes posibilidades de ocio que le presentaba el bucle temporal.

La espera, en ese aspecto, mereció la pena. Tuvo la fortuna de hallar, en medio de aquel concurrido local, una mesa que no estaba demasiado alejada del tablao. Desde ahí fue testigo directo de una velada soberbia en la que la gastronomía, el cante y el baile fueron

juntos de la mano. Un verdadero deleite para los sentidos que hizo que, como suele decirse, el tiempo se le pasara volando.

En tal medida fue así que, para cuando quiso percatarse, el reloj estaba próximo a dar las doce. Nunca había estado fuera de casa hasta tan tarde. Por lo general, a esas horas llevaba bastante rato durmiendo con placidez en su cama. Una costumbre que había mantenido, siempre, desde que comenzaron los extraños fenómenos derivados de la creación del punto de restauración del sistema de cuya existencia era consciente.

Y, aunque la llegada de la medianoche era inminente, esta fue una tesitura a la que no concedió mayor importancia. En realidad, no hacía al caso, ya que tenía asuntos bastante más interesantes en la mente. Como, por ejemplo, gozar del espectacular ambiente que transpiraba cada rincón de la encantadora taberna en la que se encontraba. ¿Qué razón de ser tenía, dadas las circunstancias, plantearse según qué clase de temas?

Ese fue el motivo por el que cuanto tuvo lugar a continuación la pilló del todo desprevenida. Lo que no quitaba que, pese a que hubiera supuesto lo que acaecería después, la experiencia no le hubiera dejado de parecer igual de insatisfactoria. Sea como fuere, lo cierto fue que se trató de una de sus últimas primeras veces. Y, como en tantas vivencias de este tipo, no fue precisamente placentera.

En ese instante señalado, la mujer tuvo la impresión de que cuanto había en aquel lugar se desvanecía. Una desconcertante apreciación que en apenas unos segundos se convirtió en una aterradora certeza. Pues, en efecto, cualquier estímulo que pudiera ser percibido a través de los sentidos desapareció de improviso para caer en una sobrecogedora nada. No había rastro ni del abarrotado bar ni de sus animados parroquianos. Tampoco, del exquisito aroma de la comida o del alegre sonido de la música. Todo lo que había era una densa negrura, un insondable vacío.

Verse súbitamente aislada en mitad del abismo no le resultó agradable en absoluto. Sin embargo, las inconveniencias que

padeció entonces fueron una minucia en comparación con las que estaban por venir. Aquello no había terminado, ni por asomo: no había hecho sino arrancar. Todavía faltaba lo peor.

La inconmensurable nada que la envolvía empezó a girar de manera abrupta y acelerada, obteniendo con rapidez una velocidad endiablada. Hasta tal extremo que, en varias ocasiones, estuvo próxima a desmayarse. Algo que a la postre jamás se produjo debido al intenso miedo que le causó aquel violento e incomprensible acontecimiento.

Casi a renglón seguido constató cómo una fuerza invisible y todopoderosa tiraba de ella, atrayéndola hasta su posición. No pudo hacer mucho por oponerse, cerrando los ojos como único mecanismo de defensa mientras claudicaba. A la par que esto ocurría, acudió a su cabeza una curiosa imagen: la de un muñeco de trapo que era zarandeado sin ton ni son, incapaz de hacer gran cosa por impedirlo. Ni más ni menos que como se sentía ahora.

Perdió por entero la noción del tiempo. Creyó, incluso, que llevaba una eternidad viajando hacia ninguna parte. No obstante, permaneció a lo largo de aquel lance con los párpados firmemente apretados, sin osar bajo ningún concepto subirlos. No tenía el menor afán por descubrir qué sucedía a su alrededor. Lo único que quería era que aquella tortura concluyera de una vez.

Un deseo que alcanzó sin que lo advirtiera. Aquello finalizó de idéntico modo al que arrancó: de forma repentina e inesperada. La misteriosa fuerza que había estado arrastrando su cuerpo a tremenda velocidad cesó con suma brusquedad. Como también lo hizo la sensación de que todo estuviera girando sin control. De pronto, se notó rodeada por una imprevista calma.

A pesar de ello, tardó un poco en despegar los ojos. Aún no las tenía todas consigo. Tras un lapso prudencial decidió abrir una ligera rendija. No dio crédito a lo que vio: estaba en su habitación. No solo eso, por añadidura estaba metida en la cama y, además, vestía el mismo pijama de cada noche.

Lo más chocante llegó luego, en cuanto, sin salir de su asombro, alargó el brazo para coger el teléfono. Fue ahí cuando la pobre se quedó irremediablemente a cuadros: la pantalla mostraba que eran las 00:01 horas del lunes dos de septiembre. El día no había hecho salvo comenzar. El contador, por consiguiente, parecía haberse puesto a cero.

Le costó un rato gestionar aquello: por primera vez había sido testigo directo del reinicio del circuito. Únicamente así podía explicarse que, en cuestión de un pestañeo, hubiera pasado de encontrarse en el bullicioso bar a estar en la quietud de su cuarto. Hasta entonces, nunca se había parado a pensar en ese fundamental mecanismo que facilitaba que, cuando el reloj señalara la medianoche, todo volviera a empezar. Las doce marcaba el momento en el que, de manera automática, todo el mundo retornaba al lugar de partida sin importar en absoluto ni en qué sitio estuviera ni lo que estuviera haciendo.

Este hallazgo, que no dudó en bautizar como "efecto Cenicienta", tuvo una enorme trascendencia para Paula. No solo porque le permitió averiguar uno de los límites de la desconcertante burbuja en la que moraba, sino porque hizo que se planteara la situación desde una perspectiva distinta. Consideró que, quizás, existiría una mínima probabilidad para aprovechar aún más el tiempo del que disponía. En verdad, en ese preciso instante estaba levantada bastante antes de las seis y media de la mañana: la hora en la que se encendía su despertador para indicarle que estaba obligada a arrancar la jornada. ¿Y si esto se cumplía a diario? ¿Sería remotamente posible lograrlo?

En esencia, era una idea cuya viabilidad desconocía por completo. Sin embargo, al ser consciente de ello, percibió que algo se desencadenaba en su interior. Un impulso, arrollador e irrefrenable, que la invitaba a intentarlo. Una llama, cálida y ardiente, que hacía demasiado que no sentía. En definitiva, era la excitante emoción de estar frente a un novedoso reto después de las infinitas repeticiones que ya había afrontado. Tenía, ante sí, un

apasionante propósito: arañar cada segundo que pudiera para, en un futuro, ser capaz de dominar el proceso. Y estaba empeñada en conseguirlo.

Con esta reciente determinación se preparó a emprender su pequeño ensayo dentro de ese experimento todavía mayor que era el punto de restauración del sistema. El objetivo, a priori, parecía bien sencillo: estar espabilada antes de que el móvil hiciera que se pusiera en pie. Pero una historia era decirlo y otra muy distinta hacerlo. Como no tardó mucho en comprender, la meta que se había fijado no era tan fácil de alcanzar como aparentaba a simple vista.

De entrada, porque en el período previo a que sonara la alarma estaba profundamente dormida. Casi, como un tronco. Sabía que ese sería un obstáculo en extremo complejo de sortear. En especial, sin ninguna clase de ayuda externa. Pues, por supuesto, no podría valerse del avisador de su teléfono para despertar más pronto: no tenía forma de manipular la activación de esa funcionalidad de su dispositivo. Tampoco, de realizar cambios relevantes y duraderos en ella.

Pese a esto, con la certeza de que si quería hacerlo debería apañárselas como pudiera, resolvió llevar a cabo su plan. Las tentativas inaugurales resultaron un auténtico fracaso. Incluso, en algunos casos, estos fiascos podrían tildarse de estrepitosos. Como ocurrió, por ejemplo, aquellas veces en las que ni siquiera salió de la cama cuando su *smartphone* reprodujo la versión de "*The House of the Rising Sun*" de Ramin Djawadi.

Aun así, a fuerza de no desanimarse y de probar con tesón, de manera gradual comenzó a recoger sus frutos. Las primeras ocasiones en las que acertó a despejarse antes de oír las notas de la canción apenas lo hizo con unos minutos de adelanto sobre la hora impuesta. Cualquiera estimaría que se trataba de un triunfo irrisorio. Poco más que una pírrica victoria. Aunque este no fue su caso. Tomó el humilde tiempo que había arañado como una evidencia de que andaba por el camino correcto. Era menester que siguiera insistiendo.

Paso a paso hizo que el margen fuera en aumento: diez minutos, veinte minutos, treinta minutos… Así hasta que, un buen día, abrió los ojos con una hora de antelación. No obstante, no se dio por satisfecha. La mujer no se detuvo allí. Continuó afanándose, decidida a testarse tanto a sí misma como a los márgenes del bucle.

Siempre que conseguía un hito significativo tenía la sensación de que le costaba menos esfuerzo superar nuevas barreras. Llegó una fase en la que empezó a quemar etapas a un ritmo vertiginoso, con mayor velocidad. Ya por aquel entonces tuvo la seguridad de que no habría nada que le impidiera doblegar los límites de la extraña burbuja temporal en la que vivía. Solo era cuestión de perseverancia que lo lograra.

Tal fue su empeño que, tras intentarlo en multitud de oportunidades, tocó la última frontera, aquella que parecía imposible: el principio del ciclo. Todo ello, además, sin sufrir ninguna de las calamidades que aparejaba el temido efecto Cenicienta. Esa madrugada, al comprobar que el reloj marcaba las 00:01 del lunes dos de septiembre, no pudo sino dibujar una exultante y emocionada sonrisa: había tenido éxito, tenía la habilidad de iniciar aquella jornada inagotable en el momento en el que lo deseara.

***

Una de las escasas verdades indiscutibles que existen es que la práctica hace al maestro. En ese aspecto es innegable que los procesos de ensayo y error son indispensables para obrar que determinadas destrezas sean mejoradas y afinadas. En esencia fue lo que le sucedió, a base de constancia, a Paula. Y es que, después de conjugar una gran cantidad de elementos en incontables ocasiones, fue capaz de alcanzar un objetivo que para el común de los mortales no es excepto una utopía: un día sencillamente perfecto.

Este arrancaba temprano, antes de las seis de la mañana. Ahí se levantaba y, sin dilación alguna, se ponía el chándal y se calzaba unas zapatillas cómodas con la intención de hacer un poco de deporte. Por lo general corría alrededor de la manzana, escuchando

música motivadora a través de sus auriculares, pero sin forzar la maquinaria en exceso, durante media hora.

Concluida la sesión de ejercicio matutino regresaba a casa para darse una ducha más que merecida. Estas sesiones de baño, de modo habitual, eran bastante prolongadas: permanecía bajo el agua tanto como considerara preciso, notando la reconfortante caricia de los cálidos chorros que caían desde el rociador. Luego, se secaba con muchísima calma, sin prisa. Una actitud que conservaba más tarde, mientras se aplicaba distintas cremas por el cuerpo.

La próxima parada estaba en su dormitorio, al que acudía a terminar de prepararse para posteriormente volver a salir. A diario escogía un modelo diferente, jugando a su antojo con las diversas prendas que había en su armario. Sin embargo, aunque ya estaba vestida, todavía aguardaba en el piso un ratito más: el necesario para paladear una aromática taza de café disfrutando del placer incomparable de leer un buen libro.

Cuando, por fin, llegaba el instante de pisar de nuevo la calle, lo hacía con unos andares reposados y tranquilos. No acostumbraba a mantener un rumbo fijo, conformándose con vagar hacia la dirección a la que quisieran llevarla sus pies. Unas veces transitaba por amplias avenidas; otras, por vías algo más estrechas. Fuera por donde fuera, siempre lo hacía con los ojos bien abiertos y sin dejar de contemplar todo cuanto captaba su mirada. En momentos como aquellos, en los que además sentía sobre su tez blanca el suave cosquilleo de la brisa matinal, experimentaba un sentimiento de absoluto bienestar.

Su agradable paseo se veía interrumpido, más o menos, a las diez y media. Esa era la hora en la que, normalmente, solía aterrizar en algún local para desayunar. Casualidad o no, con mayor frecuencia de la que parecía dispuesta a admitir esta pausa la efectuaba en la cafetería Monteverde: justo el sitio en el que tuvo conocimiento de las extraordinarias circunstancias que guardaban relación con el punto de restauración del sistema. Cada mañana

probaba una pieza distinta, tomándose su tiempo para saborear cualquiera de los deliciosos dulces de sus vitrinas.

Con el estómago lleno retornaba al exterior, adoptando ahora una ruta familiar y que había recorrido en infinidad de oportunidades a lo largo de su vida: aquella que conducía al casco antiguo. Un enclave rebosante de embrujo, con sus callejuelas angostas y su calzada adoquinada. A mano derecha era posible toparse con pequeños bazares en los que se podían comprar productos típicos de la región; a la izquierda se alzaba un rudimentario muro de piedra que servía de separación con el hermoso riachuelo que por esta parte discurría. Las veces que se movía por esos rincones tenía la sensación de realizar un improvisado viaje al ayer que la transportaba a una época lejana.

La mujer se internaba en aquel caótico e intrincado entramado sin ceñirse a un itinerario definido. A menudo, incluso, sostenía animadas conversaciones con los tenderos o con los vecinos de esa zona de la ciudad repleta de historia. En ocasiones tenía la impresión de haberse perdido. Naturalmente, tenía claro que no era el caso: conocía cada recodo como la palma de su mano.

Era ahí donde se sentaba a almorzar, en unas de las concurridas casas de comidas que tanto abundaban en aquel lugar. Siempre, sin excepción, lo hacía en la terraza. Así, a la par que daba cuenta de los platos que había pedido, tenía la suerte de gozar de ese entorno sin igual.

En cuanto acababa de comer reemprendía la marcha, siendo su destino el núcleo urbano. Tras deambular un rato por allí tenía el hábito de adquirir una entrada para visitar un museo o a alguna exposición que le apeteciera ver esa tarde. En un principio caminaba por las salas con aire distraído hasta que, de pronto, tropezaba con una obra única que llamaba de manera poderosa su atención. Y, entonces, se detenía por completo decidida a estudiarla en detalle. Prácticamente, como si hubiera tomado la determinación de memorizarla con la máxima fidelidad posible.

Poco antes de que el centro clausurara sus puertas abandonaba el recinto. Y, con mucha lentitud, emprendía el trayecto de regreso al hogar. Lo que venía a continuación, al recalar en su domicilio, no seguía un guion establecido: a veces invitaba a alguna amiga a cenar para acabar riendo juntas a carcajadas por la menor tontería; otras, en cambio, prefería acomodarse en el salón, comiendo cualquier cosa sencilla mientras miraba la televisión.

Como no podía ser de modo diferente, después de haber pasado la mayoría de la jornada de aquí para allá, caía rendida en la cama alrededor de las once. Tumbada bocarriba en el colchón, con las manos colocadas encima del regazo, notaba una sensación de pura paz y felicidad. Luego, cerraba los ojos, deseando que el ciclo se reiniciara para disfrutar de nuevo de lo que para ella era un día perfecto.

***

Suele decirse que nada dura por toda la eternidad. Ni los malos momentos ni, por supuesto, los buenos. En especial, en lo referente a estos últimos. Una cuestión de la que, casi de la noche a la mañana, fue consciente. Las fantásticas vacaciones de la vida que pretendía haberse tomado comenzaron a causarle cierto hartazgo. Y este, con relativa rapidez, mutó en un categórico vacío.

No estuvo segura de cómo sucedió. Aún menos, del instante exacto en el que ocurrió. Pero, embebida en esa interminable vivencia de lo que en su opinión era una jornada perfecta, llegó una etapa en la que empezó a pensar de manera recurrente en su pasado. O, más bien, en lo que había sido su mundo previo a que la espiral infinita a la que pertenecía comenzara a girar.

Todas las veces que cavilaba sobre aquella época, que percibía al mismo tiempo tan próxima como distante, sentía una gran añoranza. Esto, en particular, le resultó muy sorprendente: con empeño había detestado la rigidez que imponían las rutinas diarias, a las que consideraba como mínimo una cárcel que impedía que las personas fueran libres de verdad. Sin embargo, tras mucho reflexionar, no tardó en comprender que era ahora cuando en realidad estaba

presa. Al fin y al cabo, con anterioridad a la activación del punto de restauración del sistema siempre había opción de que aconteciera algo inédito, distinto y perdurable.

También se veía asaltada por una insondable tristeza y por un miedo devastador. Al tratar de evocar episodios concretos de su antigua existencia tenía la impresión de que debía esforzarse una enormidad para conseguirlo. Una tarea como esa, en apariencia simple y cotidiana, requería de una lucha titánica por su parte. En tal grado era así que acabó temiéndose que, como consecuencia directa de las constantes repeticiones que estaba obligada a soportar, alcanzaría un límite en el que sería incapaz de rememorar qué hizo en determinados capítulos de su vida.

No obstante, para Paula había un problema bastante peor que aquel: la abrumadora y apabullante certeza de que, hiciera lo que hiciera, jamás dejaría una huella visible. ¿Cómo hacerlo, si al caer la medianoche el circuito se reiniciaba con matemática eficiencia para hacer que todo volviera al principio desde cero? Esperar lo contrario era, en resumen, absurdo. Por no afirmar, a las claras, que era una soberana estupidez.

Cualquier tentativa por conectar con extraños con el propósito de entablar una relación duradera se tornaba por entero estéril. En cuanto el reloj marcara las doce, la gente con la que hubiera estado no sabría quién era ella: básicamente, porque hasta entonces ninguno había tenido la ocasión de conocerla. Y juntarse con sus amistades habituales tampoco era una alternativa pues el final sería similar. Su recuerdo estaba condenado a desaparecer de igual modo que lo hacían las pisadas de los caminantes cerca de la orilla de la playa: de forma veloz e inexorable.

Todo, por culpa de aquel bucle imparable. Todo, por culpa del maldito efecto Cenicienta. Parecía sentenciada a penar como si fuera un espectro, víctima de la profunda soledad que acarreaba la imposibilidad de que sus acciones pudieran permanecer en la memoria de los demás.

CAPÍTULO 5

El interminable ciclo de repeticiones diarias dio lugar a que fuera víctima de una angustiosa soledad. Y esta no demoró demasiado en provocar que cayera presa de una formidable tristeza que no hizo excepto trastocar de manera drástica su visión de la realidad. Lo que no hacía mucho le parecía divertido pasó a ser aburrido y monótono. Lo que no hacía mucho le parecía maravilloso pasó a ser terrible y tedioso. Con frecuencia, se notaba dominada por un abatimiento como jamás había padecido, incapaz de abandonar ese pesaroso estado de ánimo por más que hiciera por intentarlo.

Encontrar consuelo y refugio en su familia aparentaba ser un imposible. Sin duda, una quimera. Cuando se disponía a telefonear a sus padres o a su hermano mayor, con el único deseo de escuchar de nuevo sus voces, no había señal. Igual sucedía si pretendía enviarles un mensaje de texto: este no llegaba nunca a sus destinatarios.

Ni siquiera hubo la menor opción de que hallara el cobijo que tanto necesitaba en aquellos que integraban su círculo de allegados: antiguas amistades que aún conservaba de su etapa universitaria u otras más recientes, forjadas en el entorno laboral. Fuera cual fuera el caso, pronto se percató de que no tenía objeto verse con estas personas. Las conversaciones que mantenía con ellos no tardaron en resultarle vacías. Siempre versaban sobre los mismos temas, sin que hubiera atisbo absoluto de cambio.

La desesperación por experimentar cualquier cosa que pareciera novedosa y que, a la par, le permitiera sentir una pizca de calor humano hizo que desempolvara su viejo traje de fiesta rojo, que hacía varios años que tenía olvidado en las profundidades de su

armario. Casi sin darse cuenta acabó viviendo más de noche que de día, yendo de discoteca en discoteca sin mayor propósito que el de conocer a un hombre distinto para traérselo a casa. Y así lo hizo una y otra vez, incluso a sabiendas de que esto no era salvo un parche que nunca contribuiría a mitigar su dolor. En el fondo, no hacía sino acentuarlo.

Pero, considerando las circunstancias, ¿qué alternativa tenía?

***

Una madrugada como tantas, en uno de los locales de ocio nocturno más renombrados de la ciudad, Paula llevaba tiempo disfrutando de la compañía de un joven bastante atractivo al que le había echado el ojo en alguna de sus anteriores visitas. Tenía la tez morena, unos penetrantes ojazos oscuros y unos apetecibles labios carnosos que ya había tenido oportunidad de probar en el transcurso de su desenfrenado encuentro. No era muy hablador, aunque eso a ella no le importaba en absoluto. Podría decirse, además, que se trataba de un punto que añadir a su favor.

La música resonaba con gran estruendo, anulando cualquier otro sonido pese a que el establecimiento estaba atestado. A duras penas lograba oírse nada que no guardara relación con las canciones que eran reproducidas prácticamente sin descanso. Todas, cortadas por un invariable patrón: un insistente y machacón ritmo que facilitaba la realización de determinados pasos en la pista de baile.

En torno a las dos y media de la madrugada, un poco sofocada por sus fogosos bailes con aquel muchacho de tan buen ver, pensó en marcharse un momento a la barra en busca de un refrigerio. Justo un instante, lo suficiente para recobrar el aliento y tomarse algo que la ayudara a cargar pilas de cara a lo que todavía estaba por venir. La noche no había concluido, ni por asomo: la diversión no había hecho más que empezar. Así se lo hizo saber a su improvisada pareja, a la que dedicó una seductora mirada para luego despedirse provisionalmente con un apasionado beso en los labios.

Despacio se dirigió hacia el mostrador, moviéndose de modo inconsciente al son que marcaba la estridente música que continuaba escuchándose. A su llegada se sorprendió, al comprobar que parecía no estar tan concurrido como cabía esperar. Cosa que, de corazón, agradeció. Si había algo que aborrecía era tener que abrirse camino entre la multitud para pedir una copa. Aparte, este insospechado golpe de suerte significaba que no demoraría demasiado en ser atendida: en un santiamén estaría de nuevo en los fornidos brazos del mozo que aguardaba su regreso.

Mientras el *barman*, con el que ya había tenido algún que otro escarceo durante aquella noche sin fin, se ocupaba de su bebida, se plantó a su lado una chica casi de su edad. En cuanto notó aquel contacto, no pudo evitar fijarse en esta. Tenía el pelo rubio, largo y liso. Los ojos eran azules y redondeados, rodeados por unas estilizadas pestañas. La nariz era respingona y la boca, pequeña.

Daba la impresión de ser bajita, a pesar de estar subida en unos tacones espectaculares. Un calificativo que, en honor a la verdad, también era válido aplicar a su vestido, de color negro. De su hombro izquierdo colgaba un bolsito similar al que ella misma portaba en esa ocasión.

La distancia que las separaba era escasa, unos simples centímetros. Lo cierto era que estaba más cerca de lo que le hubiera gustado. No obstante, cuando se volvió hacia ella, decidió saludarla con educación. Solo un ligero gesto con la cabeza, que la recién llegada interpretó como una invitación a entablar conversación:

— ¿Te lo estás pasando bien?

— Muchísimo —contestó a esta inesperada pregunta, sonriendo —. Sin duda, esta es la mejor discoteca de la ciudad.

— ¿En serio?

— Sí, sí… Créeme, sé a la perfección de lo que hablo…

— ¿Eres una experta en ocio nocturno? —inquirió la desconocida con actitud jocosa.

— Algo así…

Tras este breve cruce de palabras, prestó mayor atención a los rasgos de la extraña. En particular, porque tenía la desconcertante sensación de que su rostro no terminaba de sonarle. Esto no dejaba de ser chocante pues, a fuerza de ir de forma habitual al mismo establecimiento, prácticamente conocía las caras de toda la gente que estaba por allí. Pero, por más que se esforzaba por acordarse de quién era, no era capaz de ubicar a estar persona en concreto.

Y después de unos instantes intentando hacer memoria, preguntó:

— ¿Nos hemos visto antes por aquí?

— No lo creo —negó la mujer del traje negro con una sonrisa—. Hace bastante tiempo que no aparecía por este sitio.

— Ya decía yo…

De pronto las dos pararon de charlar, callándose de improviso. Entre ambas, que no cesaron de mirarse ni un segundo, se creó un silencio tan llamativo como absorbente. Tanto, que a despecho del jolgorio y de la algarabía que imperaba en el ambiente, Paula apenas consiguió oír nada. Parecía que en el local no existía más que el intrigante semblante de esa desconocida.

Fue esta última la que puso fin a la singular pausa que había sufrido la cháchara informal que hasta ese momento habían sostenido. Sonriendo con aparente timidez mientras se colocaba un mechón de pelo rebelde detrás de la oreja, se arrimó para susurrar de manera confidencial:

— No hace mucho yo era como tú…

— ¿A qué te refieres?

— A que me recuerdas tanto a mí cuando… —en esa ocasión pareció estremecerse, sin rematar la frase.

— Cuando, ¿qué?

— Cuando esto dejó de resultarme divertido.

***

El corazón le dio un violento y repentino vuelco. Una incontrolable oleada de nerviosismo sacudió su cuerpo, originando que se tensara de inmediato. Estaba conmocionada, casi en *shock*. No era para menos: de todas las cosas que imaginó que esa mujer le hubiera podido soltar, jamás se le pasó por la cabeza algo semejante.

No tenía la más mínima idea de qué era lo que estaba sucediendo, aunque sí que tenía claro que su perturbadora acompañante estaba al corriente de cuanto mantenía relación con el bucle. Y, pese a ello, no entendía cómo podía ser esto remotamente posible. ¿Quién era esa chica? ¿Cómo conocía la existencia del punto de restauración del sistema? ¿Con qué intenciones se había acercado a conversar con ella?

Tras reflexionar con rapidez al respecto, alcanzó la conclusión de que lo adecuado sería guardar las apariencias. Temía decir más de lo debido pues, en el fondo, nada de aquello le generaba demasiada buena espina. Por consiguiente, prefirió actuar como si no comprendiera las implicaciones de lo que le acababan de comentar.

— No sé de qué me hablas… —indicó entonces, con indisimulada incomodidad.

— ¿En serio?

— Sí.

— No me lo creo…

— Me parece que lo mejor será que nos despidamos, que me están esperando…

Paula hizo ademán, por último, de acudir al encuentro del muchacho con el que había estado bailando esa noche. Tanta fue la premura que se olvidó por completo de la bebida que había pedido al camarero y que hacía tiempo que la estaba aguardando en la barra. Lo único que quería era seguir divirtiéndose y poner tierra de por medio con aquella persona tan rara.

Sin embargo, justo cuando se disponía a marcharse, la desconocida señaló:

— De primeras esto resulta muy atractivo, ¿a que sí? Te reconozco que, incluso, es muy excitante. Es lógico y natural… Descubrir que tienes la oportunidad de vivir mil veces el mismo día, sin que apenas haya consecuencias, es prodigioso.

— ¿Cómo…? —trató de preguntar, paralizada.

— Tienes la sensación de que las posibilidades son infinitas, que esta ciudad no es más que un gigantesco patio de recreo. ¿Cómo no verlo de esa manera? Al fin y al cabo, puedes hacer todo lo que desees —después fijó sus ojos azules en los suyos, como si estuviera calibrando la repercusión que habían tenido sus palabras—. Pero luego…

— Te das cuenta de lo equivocada que estabas… —musitó, prácticamente sin pensar.

— Eso es… —corroboró la extraña, sonriendo—. Llega un momento en el que, por más que lo intentes, la realidad se vuelve monótona y pesada. Vayas donde vayas, hagas lo que hagas… Todo es igual: los mismos sitios, las mismas experiencias, la misma gente…

— Sí…

— Aunque eso no es lo peor de todo… Lo peor de todo es ese sentimiento que te oprime y que te ahoga, acechándote sin permitirte siquiera un mísero segundo de tregua…

— La soledad —afirmó, con un hondo pesar.

— Eso es. La puta soledad.

De nuevo, ambas se sumieron en un denso silencio. Esta vez, al contrario de las anteriores, no establecieron contacto visual, sino que optaron por contemplar lo que estaba aconteciendo en ese preciso instante en la discoteca. Miraran donde miraran, hallaron grupos de jóvenes bailando de forma despreocupada, dejándose

llevar por el exaltado frenesí que parecía infundirles la música que retumbaba por doquier.

No era nada que, para su desgracia, les fuera ajeno. Lo cierto era que, considerando las circunstancias, aquella era una vida que a ella y a su acompañante les era de sobra familiar. En definitiva, la habían presenciado en incalculables de ocasiones.

Y fue así, mientras su vista vagaba por la inmensidad de aquella atestada sala de baile, cuando la mujer del vestido negro retomó la charla:

— Te aseguro que vendrá la hora en la que también te cansarás de esto… Te acabarás aburriendo de buscar hombres guapos con los que echar un ratito agradable, porque habrás comprendido que de ese modo tampoco lograrás llenar el profundo vacío que te reconcome por dentro. Eso, por supuesto, si no estás ya en ese punto…

— ¿Y cómo sabes tanto de esto? —inquirió con presteza, demostrado una repentina desconfianza.

— Te lo he confesado antes: no hace mucho, yo era como tú.

***

Pese a que aquella chica insistía en que su situación era idéntica a la suya, la verdad era que Paula no las tenía todas consigo. Había algo, en el fondo de su ser, que continuaba invitándola a no fiarse de lo que su misteriosa interlocutora le estaba contando. No en vano, la situación era demasiado inusual. Bastante más que cualquiera de los insólitos eventos que, hasta la fecha, había tenido la oportunidad de experimentar. Y eso, con franqueza, era mucho decir.

Todo lo que tenía claro a esas alturas de su conversación era que su instinto le indicaba que aquello era terriblemente sospechoso. Este enorme recelo propició que, de manera fulminante, empezara a hacerse preguntas un tanto curiosas. ¿Y si aquella desconocida estaba mintiendo? ¿Y si en realidad no era más que una asociada del

guardián del bucle que, con algún oscuro propósito, había decidido contactarla?

— ¿Y cómo sé que no trabajas para él? —requirió con brusquedad, resuelta a averiguar qué estaba sucediendo.

— ¿Para quién?

— Para… Zanka…

— ¿Zanka? —replicó, actuando como si no tuviera la menor idea del personaje del que hablaba.

— Alto, fuerte, pelo rubio muy cortito, pómulos muy marcados… —enumeró apremiante, sin tener la más mínima intención de darse por vencida—. ¿Te suena?

— ¡Ah, sí! —exclamó al fin, con actitud divertida—. ¡Zanka!

No pudo evitar torcer el gesto con disgusto después de oír cómo volvía a salir aquel nombre de la boca de la mujer del traje negro. Y es que, aunque había seguido el consejo que le brindó tras su único encuentro, pensar en el vigilante de la burbuja temporal le producía escalofríos. Acaso, por eso, a lo largo de aquel período había hecho lo posible por ignorar su existencia.

La mueca que se dibujó en su rostro no pasó inadvertida para la otra que, con aire socarrón, no vaciló en soltarle:

— ¡No tienes por qué alarmarte! No es que el tipo sea Bitelchús y vaya a materializarse de golpe porque lo hayamos mentado unas cuantas veces…

— Vale, vale… —murmuró entre dientes, molesta por este reciente comentario.

— Y, contestando a lo que me has planteado… No. No tengo ni mucho ni poco que ver con ese individuo.

— ¿Entonces cómo es que sabes tanto de todo esto?

— ¡Pero mira que eres desconfiada, muchacha! —le espetó sin dar crédito—. Te lo he dicho… Soy una persona normal y corriente

que, como tú, está padeciendo las consecuencias del dichoso punto de restauración del sistema. Ni más, ni menos.

— ¿Y por qué debería creerte? —insistió, sin estar segura de si podía otorgar validez a lo que estaba escuchando.

— Y yo, ¿qué? —inquirió la chica, encogiéndose de hombros—. ¿Cómo sé que tú no trabajas para él?

— Porque… —balbuceó, desorientada—. Eso sería sencillamente absurdo.

— ¡Pues igual que en mi caso! ¡Estamos en las mismas, te lo juro!

De inmediato, las dos se miraron con fijeza y manteniendo un mutismo espeso. Casi al unísono arquearon las cejas, en signo inequívoco de que acababan de reparar en lo ridículo de la situación. Y de repente, sin mediar palabra alguna, comenzaron a reírse sintiendo una mezcla de alivio y de ansiedad.

Cuando consiguieron recobrar la compostura se giraron de nuevo, dándole por completo la espalda a la abarrotada pista de baile. La extraña se apoyó con tranquilidad sobre la superficie metálica de la barra, mientras que Paula descubrió que la bebida que había pedido llevaba un rato esperándola. Esta fue una grata sorpresa, pues lo cierto era que necesitaba tomar algo que la ayudara a digerir lo que estaba ocurriendo.

En tanto aprovechaba para pegarle un ligero sorbo a su copa, su acompañante se interesó:

— ¿Cómo lo conociste?

— Fue en una cafetería de las afueras, la Monteverde… —replicó, consciente de por quién le estaban preguntando—. Esa mañana había colocado en varios foros una nota que escribí refiriendo mis primeras peripecias con el bucle. Y, bueno… El único que me respondió fue él.

— Ah, ¿sí?

— Sí… Me propuso citarnos para charlar del tema. Así fue cómo me enteré de este disparate de los viajes en el tiempo, el experimento, la prueba piloto…

— La puñetera prueba piloto, sí…

— Ya, qué me vas a contar —corroboró, con resignación—. ¿Y qué hay de ti?

— Bueno, en mi caso fue de una manera bastante más desagradable… —comentó la mujer del vestido negro a la par que sus labios dibujaban una amarga sonrisa—. Al percatarme de que estaba atrapada en el mismo día, me volví loca. De modo que consideré que lo mejor que podía hacer era salir por patas de aquí. Me monté en mi moto y la piloté tan rápido como fue posible hasta llegar a la autovía…

— ¿Y qué pasó?

— Me engulló el abismo.

— ¿Cómo que te engulló el abismo?

— Lo que oyes… Me adentré en un impenetrable vacío en el que exclusivamente parecía estar yo, flotando. La realidad se había esfumado en un abrir y cerrar de ojos. También lo hizo mi moto — después de esta confesión realizó una pequeña pausa, tal vez para ordenar sus pensamientos—. No sé lo que permanecí allí hasta que, de pronto, todo se aceleró. Noté como si una fuerza invisible tirara de mí… Hasta que aparecí en mi habitación.

— No me jodas…

— Había averiguado que más allá de los límites físicos de esta ciudad no queda nada en absoluto. Solo… El fin del mundo.

¿El fin del mundo? ¿De verdad había soltado eso? No tenía claro qué opinar al respecto, aunque con toda probabilidad, por extraño que le pudiera parecer, la intrigante joven tuviera razón. Tampoco tenía forma de refutarlo puesto que a ella jamás se le había ocurrido abandonar la población. En ese aspecto, la única opción que le restaba era confiar en su palabra.

Bien mirado, la información que acababa de recibir no era tan descabellada como le sonó en un principio. En resumidas cuentas, la apacible ciudad en la que vivían había sido escogida para servir de improvisado conejillo de indias de los científicos a cargo del proyecto de los puntos de restauración del sistema. Ateniéndose a eso, resultaba lógico que más lejos de las fronteras de la localidad no existiera nada, en el sentido más estricto de la palabra.

Esta conclusión tuvo, además, un efecto iluminador: Paula creyó identificar el motivo por el que no lograba comunicarse con nadie que no estuviera dentro de los márgenes establecidos para aquel infame lunes de septiembre. Quizás, la causa por la que aún no había conseguido contactar con su familia, ya fuera a través de llamadas telefónicas o de un simple mensaje de texto, fuera esa.

Reflexionando sobre el desconcertante concepto que la desconocida había señalado y sus posibles implicaciones, su mente desarrolló una estampa como mínimo curiosa. Y es que, sin entender el por qué, a la cabeza le vinieron aquellos antiguos marineros que rehusaban navegar más allá de los confines del universo conocido por temor a lo que avistaran ahí. Seguramente imaginaran descubrir algo comparable a lo que experimentó la muchacha en su desesperado empeño por huir de la ciudad.

Apenas tuvo demasiada oportunidad de fantasear pues, tras un breve momento, la extraña continuó su relato:

— Todavía no tenía la menor idea de lo que estaba sucediendo y no me di por vencida. Tan deprisa como pude me subí otra vez a la moto para dirigirme hacia una salida distinta. La historia, claro está, volvió a repetirse.

— ¿Cuánto más lo estuviste intentando?

— En unas cuantas ocasiones, si te soy sincera —admitió con gesto burlón—. Hasta que en una de esas me topé, al dejar el portal, con Zanka… Y ahí me explicó todo sobre este peculiar tinglado.

La charla sufrió un pequeño *impasse*, que fue aprovechado por Paula para volver a mojarse de nuevo los labios con su bebida. Mientras lo hacía, sin cesar de darle vueltas a lo que hasta ese instante habían hablado, se vio embargada por una sensación de indescriptible congoja. Un sentimiento más que comprensible, considerando la temática de la conversación pero que, a todas luces, contrastaba con el ambiente eminentemente festivo que se respiraba en el interior de la discoteca.

— Me llamo Clara, por cierto —mencionó de pronto, sacándola de sus cavilaciones.

— Yo soy Paula… —contestó más por cortesía que otra cosa, pues en el fondo estaba convencida de que su acompañante había averiguado su nombre de antemano—. Encantada de saludarte.

— Igualmente…

Realizadas las presentaciones, en una etapa bastante tardía de ese inusual encuentro, las dos se miraron a la cara. Tanto el rostro de una como el de la otra era el fiel reflejo de su estado anímico: mostraban una honda tristeza como consecuencia del atolladero en el que se hallaban. Ambas quisieron decir algo, acaso con el propósito de animarse mutuamente. Sin embargo, no fueron capaces de emitir ningún sonido.

Hasta que, después de que un audible suspiro escapara de su boca, la mujer rompió aquel prolongado contacto para examinar su bolso. Hurgó una chispa hasta localizar lo que aparentaba estar buscando: un papelito doblado que, con sencillez, sostuvo entre sus dedos.

— Supongo que estarás un poco sorprendida… —comentó ahora, reanudando el diálogo—. Yo, en tu lugar, también lo estaría.

— Un poquito nada más, no te preocupes…

— Mi intención era que nos conociéramos, pasar un ratito contigo y hacerte saber que… Bueno… Que no estás sola —con esto, le

tendió el pliego de papel que había estado sujetando hasta entonces.

— ¿Qué es esto? —inquirió, tomando lo que le ofrecía y sin entender el por qué.

— Si alguna vez deseas charlar, lo único que tienes que hacer es acercarte cualquier tarde a la dirección que figura en esa nota. Te estaremos esperando con los brazos abiertos. Hasta pronto…

Sin aguardar siquiera a que pudiera añadir ni un adiós a modo de despedida, la chica del vestido negro se puso en marcha. En un visto y no visto se adentró entre la multitud de personas que seguían a lo suyo, disfrutando de la música y del baile. Hasta que, tras unos segundos, se perdió por completo.

Paula, por otro lado, se quedó estupefacta. Casi no se movió de su sitio, en tanto procesaba lo que acababa de suceder. Por un momento tuvo la impresión de que aquello no había pasado de veras, de que apenas había sido un sueño. Si bien, en su mano tenía la prueba irrefutable de que esa alucinante entrevista había sido real: la misteriosa nota que Clara le había entregado antes de desvanecerse.

CAPÍTULO 6

Aproximadamente una hora después de que concluyera aquel desconcertante encuentro en la discoteca, Paula estaba en casa. Ni que decir tiene que, a tenor de los acontecimientos que había vivido, el plan inicial de esa noche se alteró de manera sustancial: plantó al chico con el que había estado bailando hasta que Clara se decidió a entablar conversación con ella. Las circunstancias mandaban y, visto lo visto, la verdad era que tenía serios asuntos sobre los que reflexionar.

Durante el trayecto de regreso a su hogar no cesó de darle vueltas a la sesera, cavilando sin interrupción sobre todo cuanto había pasado. Sin estar muy segura del por qué, seguía teniendo la sensación de que aquello no había ocurrido en realidad: todo parecía demasiado estrambótico para ser auténtico. No obstante, no había duda de que así era.

Por consiguiente, cuando por fin se metió en su piso, no pudo evitar sentirse abrumada. Nada tenía lógica. No esperaba que su situación, ya de por sí bastante enrevesada debido al punto de restauración del sistema, se enredara todavía más. Y es que, ni por asomo, se figuraba un giro de guion como el que se había producido esa velada, de apariencia tan rutinaria como las últimas que había experimentado. Consideraba que, de golpe y porrazo, el panorama se había oscurecido de forma notable.

Pretendiendo reducir un poco las pulsaciones se dirigió a la cocina, resuelta a tomar algo que le permitiera refrescarse. Abrió la nevera y, sin pensárselo un instante, echó mano de una botella de agua de litro y medio que estaba llena hasta los topes. Bebió con

rapidez, casi sin detenerse a respirar ni un solo segundo. Bebió con ansia, casi hasta dejar el recipiente vacío.

Al acabar se percató de que aquello no le había servido de ayuda. No se había calmado, ni mucho menos: continuaba igual de revuelta e inquieta que antes. Tal vez, incluso más. Y, de modo instintivo, caminó hacia su dormitorio. Quizás, allí lograría recobrar la paz que había perdido en el club nocturno al que se había acostumbrado a ir últimamente.

Lo primero que hizo al penetrar en su alcoba fue abandonar, al lado de la puerta, el pequeño bolso de color blanco que había llevado consigo a la sala de fiesta. Asimismo, quedaron atrás sus elegantes zapatos de tacón, de los que se liberó como buenamente pudo. Hasta que, de pronto, llegó al destino que tenía entre ceja y ceja: su cama.

Sin vacilar, se abalanzó sobre esta, apreciando cómo su cuerpo rebotaba en la cómoda superficie como consecuencia del impacto. Durante un rato permaneció bocabajo y con las piernas prácticamente colgando. En ese intervalo cerró los ojos, afanándose por aparcar los sucesos más recientes. No tuvo éxito. Sin tregua, su imaginación la conducía a la charla que había tenido con esa extraña en la barra de la concurrida discoteca.

Harta del tema se tumbó bien, colocando la cabeza encima de la almohada, facilitando así que sus extremidades inferiores reposaran sobre el colchón. Miró, con cierto temor, hacia la entrada de la estancia. Pese a la penumbra que reinaba en la habitación ubicó lo que al parecer había estado buscando: su bolso. El lugar exacto donde se hallaba el dichoso papelito que la mujer del vestido negro le había entregado para, de inmediato, desaparecer entre la multitud. Aún no se había atrevido a leerlo.

En ese momento, de nuevo se acordó de lo que había hablado con ella en el rato que habían compartido juntas en la discoteca. Lo hizo con suma fidelidad, como si lejos de tratarse de un mero recuerdo estuviera aconteciendo en realidad. Rememoró, punto por punto, todo lo que ocurrió durante esa intensa entrevista.

En honor a la verdad, no sabía qué decidir al respecto. Era evidente que, en líneas generales, tenía sentimientos contradictorios. Una parte de ella le indicaba que podía fiarse de la chica que había conocido aquella noche pues, a fin de cuentas, lo que le había contado se asemejaba en alto grado a las experiencias que ella misma había tenido en el bucle. Otra, sin embargo, la instaba a mantener la cautela.

En especial, porque no conseguía evitar hacerse una pregunta que no había resultado en absoluto explicada en el transcurso de esa imprevista conversación: si su acompañante no había mentido, ¿cómo era posible que supiera que ella también estaba atrapada en aquella inagotable espiral que hacía que el lunes dos de septiembre se repitiera de forma infinita? ¿Acaso había estado siguiendo sus pasos sin que lo advirtiera? Y, de ser así, ¿cómo había saltado la liebre? ¿Qué la había delatado?

Aturdida, tras haberse formulado en silencio estos interrogantes de muy difícil respuesta, no pudo hacer más que proferir un suspiro repleto de desesperación. Tenía la sensación de haberse topado con un callejón sin salida, incapaz de solventar sus sospechas. Parecía que, a su pesar, tan solo tenía dos opciones: dar una especie de salto de fe y confiar en la palabra de esa persona o, por el contrario, eludir todo futuro contacto con ella.

En mitad de esta disyuntiva, sin comprender en concreto el por qué, evocó la ocasión en la que recibió el mensaje de Zanka para verse en la cafetería Monteverde. Aquella mañana, cuando acudió a la cita con el guardián de la burbuja temporal, lo que en el fondo estaba deseando era localizar a alguien que estuviera atravesando por idéntica situación. Justo lo que, en resumen, había tenido lugar esa madrugada en la discoteca. Entonces, ¿por qué recelaba con tanta insistencia de las intenciones de la joven?

Después de mucho cavilar alcanzó la conclusión de que, si la vez que el individuo que velaba por la integridad del ciclo la convocó apenas se lo pensó, mal haría ahora en no probar a encontrarse de nuevo con esa mujer. Tampoco tenía gran cosa que perder por

intentarlo. Todavía más, quizás ella lograría ayudarla a aliviar la tremenda angustia que llevaba padeciendo desde hacía demasiado tiempo.

Y con esa determinación, se levantó de un brinco de la cama para recorrer la escasa distancia que la separaba de la puerta. Había llegado el momento de mirar, inexcusablemente, aquella nota.

***

El pliego de papel que Clara le había entregado antes de dejar con rapidez la discoteca contenía un mensaje tan escueto como ilustrativo. El texto, escrito a mano con una estilizada y cuidada caligrafía, ni siquiera ocupaba un renglón. Dada la naturaleza de la información que pretendía transmitir, no era necesario que su extensión fuera mayor.

Aún de esa manera, la reacción inicial de Paula en cuanto se aventuró a leer la nota de marras fue la de sentir un ligero estupor. Cuando no, directamente, una moderada decepción. Cierto era que hasta aquel instante no había tenido la menor idea de lo que podría esconder la enigmática misiva. Pero, desde luego, jamás supuso que fuera algo tan conciso como lo que en su caso acabó hallando.

"*Centro Cultural Los Monteros, sala 1311. 19:00 horas*", rezaba el papelito. Breve, sucinto, derecho al grano. Sin duda, no se podía decir más con menos. Y, a la par, aquella frase, plasmada con tinta azul, casi no comunicaba nada. O, en definitiva, eso creía ella. En su opinión, no contestaba a ninguna de las complicadas cuestiones que había estado planteándose desde hacía un buen rato. Como poco, contribuía a que sus reservas se incrementaran.

A pesar de ello, tras haber repasado algunas veces la dichosa notita, introdujo en el buscador de su teléfono móvil el sitio al que la emplazaban a ir esa tarde para saber con exactitud dónde estaba. Y es que, aunque el nombre quería sonarle bastante, la verdad era que ignoraba por completo cuál era su ubicación. Para su asombro, descubrió que no estaba demasiado lejos del bloque de viviendas en el que residía: en apariencia, a veinte minutos a pie.

Con este aspecto despejado no podía hacer sino aguardar a que viniera el momento de salir de su domicilio para aparecer en aquel lugar a la hora señalada. Como era lógico, la espera se le hizo muy larga debido a la mezcla de tensión y nervios que, de modo inevitable, fue acumulando durante el día. Tanto fue así que, eventualmente, tuvo la desagradable sensación de que el tiempo transcurría más despacio de lo habitual: parecía que las manecillas del reloj se hubieran puesto en huelga, negándose a cumplir con su cometido.

No obstante, y como suele ser normal, todo llega. También, la oportunidad de realizar aquel trayecto. Para su sorpresa, cerca estuvo de pillarla el toro: para cuando reparó en ello, eran las siete menos veinte. Una circunstancia que la obligó a vestirse a la carrera, colocándose lo primero que vio en el armario: una camiseta de tirantes negra y unos pantalones vaqueros. Y, cogiendo su bolso de la entrada, abandonó el piso.

Desde que puso un pie fuera para comenzar el camino que la conduciría a su destino no paró de darle vueltas ni un solo segundo a lo que se encontraría una vez estuviera allí. No imaginaba de qué podía tratar aquello. Sin embargo, recordando las palabras que pronunció la joven del traje negro antes de marcharse, estaba segura de que habría varias personas. Lo que en efecto le comentó fue que la estarían esperando con los brazos abiertos.

¿Quiénes serían los misteriosos individuos con los que se toparía? ¿Cuánta gente compondría el intrigante grupo que conocería esa misma tarde en la sala 1311? ¿Cuál era el propósito de las reuniones que protagonizaban en aquel sitio? ¿Qué estaba sucediendo?

Se formuló todas estas preguntas mientras andaba por las tranquilas calles de la ciudad, con el convencimiento de que cada uno de estos interrogantes resultaba más desasosegante que el anterior. Y esto, por su parte, la llevó a volver a considerar otro de los importantes asuntos que seguía sin ser capaz de solventar: ¿cómo esa pandilla había averiguado que ella era consciente de las

continuas repeticiones que se producían fruto de la creación del punto de restauración del sistema?

El agobio que experimentó al plantearse esto fue de tal calibre que, sin saber por qué, empezó a tener la desconcertante creencia de estar siendo vigilada. Arrastrada por la paranoia, perdió la cuenta de las veces en las que se giró hacia atrás de manera obsesiva, resuelta a descubrir si estaba siendo observada por alguien a quien pudiera considerar sospechoso. En ninguna de estas ocasiones detectó nada alarmante. Y, aun así, la verdad fue que cada una de estas oportunidades manejó la posibilidad de retroceder y regresar a casa.

Consiguió resistir este impulso pues, tras un itinerario plagado de sobresaltos, se presentó en el Centro Cultural Los Monteros. Era una edificación bastante moderna, de tres plantas. La fachada estaba recubierta por unos cuidados ladrillos rojizos y, también, salteada por decenas de ventanas. Algunas estaban abiertas de par en par; otras, en cambio, se mostraban cerradas y con las persianas echadas. En la zona media figuraba un inmenso rótulo con el nombre de la institución.

Permaneció frente al acceso del inmueble un ratito, dando la impresión de que todavía no las tenía todas consigo en lo relativo a pasar. Sacó, entonces, el teléfono de su bolso para comprobar la hora: había acudido con diez minutos escasos de retraso con respecto a lo indicado en la nota. Respiró hondo y, guardando de nuevo el dispositivo, avanzó hacia la puerta principal.

El recibidor era amplio y de buen tamaño. De las paredes, lisas y pintadas de blanco inmaculado, colgaban las obras que participaban en la exposición más reciente de los alumnos del centro. El imponente salón de actos, cuyas puertas estaban clausuradas en ese momento, se situaba a la izquierda. A no excesiva distancia era posible localizar un pequeño mostrador repleto de trípticos que anunciaban las diversas actividades a las que los vecinos de la barriada podían suscribirse. El puesto estaba atendido por una mujer de mediana edad, de corta estatura y con gafas. Casi al final, junto a

las máquinas expendedoras de comida y refrescos, se veía una escalera que llevaba a los pisos superiores.

Después de realizar un veloz barrido visual de la entrada del edificio, se dirigió hacia la mesa de información para preguntar por la ubicación exacta de la sala 1311. El breve diálogo que entabló con la veterana recepcionista, que hablaba de un modo atropellado y seseando mucho, le permitió averiguar que el aula en cuestión se hallaba en la segunda planta. Y, tras despedirse de esta señora, cogió el camino hacia la escalinata.

No tardó en alcanzar el segundo piso, topándose con un alargado pasillo, no demasiado bien iluminado, que contaba con montones de puertas a ambos lados. Estas estaban selladas a cal y canto, como si no estuvieran prestando servicio. Para colmo de males, no había ni un alma en los alrededores. Tampoco se oía sonido alguno. Todo eso no hacía sino conferirle a este espacio un aura de cierto abandono y misterio.

Haciendo de tripas corazón, consciente de que no le quedaba más remedio que internarse en aquel inquietante corredor, Paula se puso en movimiento. Anduvo con lentitud, tomándose su tiempo para examinar la numeración de las distintas estancias que componían aquel lugar. Hasta que, por último, atinó con la que estaba buscando: la 1311.

Al igual que las demás salas, la puerta de esta se encontraba cerrada. La estudió en silencio, con patente indecisión. Comprendió que, ahora que ya había llegado, tenía menos claro que nunca lo que debía hacer. Mientras intentaba desenmarañar sus ideas, sus ojos dieron con la manilla de aluminio. Un objeto que, pese a todas sus reticencias, se tornó enormemente tentador. Y fue así, dominada por esa poderosa atracción, como acabó acercando su mano al tirador sin apenas pensar en lo que estaba haciendo.

***

Lo que contempló, una vez franqueó la puerta de esa intrigante habitación, la dejó a cuadros. En gran medida porque lo que vio no

se parecía, ni por asomo, a lo que había calculado que descubriría allí. No en balde, la escena de la que fue testigo no podía considerarse, bajo ningún concepto, fuera de lo común. Por el contrario, resultaba pasmosamente normal y cotidiana.

El aula, de planta rectangular y paredes blancas, tenía las persianas echadas. La iluminación provenía de los tubos fluorescentes anclados a la techumbre, que emitían una luz amarillenta. Por doquier había pupitres desiertos que, además, transmitían una sensación de ligero desorden. La acción, por decirlo de alguna manera, estaba transcurriendo en mitad de la sala: ahí había cinco sillas de madera, colocadas en círculo. Todas estaban ocupadas, a excepción de una: la que imaginó que los asistentes a aquel encuentro que había sido organizado con tanto secretismo habían reservado para ella.

La joven que conoció en la discoteca, que esta vez lucía una bonita blusa con motivos florales y un holgado pantalón de vestir azul marino, presidía la reunión. Estaba situada en una posición privilegiada: era la única que miraba directa hacia la entrada. A su derecha había dos sillas, ocupadas por una mujer y por un hombre. Mientras que, a su izquierda, otro varón se sentaba junto al puesto vacante.

Al irrumpir en la estancia tuvo la impresión de que ni uno de los allí presentes contaba con que al final se decidiera a aparecer. Durante los escasos segundos que permaneció bloqueada en el umbral advirtió cómo cuatro pares de ojos se fijaban en su persona, escrutando su semblante con una mal disimulada sorpresa. Tanta o más, incluso, que la que la propia Paula estaba notando en aquella ocasión.

— ¡Paula, bienvenida! —exclamó Clara, después de ese instante de incertidumbre—. ¡No sabes cuánto me alegro de verte!

— Hola a todos… —saludó con rapidez, presa de un total apuro al tiempo que continuaba sintiendo cómo el resto la inspeccionaban con atención.

— No esperaba que vinieras tan pronto por aquí. Creí que tardarías todavía un poquito más en acudir. ¡Qué maravilla!

— Pues ya ves…

— Anda, no te quedes parada… Pasa y ponte ahí, al lado de Martín —la invitó, señalando el lugar sin dueño que formaba parte del círculo.

Aceptando con un leve gesto con la cabeza se dispuso a hacer lo que la improvisada líder de aquel grupo le había sugerido. Con gran cuidado cerró la puerta para, luego, recorrer la escasa distancia que la separaba del centro de la sala. Realizó el trayecto con la mirada clavada en el suelo y experimentando una profunda vergüenza. No se atrevió, en ningún momento, a levantar la vista para observar a esos extraños que examinaban cada uno de sus movimientos con inusitada curiosidad.

De hecho, no fue hasta que alcanzó la silla libre y se acomodó allí cuando en definitiva estudió a la gente que componía esa inusual asamblea. Todos, en el acto, cambiaron su actitud: aparcaron su asombro inicial para contemplarla de modo amigable. Casi a renglón seguido, Clara procedió a hacer las protocolarias presentaciones.

El individuo junto al que estaba instalada se llamaba Martín, tal y como le había indicado su anfitriona previamente. Tenía el cabello canoso y aparentaba estar curtido en mil batallas. La piel de su cara parecía áspera, seca y mucho más morena que la de los demás. Sus ojos, pequeños y marrones, brillaban tristes: quizás, como consecuencia de los acontecimientos tan anormales que le había tocado vivir desde aquel fatídico día. Vestía un ajado mono azul y, en los pies, calzaba un par de zapatillas deportivas bastante desgastadas.

Carlos era el segundo integrante masculino de la pandilla y estaba sentado en la silla de madera que estaba frente a la suya. Frisaba los cuarenta y mostraba una calvicie más que considerable que, aun así, trataba de enmascarar sin excesivo éxito con una cortinilla de pelo que atravesaba de un extremo a otro su cráneo.

Tenía los ojos negros, los carrillos sonrosados y debajo de la nariz, un bigote diminuto. Esa tarde iba con un elegante polo de color rojo y con unos pantalones vaqueros de aspecto usado.

Al fin, ocupando el asiento situado inmediatamente a la derecha de Clara, se hallaba una muchacha que tenía puesto un sencillo vestido blanco con lunares rojos, de nombre Natalia. Sin duda, de todos los miembros de aquel grupo tan singular, era la más joven: no podría tener más de veintidós años. Tenía la melena castaña, larga y rizada. Sus ojos eran de un verde hipnótico y resplandeciente. La nariz tenía un perfil afilado que contrastaba con su boca, más bien chiquita.

Fue justo el rostro de esta última el que captó su atención en particular, porque tenía la sensación de que habían tenido ocasión de coincidir con anterioridad. Aquella chavala le resultaba muy familiar, aunque, a pesar de ello, le costó una barbaridad ubicarla. Quizás porque, en realidad, no estaba habituada a verla con ropa de calle. Quizás porque, en realidad, estaba acostumbrada a verla luciendo la gorra y el delantal amarillo propios de su ámbito de trabajo: la cafetería Monteverde.

— Y bueno, chicos… —dijo entonces Clara con el firme propósito de acabar con los saludos—. Esta es Paula, la persona de la que os he hablado hace un rato y a la que he tenido la oportunidad de conocer esta madrugada.

— Bienvenida, Paula —corearon todos prácticamente al unísono.

— Gracias… —musitó, sonriendo con aire apocado al tiempo que por dentro no dejaba de preguntarse qué ocurriría ahora.

Sin embargo, nada pasó. En cualquier caso, no de manera inminente. La timidez que se había apoderado de ella pareció contagiar, durante un instante, al resto de la gente que se encontraba en el interior del aula. Nadie hizo intento por pronunciar palabra alguna, provocando un silencio tan embarazoso como desconcertante. Y que, para colmo de males, tenía visos de prolongarse más de lo recomendable.

Así permanecieron hasta que, de sopetón, Carlos se arrancó, dando la impresión de estar algo molesto por la interrupción que habían sufrido por la inesperada entrada de la mujer:

— Volviendo a lo que estábamos comentando antes, personalmente creo uno de los aspectos que más añoro de la vida anterior al bucle es la lluvia.

— ¡Oh, Dios mío! —soltó Natalia con un entusiasmo palpable—. ¡Casi ni me acuerdo de lo que es eso!

— ¿A que sí? —inquirió el individuo que estaba sentado junto a la muchacha, esbozando una media sonrisa.

— Buah, macho… Me encantaba sentarme pegada a la ventana, en una tarde de estas de tormenta, a contemplar cómo caían las gotas mientras me tomaba una taza de café bien calentita —confesó la joven, a la par que su mirada destellaba al evocar dicha estampa.

— ¿Y qué me decís del olor a tierra mojada? —replicó Clara, con una honda melancolía—. No había nada mejor que eso…

— Pues si os soy sincero, yo no la echo de menos —intervino luego Martín, con parsimonia—. No había cosa que odiara más que estar currando con frío y lloviznando…

— Hombre, pero porque tus circunstancias eran las que eran —contestó el tipo del polo rojo, con un tono bastante cortante.

En tanto los demás departían con emoción sobre la lluvia, ella no pudo hacer sino guardar un asombrado silencio. Escuchó los argumentos de unos y otros sin entender lo que se estaba cociendo, sintiéndose por momentos cada vez más descolocada. Porque, pese a que procuraba mantener la mente abierta ante lo que estaba desarrollándose a su alrededor, no era menos verdadero que todo aquello le parecía un auténtico sinsentido.

¿Aquello estaba sucediendo de hecho o su imaginación le estaba gastando una jugarreta? ¿De veras estaba oyendo a un puñado de desconocidos hablar acerca de lo mucho que extrañaban los días lluviosos? ¿En serio habían reservado un aula del centro cultural para

conversar de un tema tan cotidiano? ¿A qué venía, por consiguiente, tanto secretismo cuando le fue entregada la nota en la discoteca? ¿Qué estaba pasando? ¿Era una broma de mal gusto? ¿Cuál era el punto exacto de todo aquello?

Confusa, con estos interrogantes pululando intensamente en su cabeza, no le quedó más remedio que meter baza:

— Me vais a disculpar, pero… ¿De qué se supone que va esto?

— ¿Perdona? —quiso saber el hombre que estaba sentado enfrente, mirándola como si fuera tonta.

— ¿Qué es esto? ¿Habéis montado una especie de grupo de apoyo o qué?

Ni uno de los integrantes de aquella improvisada pandilla pareció esperarse esta pregunta, puesto que su primera reacción fue la de callar de pronto tras escucharla. Sin embargo, este silencio no duró demasiado: quizás, unos segundos. Fue el tiempo que emplearon en romper a reír con gran estruendo, como si la observación de la recién llegada fuera lo más gracioso que habían tenido la ocasión de oír hasta entonces.

Naturalmente, estas alegres carcajadas no hicieron excepto incomodarla todavía más de lo que ya estaba. Y es que, desde su perspectiva, no había contado ningún chiste. No obstante, terminó comprendiendo, no sin cierta resignación, que para que su consulta fuera atendida no tenía otra alternativa que aguardar a que alguno de los miembros de la cuadrilla se serenara un poco.

Fue eso lo que por último se produjo, siendo su anfitriona la encargada de responder:

— Nunca se me había ocurrido considerarlo de ese modo, aunque, ahora que lo mencionas… Sí, podría decirse que tienes razón. Sin darnos cuenta, hemos montado un grupo de apoyo.

El resto, aún sin dejar de sonreír, se limitó a manifestarse de acuerdo con lo que la mujer acababa de admitir, asintiendo con un

tajante ademán. Por el contrario, esta explicación no satisfizo en absoluto a Paula, que no hizo salvo fruncir el ceño.

— Creo que somos los únicos que hemos notado que el lunes dos de septiembre se repite una y otra vez —indicó Clara, casi como si se tratara de lo más normal del mundo, en cuanto vio el gesto cariacontecido de su invitada—. No entendemos muy bien por qué, pero nadie parece haber dado muestras de ser consciente de esta circunstancia.

— Me figuro que coincidiréis conmigo si digo que todos nosotros, en mayor o menor medida, en algún momento asumimos que no había nadie más en nuestra situación cuando esto empezó —señaló Carlos a continuación, obteniendo el rápido refrendo de sus compañeros.

— Sí, la verdad es que el inicio de esta locura fue bastante complicado —corroboró Natalia, después de haber guardado un ligero silencio.

— Aunque, por suerte, el destino dispuso que nuestros caminos se cruzaran para poder hablar y aliviar nuestras penas —apostilló Martín, dibujando una sonrisa igual de triste que su mirada.

CAPÍTULO 7

Sin apenas darse cuenta, pese a que en un principio no supiera con exactitud qué pensar de ellos, Paula acabó formando parte de ese grupo tan peculiar. A diario se presentó con absoluta puntualidad en el Centro Cultural Los Monteros con la intención de verse las caras con aquellos que, como le sucedía a ella, padecían en carne propia las terribles consecuencias del bucle. Y, si bien precisó de un período de adaptación para sentirse una más, más pronto que tarde consiguió identificarse con cada uno de ellos.

Las primeras veces que estuvo en su compañía tuvo la sensación de que esas reuniones eran anárquicas e improvisadas. No obstante, con rapidez se percató de que estaba equivocada. Sus participantes no dejaban ni un solo factor al azar. En ese aspecto, uno de los de mayor relevancia era el correspondiente a la elección del sitio que albergaba estos encuentros: una decisión que estaba provocada por la labor profesional de uno de los miembros de esta fortuita asociación.

La sala 1311 de aquel edificio era donde Carlos impartía, cada cierto tiempo, talleres de escritura creativa para adultos. Y, curiosamente, la casualidad quiso que uno de estos cursos tuviera lugar todos los lunes en horario de tarde, de siete a ocho y media. En cuanto conoció este dato, Clara comprendió que se abría una ventana de oportunidad inmejorable para que pudieran juntarse a hablar de sus asuntos sin miedo a sufrir ninguna interrupción, previa cancelación de la actividad que en origen estaba prevista.

De este y de otros tantos pormenores referentes a estas asambleas tuvo noticia la última incorporación de la pandilla conforme fue entrando en dinámica. Con cada sesión se sentía más

en sintonía con sus recientes camaradas, empatizando con su situación y entendiendo que sus motivaciones no distaban demasiado de las suyas. De hecho, podría decirse que eran calcadas: no pasar por aquel desolador desastre en una abrumadora soledad. Todos pretendían forjar una comunidad en la que fuera posible hallar cobijo y apoyo mientras transitaban los tortuosos y repetitivos senderos que la burbuja había diseñado para ellos.

Lo más importante era satisfacer la acuciante necesidad de construir un entorno seguro donde pudieran ser ellos mismos y en el que, por añadidura, tuvieran la posibilidad de dejar huella en los demás. Un espacio en el que las palabras que pronunciaran no desaparecieran como si nada con cada reinicio del ciclo. Un espacio en el que tuvieran la libertad para charlar de cualquier tema que consideraran pertinente: sus ilusiones, sus temores, sus deseos, sus problemas, sus frustraciones, sus recuerdos de lo que era el mundo antes del punto de restauración del sistema… Como, por ejemplo, lo mucho que añoraban detalles cotidianos e insignificantes como la lluvia o el frío.

Y, aunque existía este propósito ampliamente aceptado por todos, a medida que fue familiarizándose con las historias de sus compañeros, alcanzó la conclusión de que, de no ser por las excepcionales circunstancias que les había tocado afrontar, ninguna de estas personas hubiera tenido jamás trato alguno.

***

Si había alguien que podía ostentar una posición de relativo liderazgo dentro de aquel grupo tan pintoresco, sin duda esa era Clara. El resto parecía asumir, a pesar de que nunca hubieran comentado la cuestión, que esta mujer era el nexo que los mantenía unidos. No era para menos. La idea de reunirse en el centro cultural había sido suya. Como también había sido la de seguir ojo avizor por si se presentaba la oportunidad de reclutar a potenciales nuevos miembros a su improvisada asociación.

El azar había querido, asimismo, que de todos los integrantes de aquel inaudito club fuera con ella con quien Paula tuviera mayor

número de elementos en común. Ninguna de las dos era oriunda de esa pequeña y apacible localidad, en la que habían recalado como fruto de los avatares propios de la vida. Ninguna de las dos podía contactar con sus familiares, por lo que se veían obligadas a soportar aquel trance más solas que los demás. Y, además, pero no por ello menos relevante, las dos eran las únicas que habían tenido ocasión de sostener una conversación con Zanka.

Su llegada a la ciudad se produjo con apenas varios días de antelación al comienzo del experimento que, por desgracia, cambiaría su suerte para siempre. Enfermera de profesión, estaba más que acostumbrada a viajar de un sitio a otro a lo largo de aquella extensa Comunidad Autónoma para cubrir interinidades de duración variable. Ignoraba, por completo, si su estadía en una misma plaza se prolongaría por unas semanas o varios meses. Ni en sueños imaginó que permanecería tanto tiempo en el último destino que le fue asignado. O tan poco, según se mire.

Atendiendo a esto, resultaba comprensible afirmar que en el momento en el que tuvo lugar la aciaga activación del punto de restauración del sistema casi no había tenido un hueco para explorar aquella urbe. Sus prioridades, en ese aspecto, habían sido distintas: asentarse en el piso de alquiler que de forma milagrosa había encontrado, saber cómo funcionaban las cosas en el centro de salud en el que había desembarcado, entablar relaciones cordiales con los que iban a ser sus colegas… Nada a lo que, por otra parte, no estuviera habituada a esas alturas de su existencia.

Las primeras jornadas del bucle, tal como le había confesado a Paula cuando hablaron en la sala de fiestas, fueron especialmente complicadas para la joven. No entendía por qué sufría sin cesar los mismos episodios. Tampoco, por qué parecía ser la única persona que se percataba de este fenómeno tan inusual. Aquello carecía de lógica.

Desesperada por hallar una explicación a lo que estaba sucediendo, incluso se planteó que aquella población estuviera maldita. Un pensamiento que desechó deprisa y que la condujo a

considerar que, con toda probabilidad, estuviera perdiendo el norte. Sea como fuere, sintió un irrefrenable impulso por escapar: no dudó en montarse en su moto para marcharse de allí pitando. Naturalmente, no fue capaz de lograrlo.

A fuerza de intentar aquella huida imposible se topó con Zanka. El guardián de ese interminable ciclo, que estaba aguardándola en el portal de su edificio, impidió que volviera a protagonizar la enésima tentativa de fuga. Haciendo un enorme acopio de paciencia le contó, con pelos y señales, cuál era la situación. Y, concediéndole un margen prudencial para que digiriera su flamante realidad, la instó a aprovechar la tesitura para disfrutar.

Una causa a la que, tras aquella ilustrativa charla, se entregó en cuerpo y alma. Estaba ante un escenario prodigioso que debía exprimir al máximo: vivir una vida sin responsabilidades, sin preocupaciones, sin consecuencias. Enfocada, de lleno, en hacer cuanto deseara. No dejó ni un minúsculo rincón de la ciudad por examinar, llegándola a conocer como la palma de su mano. Visitó todos los bares, todos los locales de ocio y todas las discotecas que pudo.

En medio de esta juerga sin fin ocurrió algo francamente imprevisto: notó cómo en su interior se fraguaba un vacío tan profundo como desconcertante. Constató, muy a su pesar, que por muy divertido que pudiera parecer el panorama, en verdad estaba más aislada que nunca. De inmediato, una insondable tristeza se apoderó de ella.

Aguantó días enteros encerrada en casa, sentada en el salón y contemplando a través de la ventana cómo el mundo pasaba por delante de sus ojos sin pena ni gloria. Sin tener la menor idea de cómo aliviar ese dolor desgarrador. Sin tener la menor idea de cómo conseguir que su infortunio resultara más llevadero. No lo supo entonces, pero la solución a sus males se encontraba mucho más próxima de lo que suponía: justo a una calle de distancia.

Y es que, una buena mañana, fue testigo de un incidente que hasta aquella ocasión no había presenciado nunca en el edificio de

enfrente: cómo un energúmeno arrojaba sin miramientos un ordenador desde la ventana. A la luz de este descubrimiento, todo fue diferente.

***

Hasta que tuvo la desventura de verse inmerso en esa perpetua espiral de repeticiones, podía decirse que la de Carlos era una existencia moderadamente plácida y sin casi sobresaltos. Cosa que, en definitiva, agradecía un montón tras haber atravesado por una etapa bastante tumultuosa a raíz del traumático divorcio de su esposa. Sin embargo, en ese momento concreto de su vida parecía que los astros habían estimado oportuno alinearse para ponerse de su lado: la suerte, por fin, le sonreía.

Esta fue una circunstancia que no vaciló en interpretar como un patente respaldo a la compleja elección que adoptó poco después de que se iniciaran los trámites de separación de la que, hasta aquella fecha, había sido su mujer. Y esta decisión no era otra que la de abandonar su actividad como funcionario en la corporación municipal para dedicarse de pleno a la que siempre había sido su mayor pasión: la literatura.

Muchos lo tildaron de loco cuando compartió con ellos sus intenciones. Quizás, estarían atinados. ¿Quién, en su sano juicio, renunciaría a la tranquilidad de un empleo estable y bien remunerado para tomar semejante variación de rumbo? Era, por supuesto, un paso arriesgado. No obstante, la jugada le salió a pedir de boca. El tiempo acabó otorgándole la razón. Además, con más rapidez de la que él mismo había pretendido.

Apenas transcurrieron un par de años desde que se lió la manta a la cabeza y se lanzó a la maravillosa, aunque, insegura, aventura de narrar historias hasta el instante en el que comenzó a recoger los frutos de su labor. No demoró demasiado en granjearse una sólida reputación entre los autores de la provincia, lo que le permitió ampliar relativamente pronto su base de lectores. De modo y forma que, sin esperarlo, se convirtió en un novelista de cierto éxito.

Aunque sería faltar a la verdad indicar que, en los meses que precedieron al nefasto dos de septiembre, solo vivía de las ventas de sus libros. También obtenía un interesante complemento económico impartiendo distintos talleres de escritura creativa en el Centro Cultural Los Monteros. Pero, pese a esto, era innegable que sus más recientes proyectos literarios marchaban viento en popa.

Entonces, ocurrió lo que jamás imaginó que ocurriera: la puesta en funcionamiento del punto de restauración del sistema. Y con este proceso, su mundo, que creía haber encauzado, experimentó un violento vuelco. A partir de ahí, nada volvería a ser como antaño: estaba atrapado, sin capacidad alguna para revertir aquel desastre.

El hombre no advirtió de manera inmediata que se había visto afectado por esa investigación científica de la que prácticamente nadie conocía su desarrollo. Tanto era así que la segunda vez que tuvo que revivir ese infausto día no se dio cuenta en absoluto. Tras levantarse, permaneció la mayoría de la jornada delante del portátil, aporreando con frenesí el teclado para conseguir que el inabarcable vacío de la hoja en blanco del procesador de texto fuera llenándose de infinidad de líneas. Un rato antes de las seis de la tarde se mudó de ropa para impartir su correspondiente taller. Cuando este concluyó, regresó a casa, donde trabajó un poco más, para luego acostarse.

Todo cambió en lo que pensaba que era la mañana siguiente, al despertar. En cuanto encendió el computador para reanudar su quehacer se llevó uno de los mayores sustos de su vida: no había el menor rastro de todo lo que había plasmado la víspera. Prorrumpió, fuera de sí, una rabiosa ristra de exabruptos sin considerar que, acaso, se había equivocado al guardar el archivo. Algo más sereno, se dispuso a reescribir la faena perdida.

Sin embargo, no fue en ese momento cuando se detuvo a sopesar que estaba siendo víctima de un acontecimiento fuera de lo común: esto sucedió cuando, a las siete y cuarto, recibió una llamada de la secretaria de la entidad para preguntarle si iba a acudir o no a dar clase. En aquel instante descubrió que continuaba

siendo lunes. Igual que el día de ayer. Igual que los que todavía estaban por venir.

Con el transcurso del tiempo no fue capaz de discernir si aquello era real o si no era más que una aterradora pesadilla. Todo lo que sabía era que cada mañana reparaba en que debía rehacer la tarea que había realizado previamente, después de que esta se hubiera desvanecido por arte de magia. Y que, por la tarde, siempre a la misma hora, respondía a la misma llamada para ver si atendería o no a sus alumnos.

La situación llegó a ser tan insostenible que, en un rapto de desesperación, al comprobar de nuevo cómo no había el menor vestigio de lo que estaba convencido de haber terminado antes de meterse en la cama, decidió arrojar el ordenador por la ventana. Esta acción, que reprodujo una y otra vez, no demoró en captar el interés de una joven que tenía su domicilio frente al suyo y que, tras mucho cavilar al respecto, lo visitó.

Así fue cómo entró en contacto con Clara, averiguando qué era lo que estaba pasando. Así fue cómo se enteró de que no era el único ser humano confinado en aquel horrendo lunes que se repetía sin descanso. Así fue cómo, de algún modo, la pandilla echó a andar.

***

La tercera persona en unirse al grupo, cronológicamente hablando, fue Martín. Y en su caso, como en el del resto de sus integrantes, fue gracias a un episodio de apariencia inocente y accidental. Ya hacía una temporada que se había percatado de la existencia del bucle, con cuyas secuelas había lidiado como mejor había podido. Una buena mañana, en la que caminaba con calma por la calle, el azar determinó que se topara de bruces con Carlos.

Apenas había tenido ocasión de intercambiar excepto un par de palabras con aquel señor, al que conocía más de oídas que otra cosa. No en vano, había impartido varios talleres de escritura a los que se había apuntado su mujer. Encontrarse a esas horas con el profesor de su esposa le resultó curioso: nunca hasta entonces le

había parecido verlo por allí. Quizás, llevado por esa inesperada sorpresa, entabló conversación con él.

Durante unos minutos los dos departieron sobre asuntos sin demasiada relevancia hasta que la perenne sombra de tristeza que se había instalado en su mirada hizo que Carlos le formulase una pregunta que lo cambió todo:

— ¿Estás bien?

— Sí, sí… —contestó Martín, tratando de eludir el tema para no pensar más de la cuenta en la causa de su desolación.

— ¿De verdad?

— Sí, no es nada. Es que… —en ese momento realizó una mueca de difícil interpretación mientras consideraba si acaso tenía sentido contarle sus penas a aquel hombre—. Tengo la sensación de que cada día es un calco del anterior…

— No eres el único… —murmuró el otro, poniendo una mano en su hombro—. Este jodido lunes parece no querer terminar jamás…

Estupefacto, calló en cuanto escuchó ese comentario. No estuvo seguro de si fue la propia frase o si fue la manera en la que fue pronunciada, pero en ese instante presintió que el tipo con el que acababa de cruzarse estaba en su misma tesitura. Ni corto ni perezoso, prefirió arriesgarse para corroborar, con gran alivio, que estaba en lo cierto.

Este fue un hallazgo que tuvo una enorme trascendencia. Tanta, que se lo tomó casi como si fuera un bidón de oxígeno. Sin lugar a dudas, no era para menos. Ya no porque le facilitó entender qué era lo que estaba sucediendo, sino que, además, le ayudó a descubrir que no estaba solo. Había más gente en idéntica situación a la suya. Una información que, dadas las circunstancias, valía su peso en oro.

Y eso que, en puridad, era el único de la pandilla que no residía solo cuando aquello empezó. Felizmente casado con su novia de juventud, tenía tres hijos de edades comprendidas entre los quince y los nueve años. Esta compañía, sin embargo, no suponía ningún

consuelo para este desdichado individuo. En realidad, era al contrario, pues era consciente de que aquellos a quienes más amaba en el mundo no tenían la menor idea de que ese primer lunes de septiembre se repetía sin cesar.

En las sesiones que compartió con sus camaradas en la sala 1311 del Centro Cultural Los Monteros, llegó a confesar en alguna que otra ocasión que para él eso era lo más duro de aquel galimatías. El tener que actuar como si no ocurriera nada fuera de lo normal estando en casa. El comprobar cómo cualquier charla que mantenía con su familia tendía a replicarse pese a que intentara evitarlo. El asumir que, al abrir los ojos a la mañana siguiente, tanto su mujer como sus niños no albergarían recuerdos de haber vivido aquella jornada.

Por consiguiente, hacía lo posible por guardar las apariencias. Se despertaba temprano, como siempre, para colocarse el mono y bajar a la calle. Desde hacía décadas trabajaba en la construcción, formando parte en la actualidad de un equipo que estaba encargado de alzar un moderno edificio en el núcleo urbano. No obstante, desde que tuvo conocimiento de que algo raro pasaba, no había vuelto a acercarse por ahí.

Vagaba sin rumbo por la ciudad, teniendo mucho cuidado de no asomar por aquellas zonas que estimaba que eran frecuentadas por los suyos para no levantar sospechas. Alrededor de las cuatro de la tarde regresaba al hogar, teniendo la desagradable impresión de estar representando un papel en una película que ya había visto miles de veces. Aguardando, mientras repetía las mismas líneas ininterrumpidamente, a que viniera el momento de salir para encontrarse con los demás miembros del grupo.

Ese rato, de apenas hora y media, le daba la vida. Tenía la sensación de que le permitía enfocar el caso desde una perspectiva diferente, sabedor de que no era el único ser en el planeta que padecía las consecuencias de aquel experimento demencial. Tenía la sensación de que le permitía coger un poco de aire, para luego

retomar el rol con el que no le quedaba más remedio que cumplir cuando estuviera de nuevo en su domicilio.

***

La única integrante de la pandilla a quien Paula conocía, aunque fuera de vista, era Natalia. Después de todo, había tenido la oportunidad de ser atendida por esta algunas veces en la cafetería Monteverde. Nunca detectó el mínimo comportamiento fuera de lo común en la joven camarera, que perseveró en su papel: risueña, educada y cordial. Por ello, jamás pensó que la chica también estuviera atrapada en aquel inacabable bucle.

Con anterioridad a que tan inexplicable acontecimiento comenzara, la muchacha encaraba sus últimas semanas empleada en ese popular establecimiento de las afueras. Su vinculación con la empresa, en cuyas filas había permanecido desde el inicio de la temporada estival, concluía a finales de septiembre. No era algo a lo que no estuviera habituada ya que, desde hacía unos años, solía reforzar la plantilla de la confitería en los largos meses de verano para conseguir un dinerillo para afrontar los gastos de la universidad.

Le gustaba verse a sí misma como una hormiguita que trabajaba de modo incansable para no sufrir penurias de ningún tipo más adelante. No era para menos. Las ganancias que obtenía gracias a su ardua labor sirviendo a los clientes que acudían a diario a la pastelería le garantizaban tener lo suficiente para pagarse la matrícula, los libros, las clases particulares o los materiales que pudiera necesitar durante el curso. De esta manera, además, le parecía que aportaba su granito de arena sin añadir más cargas de las precisas a la no demasiado boyante economía doméstica.

Todavía no estaba independizada. Vivía con su familia en un modesto piso que pertenecía a los característicos bloques colmena que tanto abundaban en el extrarradio. En aquel inmueble, que contaba con un par de dormitorios, moraban otras tres personas aparte de ella: sus padres y su hermano pequeño. Por fortuna, no se hallaban en casa el fatídico dos de septiembre: estaban disfrutando

de una escapada, visitando a un tío que tenía un apartamento en la playa.

La activación del punto de restauración del sistema la pilló, como a los demás miembros del grupo de apoyo, desprevenida. Pese a que en los primeros momentos no comprendía qué era lo que estaba sucediendo, no demoró mucho en entender el asunto. Y, si bien de vez en cuando se le vino a la cabeza la posibilidad de hacer cosas que ni en sueños haría en condiciones normales, optó por mantenerse fiel a las rutinas que tenía interiorizadas.

Por las mañanas se levantaba a la misma hora para aparecer por la cafetería. Allí cumplía con diligencia con sus funciones, anotando las comandas y entregándoselas a los parroquianos luciendo la mejor de sus sonrisas. En cuanto terminaba su turno, poco antes del almuerzo, emprendía el camino de regreso junto a una compañera que residía en un edificio cercano al suyo. Luego, se preparaba algo de comer y dejaba que el día transcurriera con calma, ya fuera viendo cualquier serie o quedando con una de sus amigas de la niñez para dar una vuelta.

La única modificación que admitió a sus costumbres fue la de asistir, cada tarde, al Centro Cultural Los Monteros para reunirse con el resto de las personas que eran conscientes de lo que estaba ocurriendo y a las que, cómo no, descubrió en la cafetería. Por mucho que en su día a día hiciera lo posible por actuar como si nada hubiera pasado, agradecía aquel rato una barbaridad. No en balde, le brindaba el medio para contactar con gente que estaba atravesando por igual trance que ella.

En numerosas ocasiones, extrañados por su conducta, sus camaradas le preguntaban por qué seguía yendo a su puesto a pesar de saber lo que sabía. Ante esta cuestión, la joven siempre procedía de forma invariable. Se tomaba su tiempo para reflexionar y, tras sonreír con timidez, afirmaba que lo hacía porque le proporcionaba una vaga sensación de seguridad: consideraba que era su ancla con la realidad, un elemento indispensable para conservarse cuerda.

Y más aún, como no dudaba en argumentar, no todos los días eran idénticos. A veces acaecían situaciones inesperadas que le alegraban enormemente la jornada. Como, por ejemplo, la entrada de algún cliente que hasta entonces nunca había visto y que, por lo general, solía pedir algo diferente. Ni más ni menos que lo que acabó haciendo Paula.

CAPÍTULO 8

— Bueno, ¿de qué os apetece charlar hoy?

Este sencillo interrogante, formulado por Clara en cuanto se cerraba la puerta de la sala 1311 del Centro Cultural Los Monteros, servía para inaugurar la correspondiente reunión del grupo. Por lo común, no demoraba demasiado en ser respondido. Y es que, de inmediato, uno de los asistentes se lanzaba a proponer un tema sobre el que conversar, iniciándose a continuación un interesante debate.

Sin embargo, en aquella ocasión no sucedió así. Ninguno de los allí presentes aparentó escuchar la pregunta. Ninguno de los allí presentes pretendió darse por aludido. Todos comenzaron a actuar de un modo extraño e incomprensible, desentendiéndose por completo de la situación. Unos empezaron a carraspear de forma aparatosa mientras eludían cualquier tipo de contacto visual. Otros, directamente, agacharon la cabeza para fijar la vista en el suelo. Resultaba obvio que nadie estaba dispuesto a abrir ese melón aquella tarde.

El inexplicable comportamiento de sus amigos causó una enorme sorpresa en Paula. Tanta que, por un momento, también sufrió una especie de contagio. Durante un instante hizo todo lo que estuvo en su mano por evitar mirar a los demás, sin estar muy segura de por qué lo estaba haciendo. En ese breve lapso, además, se halló dominada por una poderosa inquietud que no tardó en evolucionar hacia un miedo irracional a hablar. Algo que, a excepción de las asambleas en las que tuvo la posibilidad de participar al principio, nunca le había vuelto a pasar.

Apenas fueron unos segundos los que estuvo bajo el influjo de este imprevisto malestar. De manera gradual fue capaz de reconducirse, templando los nervios. Respirando lento y hondo, luchando contra la tentación de recaer en ese tenso mutismo, escrutó los rostros del resto de las personas que integraban aquel círculo: parecían incómodos, sin ánimo de charlar. No tenía sentido.

Estuvo convencida, entonces, de que ni uno solo daría el paso. Y que, por consiguiente, la responsabilidad de contestar al requerimiento que había hecho Clara le tocaba a ella. No le costó elegir: era indiscutible acerca de qué tenía ganas de hablar. Lo cierto era que, desde hacía tiempo, había ansiado consultar a los demás al respecto. Aunque, por una cosa o por otra, jamás se había aventurado.

Acaso por eso, cuando se decidió a intervenir, no logró impedir hacerlo con la voz un tanto temblorosa:

— No sé si a lo mejor ya habéis comentado esto antes, pero llevo mucho deseando plantearos si todavía…

— Si todavía, ¿qué? —inquirió Carlos, visiblemente alterado.

— ¿Todavía podéis acordaros de lo que hicisteis el primer día?

— ¿Cómo que el primer día? —saltó con rapidez Natalia, sin entender a qué se refería su compañera—. ¿Qué quieres decir?

— Pues… A la primera vez que vivisteis el dos de septiembre…

— No, nunca hemos hablado de esto —se limitó a aseverar Martín con sequedad, dando la impresión de no tener un gran empeño en abordar ese episodio.

El silencio apareció de nuevo en aquella habitación, tornándose si cabía aún más opresivo que al inicio. Ahora, en cambio, los asistentes no hicieron intento de ninguna clase por esquivar el contacto. Con un apuro palpable se miraron de reojo, como si temieran que alguno optara por responder a la cuestión que les acababa de ser expuesta. No obstante, nada indicaba que esto fuera a ocurrir: parecía existir un tácito consenso sobre ese particular.

Mientras esto acontecía, la mujer tuvo ocasión de estudiar el comportamiento de sus colegas. Cuanto más los observaba, mayor era el desconcierto que percibía en sus semblantes. Comprendía, de antemano, que aquella era una materia delicada: a fin de cuentas, conversar sobre el día en el que arrancó el bucle no era algo demasiado placentero. De hecho, todo lo contrario. Sin embargo, tampoco había esperado que llegaran a mostrarse así de reacios en acometer el asunto.

— A ver, soy consciente de que puede resultar una pregunta un poco chocante, y a pesar de eso… —insistió Paula, con la intención de explicarse—. No sé, a ratos tengo la sensación de que tras tantísimas repeticiones me voy olvidando de según qué detalles… Y quizás suene raro, pero el recuerdo de lo que sucedió esa mañana en concreto me gustaría mantenerlo en mi memoria lo máximo que me sea posible.

— ¿Por qué? —se interesó el escritor, que continuaba notablemente agitado.

— Porque fue la última vez que viví una jornada normal —admitió, clavando en él los ojos—. Lo que ha venido luego… Ha sido tan irreal…

— Sí, es verdad —corroboró la camarera, a la par que afirmaba con un leve ademán.

— Y, bueno… Desde que me invitasteis a formar parte de la pandilla hemos tenido la oportunidad de charlar sobre un montón de cosas… Menos de esa.

Enseguida, sus palabras fueron recibidas con un obstinado silencio. Nadie abrió la boca. Nadie se atrevió a contestar. Ni siquiera, a realizar el más mínimo gesto, por nimio que fuera, tanto en sentido positivo como en sentido negativo. No hubo pronunciamiento de ningún tipo. Todo parecía muy confuso.

Pese a esto, al cabo de unos segundos, las tornas comenzaron a cambiar. Advirtió algunas posturas y expresiones en sus compañeros que delataban que cabía cierta disconformidad con respecto a la

propuesta que había planteado. Por no decir que, de modo directo, esta no les hacía excesiva gracia.

No le costó mucho captar el mensaje puesto que, de inmediato, trató de retractarse:

— No me hagáis caso… Fijo que no es más que una tontería…

— No, para nada… —intervino Clara, que hasta ese momento se había abstenido de dar su opinión—. Es un tema tan válido como otro cualquiera…

Con timidez, después de haber oído este comentario, Paula le sonrió, en tanto que asentía ligeramente con la cabeza. Contar con el beneplácito de la oficiosa cabecilla de esas reuniones no era un aspecto menor. Más, considerando que, en realidad, el resto no estaba por la labor de abordar esa cuestión en apariencia tan espinosa.

— ¿Quién se anima a compartir con los demás lo que hizo el primer día? —sondeó Clara, intentando que la sesión no entrara de manera definitiva en una vía muerta.

— ¿Qué os parece si empiezo yo? Total, como he sacado el tema, pues casi que mejor… —se ofreció la mujer, aguardando un instante por si alguno de los presentes decidía arrancarse. En cuanto se percató de que esto no pasaría, volvió a hablar—: Os vais a reír conociendo todo lo que tuvo lugar más tarde, pero… Tengo que confesar que la primera vez que viví el dos de septiembre estaba bastante fastidiada porque me tocaba reincorporarme a la oficina tras las vacaciones...

— Menudo bajón, tía —soltó Natalia, a la que esta frase le salió del alma.

— ¿Verdad que sí? Eso fue justo lo que yo pensé cuando sonó la alarma a las seis y media de la mañana —replicó, sonriendo a la muchacha—. La cosa es que me levanté de muy mala gana, súper deprimida porque no me apetecía currar… La idea de permanecer horas enclaustrada en mi despacho, revisando carpetas y

expedientes me resultaba una auténtica tortura. Aun así, acudí, por supuesto. No tenía más remedio: en aquella época todavía había consecuencias…

— Qué tiempos aquellos… —murmuró Martín, con su habitual melancolía.

— Y que lo digas —corroboró el otro hombre, sin ápice alguno de alegría.

— La jornada transcurrió tal y como era previsible —aseguró, continuando con su narración—. Al llegar allí me topé con una torre inmensa de archivos, que parecían estar esperando mi regreso para que les metiera mano. Y a eso me dediqué hasta que, un ratito antes de las diez y media, una amiga de la empresa se acercó para preguntar si desayunaba con ella. Le respondí que sí pero que se adelantara para pillar sitio mientras terminaba de leer unos documentos. Para cuando me di cuenta, se me había ido el santo al cielo. Dejé la oficina corriendo para encontrarme con ella y entonces…

— Y entonces, ¿qué? —inquirió Carlos, entrecerrando los párpados al mirarla.

— Entonces… —musitó, con la voz entrecortada—. Quise cruzar la calle, no reparé en que venía un autobús y…

No pudo hablar más. Lo intentó, si bien no consiguió articular ni una simple palabra. Percibió una fuerte opresión en el pecho que a punto estuvo de provocar que le faltara la respiración. Notó cómo los ojos se le llenaban de lágrimas. Tenía el rostro pálido y desencajado. Estaba agitada, nerviosa, asustada. Todo, por culpa del recuerdo del funesto incidente que acabó costándole la vida.

Tanto su relato como su posterior reacción causaron un sustancial impacto en las personas que habían estado escuchándola hasta ahora. Más del que, en un principio, cabía imaginar. Sus compañeros compartieron, durante un corto y fugaz instante, la tremenda congoja que la había hecho enmudecer tan súbitamente.

Experimentaron, de golpe, un descomunal desasosiego que hizo que sintieran su angustia como si fuera propia.

Y, llevado por ese sentimiento, Martín se arriesgó a romper aquel pesaroso silencio:

— ¿Cuándo has comentado que te sucedió aquello?

— Poco después de las diez y media… —contestó con dificultad, haciendo un esfuerzo para mantenerse entera.

— Es muy curioso porque creo que, sobre esa hora, yo también… —confesó el más veterano de la pandilla, necesitando realizar un breve alto antes de seguir—. Estaba trabajando en ese edificio nuevo que están haciendo en el centro y no sé cómo… Me resbalé del andamio y… —la emoción lo embargó de modo fulminante, haciendo imposible que concluyera la frase—. Caí…

— Yo… —balbuceó Carlos, tomando el relevo—. Estaba en el coche, aprovechando un descanso de la escritura de mi novela para comprar al supermercado… Tan solo sería un segundo, casi entrar y salir… Y no me abroché el cinturón —en ese momento, su semblante se ensombreció de repente—. Estaba distraído, más pendiente de darle vueltas a la historia que de la carretera… Y, bueno… Choqué a más velocidad de la debida con otro vehículo…

— A mí ese día me pasó lo que nunca me había ocurrido: me quedé dormida y no oí el despertador para marcharme al curro —admitió Natalia, con actitud compungida—. Al percatarme bajé de casa apurada, dispuesta a presentarme deprisa en la cafetería. En vez de coger el mismo camino de siempre, atajé por un par de callejones que no son… Demasiado recomendables, por expresarlo de alguna manera —tras esto, la chavala esbozó una amarga sonrisa —. Tuve la mala fortuna de encontrarme con un tipo que, navaja en mano, me ordenó que le entregara el bolso. Me puse atacada, empecé a gritar y… En fin…

La fatalidad inundó hasta el más recóndito rincón del aula en la que habían estado charlando hasta entonces. No era para menos, pues las personas que se encontraban allí acababan de desvelar un

íntimo secreto que, desde que se vieron envueltas en esa inagotable espiral, no se habían atrevido a contar a nadie. En todo ese período habían estado portando una pesada carga, con la esperanza de que la situación de los demás fuera distinta a la suya. Sin embargo, habían descubierto que no había sido así.

Por consiguiente, un denso silencio se creó en aquella sala. Este era un escenario que contrastaba con el que se había desatado dentro de ellos. Un tormentoso ir y venir de pensamientos, un sinfín de imágenes rebosantes de ira y de dolor, una enrevesada maraña de recuerdos… Y, en mitad de todo, la inquietante certeza de que estaban siendo víctimas de una absurda pirueta del destino.

Intentando digerir la cruda realidad, luchando contra la desolación inducida por los relatos de sus afligidos camaradas, permanecieron inmóviles en sus sillas. Con la mirada perdida, sumergidos en la caótica vorágine que ese trauma colectivo les había causado. Incapaces de pronunciar ni una sílaba, ya que no tenían la menor idea de qué era lo más apropiado decir en aquel caso.

Hasta que, para pasmo de todos, Clara abrió la boca para musitar con evidente desconsuelo:

— Confiaba, por lo que me comunicó Zanka, en que alguno de vosotros continuara con su vida al margen de este maldito bucle… Pero es obvio que no, que todos morimos ese día…

En ese preciso instante, pese a la desbordante tristeza que estaba sufriendo, Paula consiguió encajar todas las piezas de aquel complicado puzle. Ató cabos y presintió la inequívoca razón por la que tanto ella como sus amigos eran conscientes del constante circuito de repeticiones de ese maldito lunes de septiembre. Y esta no era otra sino el hecho de que todos perecieron en extrañas circunstancias justo en el momento en el que se activó el punto de restauración del sistema.

Tras alcanzar esta conclusión sintió el impulso de volver a analizar los rostros de sus colegas. A cada uno de ellos les dedicó un rato,

fijándose de modo minucioso en sus rasgos. Cualquiera afirmaría que se trataba de la primera vez que veía a esa gente. Una impresión que, en cierto grado, no parecía infundada: jamás hasta ahora los había observado sabiendo la verdad.

Y esta, por muy demoledora que pudiera resultar, era que, en efecto, estaba contemplando a unos fantasmas. Exactamente lo que era ella misma. En resumidas cuentas, habían fallecido. Ninguno perduraba fuera de las fronteras señaladas por el demencial experimento que había marcado para siempre su existencia.

En cuanto terminó de escrutar los semblantes de quienes se sentaban en esa habitación, notó una furia incontenible. Esta no iba dirigida hacia los científicos o hacia Zanka: apuntaba, de manera directa, a sus compañeros. Cegada por la rabia, no lograba asimilar cómo habían aguantado todo ese tiempo reteniendo en su interior ese horrible secreto. ¿Por qué no ser sinceros? ¿Por qué no admitir su común infortunio?

Su enfado se disipó tan pronto como apareció. En gran medida porque, después de hacerse estas preguntas, no tardó demasiado en proporcionarles respuesta. Comprendió, al fin, por qué nadie había mencionado ni media palabra al respecto: por el mismo motivo por el que ella también había preferido mantenerse callada. Ni más ni menos que porque de esa forma tenía la sensación de que su muerte no había sido real.

Acto seguido acudió a su mente la conversación que sostuvo con el guardián de la burbuja aquella lejana mañana en la cafetería Monteverde. Entendió, mientras recreaba esa incómoda entrevista entre cafés, tostadas y *cookies*, que los recelos que experimentó relativos a la veracidad de lo que este le refirió no eran infundados. Consideró que, a buen seguro, él estaba al tanto de que los únicos seres conocedores del ciclo que regía ese universo artificial eran los que habían muerto cuando el ensayo se puso en marcha.

En aquel instante su cabeza se convirtió en un puro hervidero. Llegó a pensar que ella, al igual que sus amigos, no era más que una rata de laboratorio. Que, con toda probabilidad, los científicos

habían estudiado sus interacciones con el entorno para tratar de solventar fallos en el futuro. Porque la realidad era esa: no eran sino unos calamitosos errores del sistema, meros daños colaterales que era necesario controlar.

A más vueltas le daba a esto, más desesperación sentía. Recordó lo que había vivido. Asimismo, lo que le habían contado Clara, Carlos, Natalia o Martín a lo largo de sus encuentros en el Centro Cultural Los Monteros. Hasta que, sin saber bien por qué, surgió una nueva preocupación que no demoró en compartir con los demás:

— ¿Creéis que estamos solos? ¿Quedará más gente en la ciudad a la que le pasó lo que a nosotros?

***

A partir de esa reunión todo cambió. En alto grado, como consecuencia de la agria verdad que había sido revelada en el transcurso de la charla y que permitió que fueran plenamente conscientes de sus circunstancias, así como de los vínculos que los unían. Pero no ya por eso. Hubo otro aspecto que les hizo mirar su mundo con otros ojos: la pregunta que Paula formuló al conjunto de la asamblea.

Tanta importancia tuvo esta materia que, a diario, debatieron sobre ella en sus acostumbradas citas en las instalaciones del centro cultural. Estas sesiones se tornaron mucho más intensas y acaloradas de lo que en un inicio cabía esperar. Hasta el extremo de que, en ocasiones, estuvo cerca de causar un cisma irreparable. Cada uno de los miembros del grupo tenía su propia opinión y, en apariencia, ninguno estaba dispuesto a dar su brazo a torcer.

Las principales desavenencias vinieron en el momento en el que quisieron contestar al interrogante en sí: si ellos eran los únicos que tenían constancia del bucle o si, por el contrario, todavía había más personas en idéntica situación. Las posturas, en ese pleito, estaban bastante enfrentadas. Unos estaban convencidos de que tenía que haber más gente sufriendo las atroces secuelas de las ilimitadas repeticiones del punto de restauración del sistema. La ciudad era

relativamente grande y, por ello, era factible que algún rezagado hubiera escapado de su radar. Otros, en cambio, razonaban que si en definitiva hubiera más sujetos en tan terrible trance ya se habrían manifestado de cualquier manera. No en vano, habían tenido tiempo de sobra para hacerlo.

Lo que se discutió en el curso de aquellas tensas jornadas tuvo considerables similitudes con las disputas en las que se enzarzaban los investigadores de las películas cuando, con una mezcla de emoción y miedo, se planteaban si la Tierra era el único planeta con vida inteligente o si, quizás, había algo más ahí fuera. Salvando las distancias, como era lógico. En concreto, porque los argumentos presentados por ambas partes fueron muy en consonancia con los que solían ofrecerse en ese ejemplo tantas veces expuesto en el ámbito cinematográfico.

De todos modos, este era un tema menor. El auténtico quid de la cuestión no era dirimir la existencia de personas como ellos, sino cómo debían conducirse en caso de que sí las hubiera. ¿Qué pasos había que dar entonces? ¿Qué harían para dar con el resto de los individuos que se habían percatado de que estaban viviendo de modo continuado el mismo día, sin comprender el por qué?

Por raro que pudiera parecer considerando las discrepancias antes mostradas, a la hora de abordar ese asunto sí fueron capaces de trazar una línea de actuación. No fue sencillo, por supuesto: hubo que dialogar largo y tendido para alcanzar un consenso. Ardua en especial resultó la tarea de persuadir a quienes defendían la tesis de que estaban solos en la burbuja de que no perdían nada por intentarlo. Y, sin embargo, consiguieron ponerse de acuerdo para hallar una solución a este entuerto.

Fue aquella por la que optó Paula al comienzo de esa singular experiencia: enviar mensajes masivos en redes sociales, chats, foros, *apps* de contactos… Cualquier medio conectado a Internet valía para conseguir su objetivo, que no era más que localizar a todo aquel que estuviera sometido a su anómala problemática.

De esa forma, la misión que cada uno de ellos se comprometió a cumplir quedó con rapidez definida a la perfección. También cada una de las etapas que integraban esta particular hoja de ruta. En un principio debían postear durante la mañana el mismo texto en todas las plataformas que pudieran. Después era preciso monitorizar las posibles interacciones. En caso de que alguien tuviera éxito, la premisa era simple: invitar al desconocido al Centro Cultural Los Monteros en su tradicional cita vespertina.

Hipotéticamente hablando, se trataba de un plan sólido y sin apenas fisuras. Además, reportaba una ventaja inestimable: la inmediatez de las comunicaciones. Si había más gente como ellos, era presumible que quisieran contactarles en cuanto leyeran su misiva. O, al menos, eso era lo que deseaban que ocurriera los esperanzados componentes de la pandilla.

Si bien, como es habitual decir, una cosa es la teoría y otra distinta es la práctica. Pese a que la idea tenía una apariencia firme y contundente, casi a prueba de bombas, al pretender materializarla se dieron de bruces con un inesperado revés: los mecanismos de seguridad del experimento científico. Los mismos que, aunque ella no lo advirtiera, borraron la totalidad de las palabras que Paula escribió en su momento. Los mismos que, en esta más reciente ocasión, volvieron a intervenir para eliminar al instante sus actuales intentos por dejar plasmado en la red lo que estaba sucediendo. Y, en consecuencia, su estrategia acabó desmoronándose con idéntica velocidad con la que lo haría un castillo de naipes.

Fue un severo contratiempo que, no obstante, no hizo que desistieran de su propósito. En efecto, podría afirmarse que este varapalo sirvió para que encararan con enorme determinación la faena que se habían empeñado en completar. Ante todo, porque no emplearon demasiado en llegar a la conclusión de que si sus mensajes habían sido censurados con tanta premura era porque, sin duda, el sistema temía que dieran con sus iguales atrapados en la repetitiva realidad en la que se encontraban.

Estaban seguros de que iban por el buen camino. Con ese convencimiento se pusieron manos a la obra. Únicamente tenían que ser un poco más creativos para averiguar el método idóneo que les permitiera burlar los cortafuegos del bucle. Y de aquel modo, fijo que alcanzarían su anhelado objetivo.

Más pronto que tarde creyeron atinar con el método ideal para sortear ese importante escollo: recurrir al buzoneo, así como a la entrega de octavillas en mano a todo aquel con el que se cruzaran por la calle. Una solución, desde luego, mucho más convencional que la anterior. Incluso, en comparación, podría ser tildada de un tanto anacrónica. Por añadidura, requería de la realización de mayores esfuerzos por su parte. Pero, a la par, resultaba extremadamente difícil de vigilar y controlar por el centinela de la burbuja temporal. Justo lo que buscaban.

Decididos a seguir este nuevo programa, acordaron marchar hacia la casa de Clara cuando se produjera el reinicio del ciclo. Uno a uno, dependiendo de la distancia que los separaba del sitio que había sido establecido como punto de reunión, se presentaron en el piso. Una vez estuvieron todos juntos, empezaron a trabajar sin desaprovechar ni un solo segundo.

Ateniéndose a las directrices de Carlos, la primera tarea fue la de redactar el texto en cuestión. Este fue breve, conciso e impactante. Y, al mismo tiempo, se mostraba tan explicativo como persuasivo. A continuación, efectuaron la a menudo compleja labor de conferirle un diseño que fuera lo bastante llamativo como para que los receptores de los pasquines se detuvieran a leerlos. Aquí, fueron Natalia y Paula las que llevaron la voz cantante: las dos jugaron con diferentes composiciones hasta hallar la que les pareció adecuada.

Con el proyecto terminado, guardaron el fichero en un dispositivo USB con la intención de visitar las papelerías próximas para imprimirlo. Hicieron todas las copias que les fue posible. Más, quizás, de las que en verdad necesitaban. Sin embargo, era innegable que preferían que al final del día les sobraran ejemplares a haberse visto faltos de ellos en el transcurso de la jornada.

La última fase era, evidentemente, la más tediosa: repartir los panfletos que con gran cuidado y esmero habían preparado en la madrugada. No dudaron en dejarlos en la inmensa mayoría de los buzones que se encontraron por el camino. Tampoco, en depositarlos en multitud de marquesinas de autobús o de metro. Y, cómo no, también acabaron ofreciéndoselos a los despreocupados viandantes con los que tuvieron la oportunidad de toparse.

Algunos, en cuanto tuvieron aquella página en su poder, no le prestaron la menor atención. Los hubo quienes, por ejemplo, la arrojaron a las papeleras cercanas tras hacer con ella una bola. O, aún quienes, sin más, la tiraron al suelo con una indiferencia casi absoluta. No era nada que no hubieran previsto los miembros de la pandilla, reconvertidos en improvisados repartidores de publicidad.

Pero, también, hubo ocasiones en las que pasó lo contrario: casos en los que quienes recibieron las cuartillas sí tuvieron a bien leerlas. Lo que sucedió cada una de esas veces pilló enteramente por sorpresa a los promotores de la audaz iniciativa. Cualquiera que echara un vistazo, por pequeño que fuera, perdía de manera instantánea el control. Esas personas daban la sensación de haber colapsado, volviéndose locas por completo para, de inmediato, sembrar el caos por dondequiera que anduvieran. Todo rasgo de humanidad que hubieran albergado se desvanecía en el acto, provocando que se transformaran en unos desmandados sujetos que parecían vivir por y para la violencia.

No fueron capaces de entender a qué se debía este fenómeno tan misterioso como impredecible. Para su desgracia, a lo largo del día tuvieron el infortunio de observarlo con relativa frecuencia. En definitiva, se desencadenaba siempre que alguien ajeno al grupo reparaba en las palabras que estaban escritas en esa hoja.

Cansados y tristes dieron su faena por concluida después de las siete, congregándose frente a la fachada del centro cultural. Ya no con el exclusivo deseo de compartir sus impresiones sobre lo ocurrido, sino, además, para aguardar la eventual llegada de algún desconocido que tuviera noticia del circuito. No en balde, aquel era

el lugar donde habían emplazado a los posibles rezagados a acudir en tal supuesto.

Durante horas esperaron con paciencia, sin moverse de su posición ni un ápice. Intentaron mantener avivada la llama de la esperanza, aunque eran muy conscientes de que habían fracasado en la tarea que se habían propuesto. Muestra de esto eran los distantes ecos que procedían de los altercados aislados que continuaban desarrollándose como consecuencia de las octavillas que habían repartido. O, sin ir más lejos, el hecho de que ninguna persona se hubiera acercado a hablar con ellos ni por la tarde ni por la noche.

No había nadie en su situación. Únicamente eran los cinco. Estaban solos.

Con esa certeza se produjo la llegada de la medianoche. Y, con esta, el nuevo comienzo de aquel circuito eterno y en apariencia sin fin.

CAPÍTULO 9

Conocer lo que vendría en cuanto el reloj señalara las doce no hizo que a Paula el episodio le pareciera menos desagradable. Todo lo que acaeció durante el rutinario reinicio del bucle ocurrió tal y como lo recordaba. Experimentó las mismas sensaciones de zozobra y angustia que al principio, deseando a cada instante que ese tormentoso viaje concluyera de una vez. No había discusión: el efecto Cenicienta era implacable y no hacía distinciones ni entre veteranos ni entre noveles.

Cuando aquello acabó, como no podía ser de otra forma, apareció en su alcoba. Tumbada apaciblemente en su cama, con el cuerpo cubierto hasta la cintura por una fina sábana. Vestía el pijama de siempre, tan limpio y confortable como el primer día. Daba la impresión de que nada en absoluto había sucedido. Y, sin embargo, sabía de sobra que no era así.

La jornada que había dejado atrás había resultado más extenuante de lo habitual. Ya no solo por la circunstancia de no haber pegado ojo en ningún momento, sino por los incidentes que tuvieron lugar. Tenía mucho en lo que pensar. Habían pasado demasiadas cosas. Más de las que, a esas alturas, era capaz de procesar.

Todavía aturdida por el demoledor fenómeno vivido mientras el ciclo se reanudaba, se giró despacio hacia el lado izquierdo del colchón. Al tiempo que terminaba de acomodarse, intentó cavilar sobre el asunto. No tuvo éxito. La cabeza le daba infinidad de vueltas, ocasionando que a ratos se sintiera como si hubiera estado subida en un carrusel que marchaba a gran velocidad. Hasta que, por puro agotamiento, cerró los párpados para caer dormida.

Apenas logró descansar. Permaneció sumida en una desconcertante duermevela que la llevó a rememorar los extraños eventos de los que fue testigo cuando repartió las octavillas entre los transeúntes con los que fue tropezándose por la calle. Más que una pesadilla fue una despiadada sucesión de escenas deslavazadas e inconexas que finalizaba de idéntica manera: sufriendo el feroz ataque de alguno de los desventurados individuos que leía uno de sus panfletos.

El horror que le causó el último de estos aterradores sueños hizo que abriera los ojos de par en par. Estaba totalmente encogida, casi en posición fetal. Con ambas manos agarraba la almohada con firmeza, aferrándose a esta como si la vida le fuera en ello. Sudaba a borbotones, tenía el corazón en un puño. Era consciente de que aquello no había acontecido de verdad. Pero, a pesar de todo, le costó una enormidad calmarse.

Y, en tanto se afanaba por recobrar el aliento, ocurrió algo que no ayudó de ningún modo a que se tranquilizara: le pareció oír unos toquecitos en la puerta de su piso, como si alguien quisiera visitarla en mitad de la noche. Perpleja se volteó hacia la mesilla de noche, donde estaba su teléfono para averiguar la hora. Eran cerca de las cuatro de la madrugada.

Por un minuto, puso en entredicho si lo que creía haber escuchado había sido real. Después de todo, seguía bastante alterada. Aún no había conseguido serenarse por completo tras haber evocado esas situaciones tan truculentas. Quizás, aquel inesperado sonido no había sido excepto fruto de su fantasía.

Con la intención de descartar la existencia de ese misterioso ruido se incorporó con rapidez sobre el colchón. Entonces apretó los párpados, haciendo lo posible por aislarse de cualquier estímulo que pudiera distraerla. Y, en el acto, aguzó el oído, dispuesta a captar de nuevo esos distantes ecos.

Volvió a percibirlos, con más claridad si cabe que al inicio. Ahí estaban esos enigmáticos golpecitos: rítmicos, constantes, decididos y fuertes. Insistentes, sin que hubiera demasiada pausa entre ellos.

En efecto, alguien estaba intentando captar su atención por todos los medios. ¿Quién sería?

Curiosa y asustada a partes iguales, se levantó de la cama para acudir al encuentro de quienquiera que se hubiera plantado allí a esas intempestivas horas de la noche. Mientras caminaba a tientas por los pasillos de su apartamento trató de figurarse quién sería el artífice de aquel sonido. El sentido común le decía que, con absoluta seguridad, sería alguno de sus compañeros de fatigas. Sin duda, con el propósito de conversar acerca de lo sucedido hacía poco con la gente que recibió el mensaje que habían preparado para contactar con otros en su mismo trance.

Durante un fugaz instante se imaginó a sus camaradas, quietos frente a la puerta de su casa, llamando sin cesar. Visualizó a Clara, a Carlos, a Martín y a Natalia en esa tesitura. Cuanto más lo hacía, más inverosímil le parecía que pretendieran hablar con ella ahora. Sin embargo, de no ser cualquiera de ellos, ¿quién podría ser? No había razón para que nadie ajeno a la pandilla se presentara en su domicilio en ese momento.

A escasos pasos del vestíbulo de la vivienda los toquecitos se escuchaban con mayor nitidez. Tanta que, por primera vez, distinguió en aquel continuado tamborileo un detalle en el que no había reparado: impaciencia y desesperación. Era incuestionable que la persona que se hallaba fuera estaba ansiosa por verla. Y eso fue algo que no le gustó lo más mínimo.

Pese a ello, al alcanzar la entrada, no se detuvo ni un segundo a comprobar a través de la mirilla la identidad del intrigante forastero. Ni siquiera se le vino al pensamiento. Sin vacilar, colocó su mano en la manilla y abrió para acoger al recién llegado.

Ante el umbral no se topó con ninguno de los integrantes del grupo. Descubrió, para su sorpresa, a un hombre vestido con un elegante traje marrón que, al amparo de la penumbra del rellano, la observaba con semblante muy serio. En un principio no lo reconoció. Con todo, estaba convencida de que se había cruzado con aquel sujeto en otra ocasión, aunque no terminaba de recordar cuándo.

Escrutó con sumo cuidado sus facciones, esforzándose al máximo por identificarlo. Entre las sombras dio con sus ojos: pequeños, hundidos y de un intenso color azulado. No hizo falta que prosiguiera estudiando aquel rostro para saber a quién pertenecía. Al fin, su cabeza se aclaró por completo.

Aun así, tuvo la impresión de estar contemplando a alguien diferente. Parecía más bajo, como si su estatura hubiera menguado de manera inexplicable. También aparentaba estar más delgado, como si hubiera perdido una considerable cantidad de masa muscular. Por si no fuera suficiente, su piel lucía más pálida y reseca que la última vez.

Paula retrocedió un par de pasos, para examinar bien a su visitante. Y, después de tomarse su tiempo, únicamente pudo susurrar con voz trémula:

— Zanka… ¿Eres tú?

***

El individuo que se encontraba parado justo frente a la entrada de su hogar no respondió a esa pregunta. O, al menos, no lo hizo verbalmente. Se limitó a hacer un ligero mohín al oír aquel nombre. Un gesto que la mujer interpretó como la señal inequívoca de que, por supuesto, era él.

Luego, sin que mediara palabra alguna o ni tan siquiera esperar a ser invitado, se internó en el piso. Lo hizo con andares torpes, trastabillándose a menudo. Sin embargo, fue capaz de cumplir con su objetivo, pasando junto a ella hasta distanciarse del exterior del inmueble.

— Claro que sí, tío —soltó la chica con ironía, cerrando la puerta —. Adelante, no lo dudes. Mi casa es la tuya…

— No te columpies —replicó con evidente nerviosismo el guardián del bucle, al que ese comentario no le había hecho la menor gracia —. De haber querido, hubiera aparecido directamente en tu dormitorio. No lo olvides.

A pesar de que sintió la tentación de contestar, al final estimó que lo más oportuno sería permanecer callada. En realidad, fue lo mejor que pudo hacer, ya que las frases que acababan de ser pronunciadas por Zanka sonaron más amenazadoras de lo que le hubiera gustado. No obstante, para la joven lo más impactante de todo fue el hecho de no comprender la razón exacta por la que aquel personaje actuaba de repente de modo hostil.

Mientras aguantaba en silencio, con la esperanza de que le comunicara el motivo de su presencia, se percató de que no solo tenía un aspecto bastante desmejorado con respecto a su primera entrevista, sino que su voz parecía distinta. Mantenía ese peculiar acento extranjero que le hacía arrastrar las erres y las eses, pero, aparte, resultaba mucho más nasal que la vez anterior.

A cada momento más desconcertada, lo volvió a mirar a los ojos en busca de una respuesta que no halló. Y por ello, tras un largo suspiro, no le quedó otro remedio que intervenir:

— Y, bueno… ¿Qué te trae por aquí a estas horas?

— No lo sé, tú me dirás…

— ¿Yo? No entiendo a qué viene esto…

— ¿Qué estuviste haciendo ayer, Paula? —requirió sin ambages.

— ¿Ayer? —repitió con rapidez, intentando eludir el asunto concreto por el que estaba siendo interrogada—. He pasado tanto tiempo atrapada en esta burbuja temporal que a duras penas soy capaz de recordar qué fue lo que hice el uno de septiembre… Porque es de ese ayer del que me hablas, ¿verdad?

— No te hagas la tonta conmigo…

Su visitante estaba en lo cierto: ella sabía, desde el comienzo, por lo que le estaba preguntando. Sin embargo, prefirió no abrir la boca. Continuó muda, empeñada en transmitir una falsa sensación de serenidad mientras conservaba la vista fijada en la cara de aquel tipo. Hasta que, después de unos segundos, no le fue posible seguir sosteniéndole la mirada y tuvo que desviarla.

Para ser sincera, estaba muy asombrada por el comportamiento que exhibía, en absoluto equiparable al que adoptó cuando se citaron en la cafetería Monteverde. Esa mañana se mostró cercano y cordial. Incluso, podría tildarse que amigable. En esta ocasión, por el contrario, parecía intimidante y suspicaz.

— ¿No me dices nada? No tienes de qué preocuparte: estoy dispuesto a refrescarte la memoria… —espetó de nuevo el hombre, cada vez más agitado—. ¿Acaso no preparaste unas octavillas que revelaban la existencia del punto de restauración del sistema? ¿Acaso no estuviste el día entero repartiéndolas entre la gente con la que te encontraste por la calle? ¿Acaso no presenciaste los terribles disturbios que se produjeron a raíz de tus acciones? Qué me respondes ahora, ¿eh?

— Zanka, yo…

— ¿Por qué lo hiciste? ¿No bastó con que eliminara todos los mensajes con esa sarta de barbaridades que publicaste en redes sociales?

— ¿Fuiste tú? —inquirió la mujer, que no esperaba que él sacara aquel tema.

— ¡Por supuesto que fui yo! ¿Quién si no iba a hacerlo? ¡Es mi deber como vigilante del ciclo! —exclamó fuera de sí, antes de llevarse una temblorosa mano a su todavía sudorosa frente.

Este brusco arrebato de furia sorprendió a los dos en igual medida. Quizás, por ello, tanto el uno como la otra se quedaron un rato en silencio. Paula lo observó aún más confusa que al principio, sin entender cuál era el propósito exacto de la charla que ambos estaban manteniendo en el vestíbulo de su casa. Mientras, el custodio del bucle se esforzaba por recuperar la calma que hacía solo unos instantes había perdido.

No fue hasta que estimó haberlo logrado cuando, con patentes dificultades, volvió a intervenir:

— ¿Me puedes aclarar qué era lo que pretendíais conseguir con los mensajes en Internet o con los papeles?

Por primera vez, su acompañante dejó de referirse exclusivamente a ella para hacer mención a los demás que habían participado en el reparto de los panfletos. Este fue un detalle que la chica no pasó por alto y que consideró que tenía mayor importancia de la que parecía a simple vista. Advirtió, de inmediato, que conocía el asunto de la pandilla y que, a lo mejor, podría valerse de esa circunstancia para indagar al respecto.

— Lo único que deseábamos era descubrir si había alguien más como nosotros…

— ¿Alguien más como vosotros? —repitió despistado, como si no captara el significado de lo que la joven acababa de admitir.

— Queríamos averiguar si había otras personas que fueran conscientes de lo que estaba ocurriendo.

El misterioso individuo que había irrumpido en su hogar enarcó las cejas, examinándola con un aire de profunda desconfianza. Daba la sensación de que no se creía nada de lo que había escuchado. Si bien, su expresión cambió de forma repentina: sin que existiera un motivo aparente rompió a reír a mandíbula batiente. Sus carcajadas, rebosantes más de alivio que de felicidad, resonaron por todo el piso durante unos segundos que a ella se le hicieron eternos.

— ¿Solo eso? —inquirió el guardián, luchando por recobrar la compostura tras su insólito ataque de risa—. ¿Lo que dices es cierto?

— ¿Por qué te mentiría? —objetó, encogiéndose de hombros.

— Sí, tienes razón… Puede que me estés contando la verdad —musitó, estudiando el rostro de su anfitriona un momento—. Aunque, por desgracia, eso no va a impedir que recibas tu merecido castigo.

— ¿Un castigo? ¿De qué hablas?

— Es muy sencillo. Cada acción conlleva una reacción: ya sabes, causa y efecto… Qué te voy a explicar… Cualquier acto tiene sus

consecuencias. Incluso aquí, por mucho que pienses que es algo imposible en esta realidad.

Tanto el tono como el semblante utilizado para pronunciar estas palabras resultaron terriblemente amenazadores. Hasta el extremo de ocasionar que un escalofrío recorriera de arriba abajo la columna de Paula al oírlas. Al tiempo que esto sucedía, permaneció congelada, siendo testigo de cómo su visitante caminaba con una tranquilidad pasmosa hacia la cocina.

***

La súbita parálisis que experimentó duró poco. En ese intervalo, sin embargo, su huésped aprovechó para desaparecer de su vista. No obstante, nunca había hecho ademán por ocultar su trayectoria: estaba claro que esperaba que ella lo siguiera a la estancia de la vivienda a la que se había dirigido. Fue justo lo que la mujer hizo en cuanto estuvo en disposición de moverse.

Mientras cubría los escasos metros que la separaban de aquel personaje tan inquietante, repasó de manera inconsciente lo que habían tratado hasta entonces. No comprendía a qué aludía Zanka con aquello del castigo. Como tampoco era capaz de entender por qué el intento que había llevado a cabo junto a sus amigos por localizar a más gente como ellos podía convertirse en una cuestión tan problemática. Sobre todo, en un mundo que tendía a reiniciarse cada veinticuatro horas.

Dándole vueltas a estos temas estaba cuando, al fin, se presentó en la cocina. Para su asombro halló a aquel hombre a la mesa, comportándose casi como si en lugar de ser un invitado fuera el propietario del inmueble. De hecho, en el instante en el que la vio asomarse, realizó un gesto que pretendía ser hospitalario para animarla a ocupar la silla que había frente a él.

A regañadientes y esbozando una mueca llena de sarcasmo, la joven obedeció. Y, una vez estuvo instalada, decidida a no andarse por las ramas, preguntó:

— ¿De veras es tan grave lo que hicimos?

— ¿Tú qué crees? —le replicó, fijando sus pequeños ojos azules en los suyos.

— Que no —afirmó, aparentando indiferencia y dispuesta a sostenerle el pulso—. Por eso te lo he planteado, ¿no te parece?

Ante esta respuesta, que tenía una nota desafiante de la que evidentemente se percató, aquel extraño tipo dibujó en su cara una media sonrisa cargada de suficiencia. A continuación, bajó un segundo la mirada, como si estuviera sopesando cómo contestar. Algo que, en definitiva, ocurrió, después de que terminara de recostarse en su asiento:

— No tenéis la menor idea de lo que habéis hecho…

— Lo único que queríamos era encontrar a más personas como nosotros, te lo he dicho antes.

— Ya, ya…

— No te engaño.

— Lo sé, pero…

— Pero, ¿qué? —saltó la chica, deseosa por enterarse de lo que estaba pasando.

— Sin pensarlo, provocasteis tal cantidad de variaciones que estuvisteis a punto de conseguir que… —en ese momento se frenó, callando de golpe.

— ¿Qué, Zanka? ¿Qué estuvimos a punto de conseguir?

— Estuvisteis cerca de conseguir que esto se fuera al traste —admitió con una angustia más que manifiesta y dando al mismo tiempo la impresión de haber hablado de más—. Y eso es inaceptable.

Paula advirtió enseguida que el centinela del bucle acababa de cometer un desliz: había compartido más información de la necesaria. No entendía qué era lo que había tratado de expresar con que todo había estado cerca de irse al traste. En cambio, sí que tenía clara una cosa: algo de lo que habían hecho durante la anterior

repetición del ciclo lo había asustado de tal modo que no había tenido otro remedio que tomar cartas en el asunto. Ese era, en última instancia, el auténtico motivo de esta precipitada conversación. De ella dependía encajar las piezas para que aquello cobrara sentido.

En verdad, la mujer no tuvo apenas oportunidad para cavilar al respecto. A prisa se vio obligada a regresar a la realidad pues, de pronto, escuchó cómo su visitante le indicaba con actitud adusta:

— Te comunico que, a partir de ahora y hasta nueva orden, tú y tus amigos estaréis bajo arresto domiciliario.

— ¿Bajo arresto domiciliario? ¿Qué significa eso? ¿No podremos salir a la calle?

— En efecto… Mi intención es que recapacitéis sobre vuestro temerario y estúpido comportamiento, que ha puesto en severo riesgo la integridad de la burbuja temporal.

— Y, exactamente, ¿cómo esperas lograr que nos quedemos dentro de nuestras casas?

— No es tan complicado como parece de primeras, si te soy franco —declaró, manteniendo idéntico rigor en la voz que al principio—. Haré que las cerraduras de vuestros pisos desaparezcan durante una temporada, empleando mis privilegios como administrador del circuito. De esta manera, me aseguraré de que no podáis moveros de aquí mientras dure vuestro escarmiento.

— ¿De veras harás eso?

— No me habéis dejado otra opción, Paula… —apostilló el hombre, con una tristeza más que palpable.

Aunque daba la sensación de que su acompañante estaba hablando en serio, la joven dudó durante unos segundos si lo que le había planteado era cierto o no. Sin embargo, por su estampa, sombría y apesadumbrada, no tardó mucho en percatarse de que no mentía. En definitiva, tenía el propósito de confinarla en su hogar, suprimiendo el cerrojo de la puerta.

No obstante, lo que el guardián tenía en mente hacer no cuadraba con lo que le había comentado. En el fondo, esta disposición tan drástica le sonaba igual o más imprudente que lo que ella y su pandilla habían hecho. No tenía la menor noción de cómo conseguiría que los pestillos se desvanecieran. Tampoco, de cómo lo haría sin que la conservación de aquel día que se replicaba hasta la saciedad se viera afectada.

Y, por eso, después de rumiar la cuestión un poco, la chica no vaciló en preguntar:

— ¿Lo que pretendes hacernos no supone una notable distorsión de la continuidad del proceso?

— Sí, así es —afirmó su perturbador huésped mientras sus labios dibujaban, involuntariamente, una breve sonrisa.

— Entonces, ¿por qué vas a hacerlo?

— Situaciones desesperadas requieren medidas desesperadas —contestó, sin que hubiera ni un ápice de emoción en sus palabras—. Reconozco que no es lo ideal, pero… En este caso especial, considero que es la única forma posible para preservar el precario equilibrio que rige la prueba piloto.

— ¿Cuánto tiempo se va a prolongar este castigo? —inquirió luego, consciente de que nada impediría que cumpliera esa penitencia.

— El que sea preciso hasta que os deis cuenta de lo que está en juego.

Ante esta respuesta, que apenas explicaba gran cosa, solo pudo fruncir el ceño. Tenía la impresión de que su cabeza estaba embotada, pues era incapaz de asimilar lo que estaba ocurriendo en ese instante. Por más que Zanka señalara todo lo que había en juego o lo cerca que habían estado de quebrar la estabilidad de la burbuja temporal, no entendía a qué se refería. Como, del mismo modo, no comprendía cómo el hecho de que ella y sus amigos

permanecieran aprisionados en sus domicilios fuera una solución a tan enrevesado problema.

— Necesitas aclararte las ideas… —indicó el encargado de velar por la integridad de aquel proyecto piloto, con un tono sosegado y persuasivo—. Tienes que identificar cuáles son tus auténticas prioridades, tienes que meditar sobre qué es lo que de verdad quieres hacer dentro del bucle. Cada nueva mañana te ofrece una nueva oportunidad… Aquí puedes hacer lo que te plazca, sin restricciones. Aquí puedes ser quien desees, sin ataduras. Lo sabes, ¿a que sí? —tras esto realizó una pequeña pausa que aprovechó para calibrar el efecto que su discurso estaba teniendo—. ¿No te complace una existencia como esta? Infinita, inagotable, ilimitada… ¿No te parece satisfactoria una vida como esta? Es mucho más de lo que cualquier persona jamás podría esperar, tenlo por seguro —volvió enmudecer para observarla, apreciando que la mujer no estaba demasiado convencida—. Ya veo… Creo que, a pesar de todo, este período que pasarás en casa te vendrá muy bien para reflexionar…

Como en apariencia era habitual en él, cuando estimó que había desempeñado su cometido se puso en pie para abandonar la cocina. En menos que canta un gallo enfilaba la salida de la estancia, situándose fuera del campo visual de Paula. Sin embargo, en esta ocasión ella no permitió que se retirara sin más.

Y, antes de que se alejara, sin girarse a mirarlo, preguntó:

— ¿Hay otra gente como nosotros en la ciudad?

— Lamento comunicarte que no —contestó, con sorprendente frialdad—. Sois los únicos.

No era algo que no intuyera a esas alturas. Pero, pese a ello, la confirmación definitiva de esa realidad se mostró especialmente amarga. Tanto que, mientras su visitante se daba la vuelta para desaparecer de una vez por todas, comenzó a sollozar en silencio.

Con las lágrimas rodando por sus mejillas escuchó cómo Zanka abría la puerta del piso. A renglón seguido se produjo un sonoro

portazo que refrendaba que aquel sujeto acababa de marcharse. Aun así, continuó unos segundos sola con sus pensamientos, sin dejar de llorar.

Al cabo de un rato se levantó, arrastrando la silla sin preocuparle lo más mínimo el ruido que pudiera estar haciendo. Bastante desanimada, con la sensación de estar soportando una pesada carga sobre sus hombros, caminó hacia la entrada. No tardó en completar aquel recorrido, comprobando al llegar que, sin lugar a dudas, estaba atrapada. La cerradura se había esfumado.

CAPÍTULO 10

Las primeras jornadas que Paula permaneció bajo el extraño arresto domiciliario impuesto por Zanka resultaron bastante duras llevar. Pensaba en su situación de manera constante, considerando cada vez que lo hacía que era terriblemente injusta. Ante todo, porque tenía la impresión de estar siendo víctima de un doble cautiverio. Al hecho de estar atrapada en aquella espiral perenne era preciso unir ahora la inesperada e insólita condena que estaba sufriendo en su casa.

Jamás se le había pasado por la imaginación la posibilidad de que, en algún momento de su vida, pudiera hallarse privada de su libertad. Mucho menos de un modo como ese: confinada en su piso y sin poder salir a la calle porque el cierre de la puerta se había desvanecido por arte de magia. Dependía, por entero, de que su captor decidiera detener su tormento.

Las horas transcurrían con una dolorosa lentitud mientras intentaba mantenerse a flote sin demasiado éxito. No tenía la menor idea de qué debía hacer para conseguir que aquella coyuntura tan desalentadora le pareciera un poco más soportable. No tenía la menor idea de cuánto se prolongaría esa sanción arbitraria y desmesurada. Con este panorama, bien mirado, era casi imposible que no cayera en las garras de la ansiedad o de la frustración.

Para colmo de males, tampoco podía comunicarse con los miembros del grupo. No porque existiera una prohibición expresa por parte de su carcelero en ese aspecto, sino porque ni tenía sus números de teléfono ni sabía cómo se apellidaban. Estos eran datos que, hasta entonces, no había necesitado nunca: para verlos se había limitado a acudir puntual a la cita diaria que tenían estipulada

en el centro cultural a las siete de la tarde. Y, por consiguiente, en el incierto escenario que estaba obligada a encarar en aquel período, no cabía la opción de llamarlos o de tratar de localizarlos a través de las redes sociales.

Estaba aislada e incomunicada. Sola por completo. Y, por qué no decirlo, muy asustada. Incapaz de contactar con quienes, como ella, estaban atravesando por ese desolador trance. Incapaz de aliviar sus penas con quienes, como ella, estaban padeciendo las consecuencias de aquel severo escarmiento. Quizás este fuera el objetivo del castigo que les había sido infligido: que estuvieran lo más separados que fuera posible.

A medida que se sucedían los días llegó a sentirse como si fuera un león enjaulado. Mataba el tiempo deambulando de una estancia a otra de su hogar. Sin rumbo fijo. Sin ocupación alguna. Tan inquieta como desmoralizada. Tan furiosa como derrotada. Pues, en el fondo, era consciente de que no podía hacer nada para terminar con su reclusión. El final no estaba en su mano, sino en la de su captor.

De continuo comprobaba si el guardián de la burbuja temporal se había apiadado de ella, haciendo que el cerrojo apareciera de nuevo. Perdió la cuenta de las ocasiones en las que se encaminó esperanzada al recibidor de la vivienda para verificar si la cerradura se había materializado. En todas acababa estampándose de bruces con la cruda realidad: no había ni rastro de aquello que tanto se empeñaba en encontrar.

Angustiada, deseosa por alcanzar una solución, de cuando en cuando se le ocurrían alternativas que únicamente podían ser calificadas como impulsivas o disparatadas. Eran planes ridículos, que no tenían ni pies ni cabeza y que, por esa razón, era imposible que fueran llevados a buen puerto. Y, sin embargo, en aquellas oportunidades en las que la desesperación hacía acto de presencia, se devanaba los sesos pretendiendo hallar una vía para realizarlos.

A ratos fantaseaba con la posibilidad de echar la puerta abajo. Solía imaginarse dominada por un frenesí incontenible que la conducía a rebuscar como una loca por todas las habitaciones del

piso hasta atinar con un objeto lo bastante pesado y contundente como para utilizarlo como improvisado ariete. Y, en cuanto lo tenía en su poder, se dirigía hacia la entrada dispuesta a golpear el portón sin contemplaciones para conseguir que se desplomara.

Otras veces, en cambio, el despropósito que se le venía al pensamiento era abrir una ventana para escabullirse. Se veía a sí misma apoyada en la cornisa como buenamente podía, haciendo equilibrios para no despeñarse. En silencio, luchaba tanto contra el vértigo como contra la tentación de mirar hacia abajo, ideando el mejor método para ejecutar ese peligroso descenso sin descalabrarse en el intento.

Ambos eran proyectos absurdos e inviables. En el primer supuesto estaba convencida de que, por mucho que lo quisiera, jamás sería capaz de derribar la puerta. En el segundo, estimaba que no lograría efectuar aquella bajada con éxito. Y en el improbable caso de que la fortuna decidiera estar de su lado en alguno de estos extravagantes juegos de escapismo, estaba segura de que daría igual. Cuando se produjera el reinicio del ciclo retornaría al lugar de origen: a su casa, a su encierro forzoso.

La certeza de que, después de gozar de unos instantes de libertad, volvería a estar enclaustrada dentro de esas cuatro paredes la aterraba sobremanera. Más, incluso, que el hecho de sufrir cualquier tipo de percance mientras se afanaba por fugarse. Más, incluso, que el hecho de ser descubierta en algún momento por Zanka.

Entendió, por último, que debía aceptar la situación tal como era. Sin paños calientes. No ganaba nada inventándose planes de huida que resultaban tan descabellados como arriesgados. Tampoco, lamentándose por lo que estaba viviendo. Por injusto e incomprensible que esto le pudiera parecer. Como bien sabía, la mayoría de las veces las cosas son como son y no como nos gustaría que fueran. Y, por más que le pesara, no le quedaba otro remedio que afrontar esa complicada partida con las cartas que le habían

tocado: solo así, jugándolas con cautela e inteligencia, saldría airosa de ese comprometido lance.

***

Consciente de que más le valía corregir su actitud, resuelta a encarar ese complejo escenario con un enfoque diferente, Paula no tardó en encontrar refugio en ciertas distracciones que le aportaron una más que necesaria evasión mental. No podía llegar a la calle, era verdad. Pero, desde luego, sí que tenía a su alcance múltiples posibilidades que le permitirían abandonar, aunque fuera por un breve período, los muros de la improvisada prisión en la que se había convertido su hogar.

¿Qué mejor manera de vivir otras experiencias que a través de las páginas de una buena novela? ¿Qué mejor manera de trasladarse a rincones inéditos que a través de una buena película? ¿Qué mejor manera de dejar atrás su deprimente realidad que a través de una buena maratón de series? Lo mejor era que, para conseguirlo, únicamente requería de una habitación como centro de operaciones y de distintos aparatos con conexión a Internet para ir consumiendo todo cuanto deseara.

Armada con su dispositivo *Kindle*, cada mañana se descargaba una nueva lectura para entretenerse con ella a lo largo de la jornada. De aquel modo, permaneció horas sentada en el salón, recostada con comodidad en su sofá y sin parar de leer. Comenzó con los libros que sus amistades le habían recomendado y que, por cuestión de tiempo, no había tenido ocasión de meterle mano hasta entonces. Entre ellos, "*Las hijas de la criada*", "*En la corte de la zarina*" o la saga "*Blackwater*" al completo. Tampoco faltaron revisiones de obras de autores a los que ya había leído con antelación y a los que admiraba, como Arturo Pérez-Reverte, Isabel Allende o Gabriel García Márquez.

A esto unió, conforme aquel grotesco confinamiento fue prolongándose, la lectura de novelas de escritores desconocidos para el público general, de quienes supo a través de las recomendaciones que le mostraba la plataforma en la que se hallaba. Así, disfrutó de

"*La rosa de Skye*", "*Barracón 2: Liberación*", "*La librería de doña Sofía*", "*Esencias de mí*" o "*La última misión*". Esta última historia, relacionada con los viajes en el tiempo, le causó un considerable impacto.

Hasta tal extremo que, sin dudarlo ni un segundo, se pasó al audiovisual con la intención de devorar cualquier film que aludiera tanto a ese aspecto como a los bucles temporales. Entre los títulos que vio se encontraban "*Atrapado en el tiempo*", "*About time*", "*Palm Springs*", "*Al filo del mañana*" o "*Código fuente*". En innumerables oportunidades se identificó plenamente con los casos que se presentaban al espectador pues, para su desgracia, los había padecido en primera persona. Se mantuvo días enteros frente al portátil, viendo aquellas cintas tantas veces como fueran precisas, diseccionando con una minuciosidad exagerada hasta el más mínimo detalle que apareciera en pantalla.

Con respecto al visionado de sus series favoritas también ocurrió algo similar puesto que, casi sin notarlo, se enfrascó en el análisis de capítulos concretos. En "*Perdidos*", sintió como suya la agonía de Desmond por tener que pulsar la misma tecla del ordenador del búnker cada ciento ocho minutos con tal de impedir el fin del mundo. En "*Westworld*", tuvo la sensación de vivir en su propia piel la devastación de James Delos cuando descubrió que había muerto hacía mucho y que su consciencia había sido transportada a la de un androide sin demasiado éxito. En "*Travelers*", experimentó la turbación de la totalidad de los personajes al tener que desempeñar con la máxima fidelidad posible el rol que les correspondía en ese nuevo entorno mientras intentaban cumplir con su misión.

El estudio de todas estas obras audiovisuales propició que, en un principio, acabara con la cabeza un poco embotada. No era para menos, teniendo en cuenta las circunstancias. Sin embargo, a medida que fue digiriendo los diversos conceptos e ideas que sustentaban estas producciones, consiguió extraer un elemento común en gran cantidad de estas: las que se articulaban en torno a la existencia de un circuito de repeticiones ofrecían, en apariencia,

una salida. Esa solución afloraba como consecuencia del aprendizaje de una determinada lección por parte del protagonista. O, también, a través del perfeccionamiento de unas habilidades concretas. Sea como fuere, siempre había una clave para cambiar las cosas y revertir la situación.

Llegar a esta deducción supuso un gigantesco salto para ella. De repente, sin pretenderlo y ni por asomo aguardarlo, se vio embargada por un poderoso sentimiento que creía haber olvidado hacía tiempo: esperanza. La esperanza de emular el ejemplo de los protagonistas de esas películas para detener aquel proceso inmutable. La esperanza de imponerse a las limitaciones del punto de restauración del sistema para dejar atrás ese maldito lunes de septiembre. La esperanza de volver a ser libre.

¿Y si la diferencia entre la ficción y la realidad no fuera tan enorme como cabía esperar? ¿Y si hubiera una posibilidad, por pequeña que fuera, de terminar con su calvario? ¿Y si hubiera una válvula de escape, recóndita y escondida?

Pero, ¿cómo lo conseguiría? Y, lo que aún era más importante, ¿cuáles serían las implicaciones de dar con la salida por la que tanto suspiraba?

***

Paula siguió los siguientes reinicios del ciclo tratando de brindar una respuesta satisfactoria a cada uno de esos interrogantes. Sin apenas moverse del salón, que parecía ser la estancia de la casa en la que más cómoda se sentía para reflexionar. Sin mayores distracciones de las necesarias, renunciando a leer más libros o a ver más películas. Centrada, única y exclusivamente, en la resolución del intrincado problema que se traía entre manos.

Ni que decir tiene que no se interesó lo más mínimo por adivinar cuánto se prolongaría el encierro que estaba padeciendo. Tenía, entonces, preocupaciones más acuciantes en la cabeza. Comprendía, de sobra, que ese estado no duraría toda la vida: Zanka haría que el cerrojo volviera a aparecer más pronto que tarde. Y a pesar de todo

lo que había sufrido, confiaba en que su liberación no tuviera lugar de forma inmediata.

Al fin y al cabo, su concepción de aquel cautiverio había variado drásticamente. Si en primera instancia lo había entendido como un cruel castigo, ahora lo miraba como una oportunidad excepcional para entender mucho mejor el marco de la burbuja temporal. Perseguía, así, detectar una fisura en el punto de recuperación del sistema que le permitiera evadirse. Quería cumplir con este propósito con todas sus fuerzas, animándose en silencio al pensar que tan solo sería cuestión de tiempo. Justo algo de lo que, gracias al régimen de arresto domiciliario en el que se encontraba, disponía a raudales.

No obstante, cuanto más cavilaba al respecto, su percepción de aquel asunto le resultaba más y más extraña. Por expresarlo de algún modo, sus sensaciones eran incluso más opuestas. A ratos consideraba que estaba en una especie de vía muerta, que no había un camino para huir de la prisión en la que se había convertido el bucle. Aunque, a la par, tenía la impresión de que la salida que tanto anhelaba era bastante obvia. Tanto, que se hallaba ante ella. Casi delante de sus ojos. Simplemente, que todavía no se había percatado de su presencia.

Y, como suele suceder en numerosas ocasiones en el momento de efectuar un descubrimiento trascendental, alcanzó la ansiada conclusión de manera insospechada: engullendo un sándwich de jamón cocido y queso mientras en la tele daban el último panel de un popular concurso. Había visto aquel programa tal cantidad de veces que ya había perdido la cuenta. De suerte que, en verdad, se lo sabía de memoria.

Lo cierto era que no había prestado demasiada atención a la emisión, que había tenido más como ruido de fondo que otra cosa. Sin embargo, cuando escuchó la voz del presentador anunciando la llegada de la prueba final no pudo evitar aguzar el oído. "*Vamos a ver cómo nos queda el panel. Ahí está… Tres africanos. La erre, la ese, la efe y la i griega nuestras consonantes; la o nuestra vocal…*

¡No me lo puedo creer! Vamos con las tuyas…", oyó que dijo el conductor del programa en aquel instante.

— La ene de Navarra, la ele de Lugo, la ce de Córdoba… Y la e de España… —respondió Paula, adelantándose a las elecciones del afortunado individuo que había accedido al codiciado panel.

Por supuesto, el hombre optó por cada una de esas letras. No fueron decisiones muy favorables para sus intereses: la mayor parte del panel continuaba vacío, lo que por desdicha apuntaba a que difícilmente conseguiría la tan desconocida pero deseada recompensa. Pese a ello, manteniéndose fiel a su papel, el simpático presentador no vaciló en alentar al aspirante antes del comienzo de la cuenta atrás para que contestara.

— Namibia, Kenia y Tanzania… —recitó la joven de nuevo, en tanto que el concursante trataba de resolver la incógnita sin que le fuera posible—. Venga, tío… Que vas a perder dos mil eurazos… —lo apremió desde la distancia, aún a sabiendas de que no lo lograría.

Los diez segundos de los que disfrutaba el participante se consumieron sin que tuviera éxito. Entre el triste clamor del público, el presentador desveló la solución a aquella pantalla crucial. Y, luego, reveló el premio que había dejado escapar el apenado jugador: ni más ni menos que dos mil euros.

Contemplando la escena por enésima vez y tragando el bocado que acababa de pegarle a su almuerzo, la mujer se lamentó en voz alta:

— Joder, hija mía… Para lo que has quedado…

Pronunciar estas palabras tuvo un efecto misterioso en ella pues, de repente, notó que algo en su mente había hecho clic. Casi, como si hubiera encendido un interruptor situado en los confines más íntimos e inhóspitos de su cerebro. Casi, como si hubiera encendido una potente bombilla capaz de arrojar un haz de luz al tenebroso caos al que llevaba días dándole vueltas con escaso resultado.

De pronto, sus reflexiones la arrastraron a la conversación que sostuvo con Zanka en la cocina. En concreto, al punto en el que su visitante la invitaba a apreciar las bondades del bucle para, en el acto, plantearle de forma directa si no le parecía satisfactorio gozar de una existencia como la que le ofrecía el experimento. Al recordar este episodio, con la voz de aquel sujeto resonando en su cabeza con absoluta nitidez, no albergó duda alguna de cuál era la respuesta. Si algo tenía asumido, a esas alturas, era que eso no era vida.

Sin saber bien cómo ni por qué, se vio a sí misma preguntándose cuánto habría permanecido retenida en el interior de la burbuja temporal. ¿Semanas? ¿Meses? ¿Años? No tenía la más mínima idea: con franqueza, no lo había pensado hasta entonces. Además, no era un asunto sencillo de determinar. Ignoraba las ocasiones en las que había revivido esa jornada. Tampoco conocía la correlación del paso del tiempo entre la dimensión artificial en la que se encontraba atrapada y el mundo real.

Esto, como no podía ser de manera diferente, la abrumó bastante. Un sentimiento que no hizo excepto aumentar después de que se cuestionara por lo que había sucedido fuera desde que esa pesadilla empezó. Elucubró sobre qué habría sido de sus padres, de su hermano o de sus amistades. También sobre los eventos, ya fueran grandes o pequeños, que habían tenido lugar y no había presenciado mientras había repetido sin cesar aquel odioso lunes de septiembre.

Hasta que, desconsolada, alcanzó la conclusión de que no tenía objeto que se obsesionara con ninguno de esos temas. Aunque le doliera, la Tierra había seguido girando tras el trágico accidente que sufrió nada más comenzar a cruzar la calle. Este era un ámbito que no le competía porque hacía mucho que no formaba parte de él. Había fallecido. Por primera vez lo aceptó con todas sus consecuencias.

Hasta ahí, había afrontado este acontecimiento como si de una fábula se tratara. Consideraba su defunción poco más que una

falacia, apenas una mera ilusión. ¿Cómo opinar lo contrario, cuando pese al fatal atropello continuaba vivita y coleando dentro de aquella demencial investigación? Había esquivado a la parca. Sin embargo, incluso si intentaba engañarse, era consciente de que no era cierto.

Se dio cuenta en ese instante, llorando con amargura en el salón de su casa, en tanto que a sus oídos llegaban los ecos de la sintonía del telediario. Supo que era un espectro. Un ser atrapado entre el plano de los vivos y el de los muertos, que no había completado la transición de un espacio a otro. Y que, por consiguiente, estaba condenada a vagar por toda la eternidad entre enormes pesares y padecimientos. ¿Qué clase de destino era aquel? ¿Acaso merecía de verdad la pena vivir así?

En ese momento, sin más, entendió qué era lo que necesitaba hacer para terminar con su suplicio. Sin que existiera razón aparente le vino a la imaginación la estampa del guardián, al inicio del último cara a cara que ambos mantuvieron. Lo halló desmejorado. Tanto, que le costó reconocerlo. También, nervioso y asustado. Ahora, por fin, comprendía por qué: sin pretenderlo, su grupo había estado muy cerca de quebrar el frágil equilibrio que permitía la preservación de aquel enclave alejado de la realidad.

No en vano, aquello no dejaba de ser más que una prueba piloto: un programa sin afianzar, en constante evaluación. Y sus acciones aquel día, empeñados en localizar a alguien que estuviera en su misma situación, habían originado alteraciones de extremada gravedad. Solo así se podía explicar el hecho de que quienes leyeron los panfletos que repartieron perdieran la cordura de ese modo. Solo así se podía explicar que el centinela del proceso no hubiera tenido otra alternativa que recluirlos cautelarmente en sus domicilios, a la espera de que volvieran al redil tras serles restituida la libertad.

Paula no tenía ni idea de qué harían sus compañeros en cuanto esto sucediera, pero sí sabía qué actitud adoptaría ella: no estaba dispuesta a seguir colaborando para perpetuar aquella pantomima. ¿Deseaba que todo acabara para siempre? ¿Recobrar la dignidad

que estimaba que le habían robado los científicos del proyecto? ¿Ser libre? ¿Descansar en paz?

Tenía claro lo que debía hacer. Se lo había desvelado el propio Zanka, aunque esa no fuera su intención al visitarla aquella noche. Si de veras quería escapar, si de verdad quería huir, no le quedaba más remedio que conseguir el colapso del punto de restauración del sistema. Aun conociendo lo que esto implicaba para todos.

CAPÍTULO 11

Lo primero que hacía cada nuevo día al despertar, desde que ese rocambolesco confinamiento tuvo comienzo, era dirigirse hacia el recibidor para averiguar si el cerrojo continuaba desaparecido. Aquella mañana no fue una excepción en ese aspecto. En el momento en el que la alarma del teléfono se puso en funcionamiento, Paula se levantó de la cama para andar, medio adormilada, por los pasillos del piso para llegar hasta la puerta.

En esta oportunidad, a diferencia de las anteriores, la fortuna estuvo de su lado pues, tras acudir a realizar las pertinentes comprobaciones, se topó con una agradable sorpresa: el mecanismo que tanto había ansiado hallar le había sido devuelto. Ahí estaba, en su correspondiente sitio. Como si jamás se lo hubieran arrebatado. Como si nunca se hubiera desvanecido. Todo estaba como debía.

Su reacción inicial fue de una patente incredulidad. De hecho, tuvo que frotarse los ojos en varias ocasiones para determinar si lo que estaba viendo era auténtico o si, por el contrario, era una simple ilusión. A fin de cuentas, todavía se notaba bastante adormecida. Quizás sus sentidos le estaban gastando una mala jugada. Sin embargo, no tardó mucho en considerar que aquello estaba ocurriendo de verdad, que la cerradura había vuelto a materializarse.

De repente, experimentó una explosión de júbilo incontenible. Fue una emoción similar a la que sentía en su niñez cuando, en el Día de Reyes, saltaba de la cama entusiasmada para volar al salón de la casa familiar y descubrir que estaba repleto de regalos. Quiso reír de felicidad. Quiso brincar de alegría. Quiso gritar de lo contenta que estaba. En cambio, no hizo nada.

Con una amplia sonrisa en su rostro acercó la mano derecha al tirador, decidida a abrir la puerta de par en par. Surgió ante ella el rellano, vacío por completo y sumido en la penumbra. Mientras miraba aquel espacio tan cotidiano que, a la vez, le parecía sustancialmente novedoso, apreció un grato cosquilleo en la boca del estómago. Captó la señal de inmediato. Sin dudarlo ni un solo instante, marchó hacia las escaleras para salir al exterior.

Efectuó el descenso a toda velocidad, como si fuera una participante en una insólita carrera por ver quién ganaba antes al zaguán. Sus pies se posaron en cada peldaño con celeridad y fuerza, sin que diera la impresión de preocuparle en absoluto el ruido que pudiera estar haciendo a esas horas tan tempranas de la mañana. Lo único que anhelaba era bajar en el acto para cerciorarse de que había recobrado cierta libertad después de aquel prolongado enclaustramiento.

No demoró demasiado en cumplir ese deseo: más rápido de lo que cabía esperar estaba en el vestíbulo de aquel bloque de viviendas, atravesando el umbral. Entonces, dio dos pasos tímidos al frente, distanciándose lo justo de la entrada. Apretó los párpados, respiró a fondo y extendió los brazos cuanto le fue posible. Mantuvo la mente en blanco unos segundos, dejándose llevar. Cualquier cosa, con tal de sentir la suave caricia de la brisa matutina recorriendo su cuerpo.

Al despegar los ojos, observó lo que había a su alrededor con atención para capturar hasta el menor detalle. Contempló los edificios aledaños a aquel en el que vivía, los pequeños comercios que aún no habían alzado la persiana y las estrechas aceras por las que apenas transitaba gente. A los escasos viandantes que se aproximaron a su posición los saludó con educación y naturalidad, por mucho que estos le dedicaran miradas cargadas de extrañeza. No en balde, seguía en pijama. Con todo, sabía que esto carecía por entero de importancia, pues esos individuos se olvidarían de haberla visto de esa guisa cuando el ciclo se reiniciara por enésima vez.

Al cabo de un rato consideró que había llegado el momento de regresar a su apartamento. Despacio giró y se metió en el portal, subiendo hasta su piso en ascensor. Era innegable que le hubiera agradado estar un poco más afuera, dar una vuelta y estirar las piernas. Sin embargo, era muy consciente de que antes era la obligación que la devoción. No le quedaba otra que aprovechar el período previo a su ansiada cita con los miembros del grupo para definir la mejor manera de presentarles su plan y así convencerles de que era necesario acabar con la burbuja temporal.

***

Esa tarde partió de su casa para poner rumbo al centro cultural bastante más pronto de lo habitual. Por una parte, motivada por la emoción del soñado reencuentro, quería llegar deprisa al lugar donde se producían aquellas reuniones. Aunque, al mismo tiempo, albergaba la esperanza de cruzarse con alguno de sus amigos para sondear su opinión sobre su idea de hacer que el bucle colapsara.

Durante ese paseo, el primero que daba desde que se levantó el inusual correctivo que había sufrido, anduvo a paso ligero por las calles de la ciudad. No hizo el más mínimo caso a lo que vio a lo largo de aquella caminata, aparte de fijarse en varias personas con las que se topó que guardaban ciertas similitudes con sus colegas. Pero no tuvo la fortuna de tropezarse con ninguno de ellos.

A pesar de que todavía faltaban diez minutos para que se alcanzara la hora establecida, enfiló el bulevar que conducía directo a su destino. Desde lejos creyó divisar la presencia de tres figuras en la acera que se ubicaba frente al edificio: eran Clara, Carlos y Natalia. Al localizarlos, el corazón le dio un vuelco. No fue hasta entonces cuando constató lo mucho que los había añorado.

Tan impaciente estaba en acercarse, que focalizó toda su atención en ellos. Y, al hacerlo, se percató de que algo no marchaba como debía. Tuvo la sensación de que sus camaradas parecían nerviosos, preocupados y perplejos. Refrendó estas impresiones en el instante en el que la separaban escasos pasos de ellos y nadie

advirtió su inminente llegada. No era un comportamiento normal. Era obvio que había surgido algún problema.

Comprendió de qué se trataba en cuanto estuvo junto a ellos y miró hacia el lado opuesto: no había la menor señal del Centro Cultural Los Monteros. El espacio en el que se suponía que tenían que estar las instalaciones se hallaba completamente desocupado. No era más que un inmenso solar, rodeado por un vallado metálico que impedía el acceso a la parcela. Como si nunca hubiera habido nada en aquel sitio, como si el inmueble jamás hubiera sido construido.

Aún sin salir de su asombro, sin saludar a sus estupefactos compañeros, Paula preguntó tras unos segundos:

— ¿Se puede saber dónde está el centro?

— Eso nos gustaría saber a nosotros… —contestó el escritor, con la vista clavada en el terreno abandonado en el que debería estar el inmueble.

— Esto no tiene sentido… —añadió Clara, patidifusa.

Quien no abrió la boca para pronunciar ni una palabra fue Natalia. En verdad, la joven ni siquiera estaba observando el descomunal vacío donde todos habían confiado en encontrar el edificio. Levaba rato absorta en la pantalla de su teléfono, enfrascada en una ardua búsqueda.

— Chicos… —musitó con voz trémula la camarera—. No hay ni rastro del Centro Cultural Los Monteros en Internet.

— ¿Qué significa eso? —inquirió la mujer que lideraba la pandilla, girándose a mirarla bastante alarmada.

— Pues, eso… —respondió la muchacha, metiendo de nuevo el dispositivo en el bolso—. No hay información ni noticias… Es como si en la vida hubiera existido.

— Joder… ¿Y ahora qué hacemos? —intervino Carlos.

La conmoción que hasta ahí habían estado experimentando los allí presentes cedió el paso a una profunda turbación. La propia de aquellos que no esperaban descubrir, después de haber padecido un prolongado encarcelamiento, que el lugar en el que solían quedar a diario para hablar de sus asuntos hubiera sido borrado de la faz de la Tierra como si tal cosa. Esto era un disparate: un despropósito que los había pillado a pie cambiado.

A todos, excepto a ella. Paula fue la única que se mantuvo ajena al abatimiento que se apoderó de los demás como resultado de tan inaudito hallazgo. De hecho, podría afirmarse que recibió el anuncio de la total erradicación del edificio de aquella dimensión con un comedido optimismo. No en vano, pensó que esa imprevista contingencia jugaba a favor de sus intereses.

Tuvo la certeza, desde el comienzo, de que detrás de esta desaparición había estado la mano oculta de Zanka. Muy probablemente, con la intención de dificultar en la medida de sus posibilidades las acostumbradas reuniones de aquel grupo tan variopinto en la sala 1311 del inmueble. Todavía más, estaba segura de que con ese movimiento el fin último del guardián no era otro que el de frustrar que aquel puñado de anomalías siguiera viéndose las caras.

Tampoco tuvo duda de que la eliminación del centro, así como de cualquier información relativa al mismo, implicaba una notable alteración de la realidad. La burbuja temporal en la que estaba atrapada debía ser, entonces, más inestable que nunca. Y, por consiguiente, forzar su destrucción costaría menos trabajo del que cabría esperar en un principio. Solo tenía que convencer al resto de que se adhirieran a su plan.

Mientras continuaba cavilando sobre estas cuestiones, se detuvo un segundo a observar a las personas que la acompañaban. Entre los consternados rostros que no dejaban de contemplar aquel solar se percató de que faltaba alguien. Una ausencia importante y en la que, sin embargo, no había reparado hasta ese instante.

— ¿Y Martín?

— Martín… —se dispuso a contestar Clara, con un hondo suspiro tras mencionar su nombre—. No vendrá más.

— No me fastidies —replicó Natalia, volteándose hacia ella como si lo que había soltado fuera una auténtica bomba.

— Ha ido esta mañana a casa para comunicarme su determinación de abandonarnos. Me ha contado que ha estado meditando mucho en el encierro y que ha llegado a la conclusión de que lo mejor que puede hacer es estar con su familia. Quiere continuar con su vida como si no supiera nada en absoluto del bucle.

— Quizás es lo que debemos hacer nosotros… —apostilló el hombre, apesadumbrado.

Durante un momento Paula prefirió callar, valorando la situación. Era evidente que, como consecuencia de un cúmulo de circunstancias, la moral de su gente se encontraba en su límite más bajo. Exactamente que lo que creía que Zanka pretendía conseguir. Cada uno de los recientes acontecimientos habían minado el ánimo de los suyos de forma considerable: el tortuoso escarmiento, la desaparición del centro cultural, la repentina decisión de Martín…

Por todo ello, era muy consciente de que en su mano estaba impedir que sus camaradas permanecieran dándole vueltas al tema. Necesitaba un golpe de efecto, cambiar de escenario para que pudieran seguir adelante. Más, si su intención era la de que la respaldaran en su propósito de terminar con el tormento en el que se había convertido la burbuja. Cosa que entendía que no lograría nunca sola.

Y, sin pensárselo dos veces, no vaciló en realizar una proposición:

— ¿Qué os parece si nos tomamos algo donde sea y nos ponemos al día?

***

Diez minutos después, los cuatro se metieron en el primer bar que hallaron: una taberna emplazada un par de calles más abajo llamada "*Donde Siempre*". El establecimiento, de pequeñas

dimensiones, podía catalogarse como el típico punto de reunión para quienes residían en esa zona de la ciudad. Y, pese a ello, a su llegada no había excesiva clientela aparte de los parroquianos habituales, que se ubicaban o bien en torno a las máquinas tragaperras o junto a la barra para comentar a voces los resultados de la jornada liguera del fin de semana.

Su acceso al lugar no pasó inadvertido para las personas que estaban allí, que de inmediato les dedicaron miradas curiosas. Acaso por eso, buscando un poco de intimidad en aquel recogido local, optaron por ocupar una de las mesas que había al fondo. Orientadas hacia la entrada se colocaron las dos mujeres, en tanto que el escritor y la muchacha se acomodaron en las sillas que daban la espalda a la barra.

No tardaron demasiado en ser atendidos por un camarero bastante entrado en años, que anotó su pedido con rapidez. Casi la misma que exhibió a la hora de despachar la comanda: una caña para Clara y para Carlos, un refresco de naranja para Paula, otro de limón para Natalia y una generosa tapa de ensaladilla rusa para comer entre todos.

En cuanto aquel señor se marchó, Clara alzó su cerveza y, con semblante serio, añadió:

— Por nosotros, supongo…

En vista de la situación, aquel brindis estuvo lleno de desánimo y tristeza. Sentimientos, ambos, que nada tenían en común con el alegre sonido de los vasos chocando entre sí y que captó la atención de uno de los tertulianos que estaba departiendo sobre fútbol en la barra. Aquel hombre, desde la lejanía, esbozó una sonrisa bastante desconcertante al ser testigo de esa escena.

— Bueno, ¿qué habéis hecho todo este tiempo? —preguntó Paula a continuación, tras dar un sorbo a su bebida.

— ¿Además de tener pesadillas con el tal Zanka? —replicó Carlos, con retintín.

— ¡Oh, sí! —corroboró la chavala, haciendo caso omiso del tono que su compañero acababa de utilizar—. ¡Qué experiencia más desagradable!

— Desde luego —afirmó él, bajando la mirada a su espumoso vaso de cerveza—. No tenía la menor idea de quién era y cuando se presentó en mi piso de madrugada me llevé un susto terrible.

— Para mí lo peor fue el momento en el que empezó con el rollo ese del castigo —apuntó Natalia, parloteando de un modo atropellado—. Os tengo que confesar que ahí me cagué viva.

— ¿Y qué me dices de las pintas que tenía? —inquirió el escritor, abriendo mucho los ojos.

— ¿O de esa forma de hablar tan rara? —remarcó a su vez la chica que estaba sentada a su lado en aquella mesa.

— Joder, ni siquiera a mí se me habría pasado por la imaginación crear un personaje tan peculiar como él…

— Estaba un poquito estropeado, tenéis razón… —remató Clara, que aparentaba no tener demasiadas ganas de conversar.

Por toda reacción, Paula se limitó a confirmarlo con un ligero ademán, a la par que le venía a la cabeza la imagen del guardián del ciclo durante aquella inesperada visita. Evocó el instante en el que acudió a la puerta de su casa en medio de la oscuridad para encontrarse a ese sujeto frente al umbral. Tan cambiado que, en un inicio, le costó reconocerlo. Sin comprender, en realidad, qué era lo que estaba haciendo allí.

Mientras rememoraba aquel episodio, se hizo un incómodo silencio en torno a la mesa. Un paréntesis que ella empleó para observar, de soslayo, a los parroquianos que estaban en la barra del bar. Seguían charlando de fútbol, si bien parecía que estaban muy pendientes de lo que hacían los miembros de la pandilla. Este inusitado interés la indujo a plantearse, por un segundo, que quizás los estuvieran vigilando. No tardó en descartar ese pálpito por considerarlo absurdo.

Sin embargo, este desatinado pensamiento le permitió distanciarse de cualquier recuerdo de esa aciaga noche para percatarse de que más le valía reconducir el asunto si quería compartir con los suyos lo que se le había ocurrido a lo largo de su reclusión.

— ¿Algo más, aparte de eso? —insistió, intentando que los otros se olvidaran del administrador de la burbuja.

— Igual os parece una tontería, pero he aprovechado el encierro para estudiar —contestó la muchacha, sonriendo con timidez—. No sé, me dio por pensar una mañana que, después de tantos años de esfuerzo y de pegarme los veranos trabajando en la cafetería, era una lástima que la carrera se quedara colgada. Me descargué materiales de cursos anteriores, hice mis resúmenes, me puse a memorizar… Soy consciente de que va a ser imposible que tenga la oportunidad de terminar el Grado, pero…

— No es ninguna tontería. Entiendo a la perfección de qué hablas —intervino Carlos con una sorprendente amabilidad, tras haber oído con atención la historia de la camarera—. A mí me ha sucedido algo semejante. A ver, no me he dedicado a estudiar, aunque sí a escribir… Muchísimo, además… Relatos, cuentos, novelas cortas, ¿sabéis? No he dejado de tener ideas. Es lamentable que nada de lo que he hecho en este período sobreviva al bucle porque tengo la certeza de que ha sido lo mejor que he escrito en mi vida.

— Una pena, desde luego que sí —comentó Clara con tristeza, para, a continuación, mojarse los labios con su vaso—. Yo he estado bastante melancólica, por expresarlo de alguna forma… No he parado de acordarme de todo lo que he perdido. Cada día repasaba un montón de veces las fotos y los vídeos antiguos que tenía en el móvil de lo que era mi mundo antes de… Antes de esta locura —en ese momento tuvo que hacer una pausa para tomar una bocanada de aire—. No sabéis cuánto os he echado de menos, chicos.

Aquella declaración provocó, en todos, una idéntica respuesta: asentir mudos en tanto que sus bocas dibujaban una mueca rebosante de amargura y aflicción. No era necesario añadir nada ya

que, como suele decirse, un gesto vale más que mil palabras. Y, en estas circunstancias, era absolutamente indiscutible: por mucho que el futuro del grupo pareciera más precario que nunca, la verdad era que todos se alegraban de volver a verse.

Fue entonces, imbuida por ese sentimiento tan desgarrador y reconfortante al mismo tiempo, cuando Paula se lanzó de pleno para anunciar lo que tenía en mente:

— En mi caso, el dichoso arresto domiciliario me ha servido para hallar la manera de escapar de este puñetero infierno.

El efecto que esa frase tuvo en sus amigos fue inmediato. Con una mezcla de curiosidad, estupefacción y miedo, posaron sus ojos en ella. Lejos de amilanarse les devolvió la mirada y, sin rodeos, comenzó a explicarse. Había llegado la ocasión de desgranar con todo lujo de detalles lo que pensaba haber descubierto, con la esperanza de que una vez terminara, decidieran sumarse a su causa.

***

A medida que fue compartiendo las conclusiones que había alcanzado a lo largo del confinamiento impuesto por Zanka, no cesó de analizar cómo reaccionaban sus compañeros. Permaneció pendiente de sus rostros, vigilando el menor de los gestos que realizaban. Cualquier cosa, con tal de descifrar cómo les estaba sentando lo que habían escuchado.

Por momentos, observando el semblante de cada uno de ellos, pudo adivinar indicios de incredulidad, de inquietud y de preocupación. No era para menos. Tuvo la sensación, por ejemplo, de que la posibilidad de llevar a un punto de no retorno a la burbuja temporal incomodaba en cierto grado a Natalia. Mientras que, por el contrario, Carlos daba muestras de estar más abierto a explorar ese escenario. Clara, por su parte, mantuvo todo el rato una sólida cara de póquer que dificultaba intuir su percepción al respecto.

En cuanto acabó de hablar, ninguno dijo nada. Se creó una atmósfera densa y colmada de tensión, que ella asimiló a la calma que habitualmente precedía a una tempestad. En esos instantes, en

los que aguardaba a que alguien manifestara su opinión, la asaltó un repentino temor. ¿Y si no veían con buenos ojos su proposición? ¿Qué haría, pues?

— Paula, me vas a disculpar, porque lo que nos has contado me chirría un poco… —se atrevió a objetar la más joven del grupo para poner fin al mutismo generalizado.

— ¿Y eso?

— Verás… No paras de afirmar que esto no es real, que no estamos vivos…

— Exacto. ¿Acaso lo dudas?

— Entonces, ¿me quieres explicar por qué el refresco que me estoy bebiendo me parece tan auténtico como lo eran los que me tomaba antes de que este desastre sucediera? ¿O por qué estamos los cuatro en este bar, charlando sobre este tipo de asuntos? ¿No te das cuenta de que sería imposible si, como planteas, no existiéramos?

— Estamos muertos, Natalia —contestó con firmeza y esbozando una mustia media sonrisa.

— Quizás, ahí fuera —prosiguió la chavala, señalando con vehemencia hacia el exterior del local en el que se encontraban—. Pero no aquí, no dentro del bucle… Esto es lo único que nos queda. ¿Cómo puedes pedirnos que renunciemos a ello?

— Nada de esto es real…

— ¿Y tú cómo estás tan segura de eso?

Esta pregunta la pilló desprevenida por completo. Hasta tal extremo que no supo qué responder. Durante unos segundos aguantó callada, sosteniéndole la mirada. Todo ello, a la par que intentaba hallar la forma más adecuada de exponer una verdad que, desde su perspectiva, resultaba simple y evidente. Los hechos eran los que eran y no admitían discusión.

Y, cuando por fin tuvo claro cómo proceder, Carlos se le adelantó:

— Porque de otro modo nuestras acciones dejarían huella en este mundo. Y entiendes, igual que yo, que no es así.

— Pero… —balbuceó Natalia, anonadada.

— Tienes razón cuando dices que solo nos queda esto —continuó el escritor, posando una mano encima de la de la joven para tratar de consolarla—. Pero ahora, te pregunto, ¿de qué nos vale considerando nuestras circunstancias? Nada de lo que hagamos perdurará, porque a medianoche el circuito se reiniciará para regresar al principio. Nadie, aparte de los aquí presentes, se acordará de haber estado con nosotros. Para la gente que hay en este lugar somos fantasmas: no recordarán habernos visto en cuanto despierten, porque para ellos será como si jamás hubieran vivido este día.

— Es que…

— En realidad no estamos vivos. Hace tiempo que no lo estamos. Esto no es más que una ilusión. Es estúpido que nos aferremos inútilmente a ella —concluyó el hombre para, luego, centrarse en Paula—. Cuenta conmigo para terminar con esto.

Ella no hizo sino mover un poco la cabeza, en un gesto inequívoco de agradecimiento a su compañero por su apoyo. Casi a renglón seguido, se paró a observar a Natalia, que aparentaba estar digiriendo lo que acababa de escuchar. Las dos establecieron, por un instante, contacto visual: tuvo la impresión de que, a la postre, la chica parecía haber entrado en razón.

Sin embargo, aún era pronto para cantar victoria. Clara todavía no se había manifestado ni en un sentido ni en el contrario. Había asistido impávida a la conversación que los demás habían mantenido, sin que fuera posible conocer qué opinaba al respecto. Y todos sabían que, para que aquello prosperara, era indispensable recibir su beneplácito.

Paula se volvió, en ese momento, para escrutar con detenimiento a la persona que se sentaba a su lado. Tuvo la certeza de que, a pesar del escrupuloso silencio que había adoptado, no había cesado

de darle vueltas al tema. Era obvio que había estado sopesando los pros y los contras de los distintos argumentos de cada uno de sus camaradas.

No obstante, cuando por fin se decidió a hablar, fue para formular una pregunta tan sencilla como complicada:

— ¿Cómo tienes pensado hacerlo?

— Si te soy sincera, no tengo ni idea —respondió, encogiéndose de hombros—. Algo se nos ocurrirá. Estoy convencida de que si estamos juntos en esto lo lograremos.

— ¿De verdad crees que es posible? —insistió la mujer que ocupaba la silla contigua, sin desviar la mirada ni un milímetro.

— Sí —aseguró, con patente confianza en la voz—. La madrugada que Zanka vino de visita para explicarme lo del encierro estuvo bastante tenso, nervioso… Diría, incluso, que asustado. Intuyo que por eso me comentó cosas que, de haber estado más calmado, no se hubiera arriesgado a revelarme nunca.

— ¿Como cuáles? —intervino Natalia, contemplándola con creciente interés.

— Admitió que habíamos estado a punto de mandarlo todo al traste… También, que nuestra reclusión era la única manera de garantizar la estabilidad de la burbuja temporal.

— Ya veo… —murmuró Carlos mientras se atusaba los extremos de su bigotito.

— Tengo la sensación de que, en las condiciones actuales, conseguirlo será mucho más fácil de lo que parece —retomó Paula su discurso, tratando de infundir ánimo a sus amigos—. El propio Zanka, en su afán por impedir que el asunto se desmadre más de la cuenta, está causando mayores alteraciones de las recomendables.

— ¿Te refieres a cómo ha borrado de este plano el centro cultural? —replicó la líder del grupo, que en ninguna ocasión había dejado de observarla.

— En efecto —corroboró, enfatizando sus palabras con una rotunda afirmación con la cabeza—. Tal vez, si generamos nuevas anomalías como las que provocamos sin querer el día de los panfletos, podamos lograrlo. ¿Cómo lo veis?

No fue menester que nadie contestara. Con tan solo mirarlos a la cara, supo que lo había conseguido: sus compañeros de fatigas estaban dispuestos a intentarlo. Parecían decididos a aunar esfuerzos para escapar de aquella cárcel que no había hecho más que depararles opresión y sufrimiento, por muy poco halagüeñas que fueran las perspectivas en caso de tener éxito. Ahora, sencillamente quedaba que entre todos desarrollaran el plan de acción.

CAPÍTULO 12

— ¿Has pensado en lo que nos pasará si no sale bien?

Esta pregunta, realizada por Clara, solo unos instantes después de que ambas se dirigieran a la terraza del piso de esta para tomar el aire, la pilló desprevenida. En las palabras de su anfitriona, pronunciadas entre tremulantes susurros, detectó una preocupación tan insospechada como alarmante. Sobre todo, porque hasta entonces no había manifestado atisbo alguno de vacilación con respecto a lo que tenían en mente hacer.

Desde que los cuatro acordaron colaborar para conseguir la caída del circuito temporal, había sido la integrante del grupo que con más determinación la había apoyado. Siempre se había mostrado deseosa de trabajar, aportando ideas para que aquello cuajara. Incluso, no dudó en ofrecer su casa como centro de operaciones para trazar, entre todos, las líneas maestras de su proyecto.

Un complot que, por otro lado, habían analizado multitud de veces en el transcurso de esos últimos días en busca de cualquier mínima fisura capaz de mandarlo todo al traste. Habían actuado con la mayor de las cautelas, procurando no dejar huellas que facilitaran que alguien pudiera seguirles la pista. Eran conscientes de que tendrían una única oportunidad y de que no podían permitirse errores de ninguna clase. Debía funcionar sí o sí: no cabía más opción.

En cada una de las ocasiones en las que revisaron de manera minuciosa las distintas fases de su conjura no apreciaron flecos por los que necesitaran inquietarse. Ni siquiera en esa larga e intensa madrugada, en la que se habían reunido para repasar aquello antes

de ponerse manos a la obra. Todo estaba atado y más que atado. Había llegado el momento de la verdad.

— Va a salir bien —afirmó Paula, hablando en voz baja y esbozando una sonrisa tranquilizadora.

— No es eso lo que te he preguntado —insistió, observando su rostro con atención.

— Lo sé —replicó, intentando conservar la calma—. No tienes por qué agobiarte: lo vamos a conseguir. Si la vez anterior, sin saber lo que hacíamos, estuvimos tan cerca… Ahora, nada podrá detenernos.

— Y si la burbuja resiste, ¿qué?

Al igual que había ocurrido al comienzo de esta inesperada charla, se tomó su tiempo para contestar. Durante unos segundos, en los que sostuvo su mirada pretendiendo aparentar seguridad, trató de hallar la respuesta idónea. No era una tarea simple pues, teniendo en cuenta las circunstancias, lo que menos quería era asustar a su ya de por sí nerviosa compañera.

Y eso que, en el fondo, estaba plenamente convencida de lo que le había dicho en primera instancia. Todo marcharía a la perfección. No había, en su opinión, razones para el pánico. En realidad, al contrario: existían un sinfín de motivos por los que tanto ella como sus camaradas debían ser optimistas a la hora de considerar que en aquella jornada tendrían éxito.

En principio, porque el entorno en el que se encontraban en la actualidad estaba lo bastante debilitado a raíz de las modificaciones que, a la desesperada, había desarrollado el administrador del ciclo para mantenerlos a raya. A fin de cuentas, era un auténtico milagro que las medidas introducidas por el guardián no hubieran desencadenado su autodestrucción. Por eso, tenía la certeza de que a poco que hicieran para llevar al bucle a un punto de no retorno, lo lograrían.

Pero es que, además, había más. Contaban con la experiencia de lo sucedido en el pasado, cuando se dedicaron a repartir octavillas

por la calle sin mayor propósito que el de localizar a otras personas como ellos. Aquel día, sin percatarse de nada, estuvieron a las puertas de acabar con aquel odioso estudio. Gracias a eso, habían urdido un plan sólido e indetectable.

Dio vueltas en torno a estos argumentos con rapidez mientras continuaba con los ojos posados en los suyos. Creyó vislumbrar una sombra en su mirada, que hasta entonces le había resultado inadvertida. Entendió que nada de lo que comentara con la intención de levantarle la moral serviría. No era eso lo que Clara buscaba en aquel instante, formulando un interrogante así de espinoso. Sino que, sin duda, lo que perseguía era la confirmación por su parte de que sus temores, en el supuesto de fracasar, no eran infundados.

En cuanto lo comprendió, Paula se limitó, simple y llanamente, a responder a la cuestión que le había sido planteada con la máxima sinceridad posible:

— Me figuro que Zanka nos encerrará de nuevo en nuestras casas. Quizás para siempre.

— ¿No te preocupa esa posibilidad?

— ¿Y a ti? ¿Te preocupa?

— Yo he preguntado antes… —lanzó, sonriendo con timidez.

— Si eso llegara a pasar, ¿habría diferencia con lo que estamos viviendo ahora? Tanto si volvemos a sufrir un arresto domiciliario como si no, nuestra situación no cambiaría… Seguiríamos cautivas en esta espiral eterna.

La mujer con la que estaba hablando en la terraza no tardó en afirmar de forma ceremoniosa con la cabeza, otorgándole la razón. Despacito fue sobreponiéndose, aparcando la vulnerabilidad de la que había hecho gala hasta hacía un rato. No había rastro del velo que, brevemente, había estado opacando su mirada.

Y, tras proferir un sonoro suspiro, Clara aseguró:

— Nuestra única salida es hacer que esto se vaya al carajo…

— No nos queda más, ya lo sabes…

En ese momento las dos dieron la conversación por zanjada, sonriéndose con tristeza para luego apoyarse en la barandilla del balcón. Con los ojos fijos en el horizonte sostuvieron un completo silencio, admirando las vistas de aquella ciudad en la que habían recalado como consecuencia de los avatares de la vida. Todo ello al tiempo que, a lo lejos, el sol comenzaba a asomarse: estaban siendo testigos de un flamante amanecer dentro de aquel interminable lunes de septiembre.

— Bueno, mejor que entremos, que Carlos y Natalia no se empiecen a inquietar por si nos ha ocurrido algo…

— Concédeme un minuto, por favor… —solicitó Clara, con la voz entrecortada—. Me gustaría disfrutar de este amanecer por si es la última ocasión que tengo de hacerlo.

Dispuesta a brindarle a su anfitriona el imprescindible espacio para que estuviera a solas consigo misma, Paula asintió calladamente. Sin embargo, no se marchó de inmediato: aguantó ahí unos segundos, acariciando con suavidad la espalda de su compañera. Hasta que, al final, se encaminó hacia el interior de la vivienda para dejarla contemplando cómo el sol se alzaba en el cielo.

***

La Plaza de la Constitución era uno de los principales enclaves de aquella pequeña capital de provincias. Tenía una ubicación privilegiada, pues era un sitio de paso obligado para quienes quisieran dirigirse bien al núcleo urbano o al casco antiguo. Por todo esto se había erigido en un destacado punto de encuentro rebosante de comercios y de bares típicos.

Uno de los monumentos más relevantes de este representativo lugar era la Fuente de la Victoria. En tal grado era así que, a diario, infinidad de turistas acudían a hacerse una foto junto a ella. De igual modo, los bancos de madera que la rodeaban solían estar siempre ocupados por personas de todas las edades que se sentaban a

charlar con tranquilidad mientras gozaban del sonido de los maravillosos chorros de agua que manaban de la estatua.

Fue allí donde, poco antes de que el reloj marcara la una de la tarde, los cuatro miembros de la pandilla se presentaron listos para ejecutar la parte más importante de su plan. Todos portaban, en la espalda, una voluminosa mochila de color negro. En esta guardaban el material que creían necesitar para conseguir su objetivo, adquirido a lo largo de la mañana en distintas tiendas de electrónica.

Aunque había permanecido la totalidad de la jornada bastante serena, lo cierto fue que para Paula la etapa previa a tener que ponerse en movimiento fue la peor. Vivió aquel tramo, aguardando a escuchar la señal en el extremo norte de la fuente que presidía la plaza, sumergida en una especie de calma tensa. Después de tanta planificación y de tantos preparativos, deseaba más que ninguna otra cosa en el mundo hacerlo de una vez. Y esa espera, por corta que fuera, parecía no concluir nunca.

Cerró los ojos, con ambas manos agarrando con firmeza las correas de su macuto, para templar los nervios. Respiró hondo, intentando aislarse de cuanto acontecía a su alrededor. Visualizó mentalmente qué era lo que debía hacer: la ruta a recorrer, lo que tenía que decir, lo que ocurriría. Al tiempo que lo hacía, lo único en lo que era capaz de pensar era en que aquello tenía que salir a la perfección.

Justo entonces percibió una fuerte vibración procedente del bolsillo izquierdo de su pantalón. Era la alarma del teléfono, que indicaba que había llegado la ocasión que tanto había ansiado. El primer zumbido hizo que levantara los párpados de manera brusca y, además, que se le disparara el pulso. Sin vacilar un momento, cogió el móvil para silenciarlo. Luego, abrió la mochila para extraer de su interior un megáfono a pilas.

Aferró con brío la empuñadura del aparato. Contó hasta cinco para, en el acto, encenderlo. Lo alzó para situarlo a no excesiva distancia de su boca. Y, sin dilación alguna, caminó despacio calle

abajo resuelta a propagar a los cuatro vientos la realidad sobre el bucle.

La fase decisiva de su programa acababa de activarse. Cada uno de ellos partió en direcciones opuestas, para seguir un itinerario que habían diseñado con esmero en los días precedentes, con la intención de transmitir su mensaje a la mayor cantidad de gente posible. Consideraron, en base a su experiencia anterior, que esta era la vía más rápida y efectiva de cumplir con su propósito: cualquiera que oyera lo que tenían que proclamar con respecto a la burbuja temporal debería perder la razón y sembraría el caos. Con eso, seguro que era más que suficiente para terminar con todo.

No demoró mucho en comprobar los estragos que ocasionaron sus palabras en los individuos con los que fue cruzándose mientras exponía, con gran detalle, lo que sabía del experimento. Que, en verdad, era un montón. Quienquiera que la escuchara, ya fuera hombre o mujer, niño o anciano, de forma instantánea mutaba para entrar en un estado de completa rabia y descontrol. Caían en una clase de extraño trance que hacía que sacaran lo más horrible que llevaban dentro, guiados por un desconocido impulso de destrucción.

Algunos descargaron toda su furia en el mobiliario urbano, ensañándose con los contenedores o destrozando los escaparates de las tiendas. Otros, por su parte, no dudaron en abalanzarse encima de los transeúntes que aún no habían recibido el mensaje que había enajenado sus mentes para agredirlos. También los hubo, incluso, quienes arrastrados por un estado de total desesperación se lanzaron a la carretera para colapsar el tráfico.

Pronto, el caos campó a sus anchas por cada rincón de esa tranquila y apacible localidad. Los habituales sonidos de la ciudad se vieron reemplazados por una aterradora sinfonía de gritos enloquecidos, cristales rotos y sirenas de vehículos. El cielo, hasta ahora azul y despejado, se cubrió con una densa humareda que despedía un olor nauseabundo. Aquello se había convertido, en la práctica, en un frente de batalla.

En medio de este panorama tan dantesco, Paula continuó su andadura. Ni más ni menos que lo que era preciso hacer, aunque no fuera una tarea sencilla. A veces sintió la tentación de parar, de detenerse. Sin embargo, era consciente de que no había vuelta atrás: había ido demasiado lejos. Se esforzó por permanecer ciega a todo cuanto contempló, por muy violento que le resultara. Hizo oídos sordos de todo cuanto escuchó, por muy espeluznante que le pareciera. Desempeñó a rajatabla su cometido, sin saltarse ni una línea del guion establecido.

Durante varias horas realizó el recorrido que le había sido asignado, que la conduciría de regreso a la Plaza de la Constitución para reunirse con el resto de sus compañeros. Mientras lo hacía, captando para su causa a los desventurados que oían su discurso, experimentó sentimientos encontrados. Por un lado, un enorme alivio: estaba convencida de que lo conseguirían, de que lograrían la caída del ciclo. Pero, asimismo, notaba una gigantesca desazón al constatar cómo el lugar que tanto amaba era pasto de la locura y de la devastación.

***

— La hemos liado un pelín, ¿no creéis? —comentó con cierta inocencia Natalia, sentada junto a sus amigos cerca de la Fuente de la Victoria, observando el caos que la rodeaba.

— Pero solo un pelín… —contestó el escritor, con actitud burlona.

Apenas hacía unos minutos que los cuatro habían ocupado uno de los escasos bancos que habían salido indemnes de la vorágine que se había desatado en la Plaza de la Constitución, auténtico epicentro de la barbarie que había socavado los cimientos de la ciudad. Hasta entonces, ninguno de ellos había tenido ocasión de comprobar con sus propios ojos el destructivo alcance de su plan. Lo que afrontaron, en aquel momento, los dejó de piedra.

El sitio en el que se hallaban, uno de los más representativos de la población, estaba virtualmente asolado. Casi no quedaban monumentos, negocios o bares que no se hubieran visto

perjudicados por la espiral de salvajismo que dominó a quienes se cruzaron con alguno de los miembros de la pandilla a lo largo de la tarde. Por doquier era posible avistar a grupos de personas que corrían de aquí para allá, como pollos sin cabeza, deseosos por seguir provocando daño. Por el suelo había un reguero inagotable de cristales, tierra, piedras y sangre. Y lo peor era que aquello no tenía visos de cesar.

Esto fue algo de lo que no les costó mucho percatarse. A escasos metros de donde se encontraban, fueron testigos de cómo una anciana golpeaba con toda la fuerza de la que disponía las papeleras que todavía se mantenían en pie. A un poco más de distancia, a la izquierda de su posición, una banda de muchachos con pasamontañas perseguía a toda velocidad a una pareja de agentes de policía que trataba de huir después de un infructuoso intento por poner orden. Y, a la derecha, un puñado de sujetos descontrolados se preparaba para asaltar la sede de uno de los principales bancos del país.

— ¿Por qué pensáis que lo hacen? —inquirió Clara, sin dar crédito.

— ¿El qué? —replicó la chica, girándose hacia su compañera sin entender a qué se refería.

— Todo esto… Tanta ira, tanta violencia… Se han vuelto locos, como la vez anterior… ¿Por qué?

— La verdad los ha liberado —afirmó Carlos con rapidez.

— ¿Es eso lo que son ahora mismo? —soltó la mujer, dando la impresión de no estar muy convencida de lo que acababa de escuchar—. ¿Libres?

— Por supuesto. Y lo son gracias a nosotros —remarcó el hombre con complacencia, ratificándose en sus palabras.

— A mí me parece que están de este modo porque hay verdades que es mejor ignorar —sentenció Paula, interviniendo al final en la conversación.

A esas alturas, a cada instante tenía menos idea de cómo debía sentirse con respecto a lo que habían realizado aquella jornada. Era innegable que la conjura había tenido éxito y que, a buen seguro, entregaría los frutos esperados. Pero, sin embargo, no era capaz de ocultar que nada de lo que estaba contemplando le agradaba. En realidad, todo lo contrario.

Miraba a su alrededor y, más que satisfacción, el sentimiento que la embargaba era de una profunda tristeza. Un hecho que, en el fondo, le resultaba extraordinariamente chocante, pues no comprendía cómo podía estar afectada de tal manera por lo que había sucedido. O, mejor dicho, se resistía a aceptar el motivo por el cual estaba así de afligida: aquella era la primera vez en demasiado tiempo en la que tenía la certeza de que sus actos dejaban huella.

¿Habría propuesto aquella trama de haber conocido lo que ocurriría desde un principio? ¿Había estado tan cegada en su afán por escapar del bucle que no había llegado a plantearse las consecuencias de sus acciones? ¿O acaso había sido siempre consciente de ello y, no obstante, había elegido desestimarlo amparándose en la postura de que el fin justifica los medios? Quizás, lo mejor sería no ahondar demasiado.

Posiblemente por ello, guiada por el deseo de cambiar de tercio, se dirigió a los demás:

— ¿Sabéis algo de Martín?

— Justo lo que iba a preguntar—confesó Natalia al punto—. Llevo todo el día acordándome un montón de él.

— Yo también —añadió el escritor, con voz atribulada.

— Entre pausas con el megáfono he probado a llamarle, pero no daba señal —explicó Clara, sacando el teléfono del bolso—. La red estaba caída.

— ¿Zanka? —insinuó Paula, a lo que su amiga asintió con un gesto mientras se encogía de hombros.

Hasta entonces, desde que el complot arrancó, no pensó en el guardián de la espiral. Había estado tan centrada en cumplir con su labor que no se le había pasado por la imaginación la posibilidad de que este hiciera cualquier cosa para frenarles. Si bien, en apariencia, aparte de cortar las telecomunicaciones no había intentado nada más. Juzgó, por consiguiente, que tal vez había tirado la toalla, considerando la batalla por perdida desde el comienzo.

Visto lo visto, no era para menos. El panorama, en esa zona de la población, estaba por segundos más descontrolado. Y, por lo que podía oírse a lo lejos, un calco tenía lugar en diferentes áreas de la localidad. Aunque el tipo hubiera querido, no existía forma de reconducir aquella caótica situación. La burbuja estaba herida de muerte.

La evidencia irrefutable la tuvieron solo unos minutos después, cuando presenciaron varios fenómenos insólitos. Algunos edificios empezaron a desvanecerse con lentitud, adquiriendo un aire espectral. Otros, por su parte, dieron la sensación de mantenerse sumidos en un parpadeo constante que hacía que aparecieran y desaparecieran en un abrir y cerrar de ojos. Lo mismo acaeció, por extraño que pudiera parecer, con un gran número de los descontrolados sujetos que habían permanecido atrapados tanto tiempo en ese bucle perpetuo.

— Hay un asunto que, por mucho que me esfuerzo, continúo sin comprender… —comentó Carlos, rompiendo el silencio que se había generado en ese momento.

— ¿De qué se trata? —inquirió Clara, cuya mirada estaba focalizada en el constante titileo de un bloque de viviendas al inicio de aquella extensa avenida.

— ¿Cómo no ha ocurrido esto antes, si desde el principio no hemos hecho más que realizar variaciones en el experimento?

La respuesta a esta cuestión quedó en suspenso, pues ninguna fue capaz de decir absolutamente nada. Quizás, porque estaban demasiado impactadas por lo que estaba sucediendo como para

darle más vueltas de la cuenta a la cabeza. Acaso, porque en semejantes circunstancias aquella era una incógnita irrelevante, que no venía a cuento. O, probablemente, por una mezcla de ambos factores.

Sea como fuere, nadie pronunció una palabra en esta ocasión, lo que llevó al hombre a insistir:

— Os pongo, por ejemplo, mi caso. Si todo hubiera transcurrido según lo planeado, sin cambios, se supone que a las diez y media de la mañana debía haber tenido un accidente conduciendo. Sin embargo, no ha sido así porque en ese preciso instante me encontraba en el extremo opuesto de la ciudad comprando el megáfono…

— Has modificado el curso de los acontecimientos —dijo Natalia, tras haber escuchado a su compañero con atención.

— Y al igual que lo he hecho yo, lo habéis hecho vosotras…

— Tienes razón —corroboró la muchacha.

— Y en realidad, la cosa no para ahí —prosiguió él, todavía más animado que cuando se lanzó—. Al evitar lo que debería habernos pasado también hemos abierto la puerta a la posibilidad de que se produjeran eventos que no estaban previstos originalmente este día…

— Ya veo por dónde vas —lo interrumpió Clara, observándolo de reojo—. Sin enterarnos, lo hemos hecho siempre. Cada decisión, cada reunión o cada diálogo que se salía del guion fijado, desestabilizaba de un modo u otro la espiral.

— Entonces, ¿por qué no ha sido hasta ahora que ha peligrado la integridad del ciclo?

A pesar de que aún no había intervenido en la conversación, lo cierto era que ella había estado cavilando al respecto desde que tuvo comienzo. Mientras sus amigos estuvieron charlando, se planteó dos escenarios idénticos menos por una salvedad: en uno actuaba como cabía esperar y en el contrario desvelaba la verdad acerca del bucle.

En la primera situación se vio a sí misma acudiendo a una panadería cualquiera a comprar, sin que ninguna de sus interacciones con los demás comportara trastornos significativos para el sistema. En el segundo, se visualizó en aquel establecimiento, pregonando a voz en grito la realidad sobre el circuito. Nada más hacerlo, quienes se hallaban en el local perdían el juicio.

Y, después de pensar largo y tendido, se atrevió a apuntar:

— Entiendo que el sistema estaba preparado para soportar una cantidad determinada de alteraciones en los distintos reinicios. Nuestras interacciones diarias con el entorno o con cualquiera con el que nos topáramos apenas implicaban grandes desequilibrios… Eran pequeñas distorsiones que entraban dentro de lo calculado y que, además, les permitiría testar los límites de su experimento. Pero esto…

— Esto es una absoluta barbaridad —aseguró Clara, con tono sombrío.

Un tenso silencio acompañó a esta lapidaria frase, provocando que se asomaran a contemplar sobrecogidos la destrucción que habían causado. Entretanto, Paula siguió reflexionando sobre lo que acababan de hablar. Y, sin saber muy bien por qué, acudió a su mente la imagen aterrada de Zanka cuando fue a visitarla la noche en la que la encerró en su casa. Comprendió, en ese instante, que nadie del equipo científico a cargo del estudio barajaba el riesgo de que la burbuja pudiera llegar a ser aniquilada desde el interior. Lo que habían hecho, tanto en esa lejana ocasión como en esta oportunidad, sobrepasaba, con creces, cualquier vaticinio por parte de los investigadores.

Casi a la vez que permanecía absorta en sus elucubraciones, aconteció un novedoso fenómeno que confirmaba que el proceso estaba descomponiéndose: de pronto, empezó a llover. Tuvo lugar de manera súbita e impetuosa, adquiriendo la forma de un intenso aguacero que no hizo que las feroces turbas de enajenados reblaran. Podría decirse, incluso, que recibieron las gotas que se precipitaban

con saña desde el cielo como una señal para recrudecer sus ataques a cuanto se cruzara en su camino.

La reacción de los miembros del grupo, en trastornos el momento en el que se desató la tempestad, fue mucho más comedida. Todos ellos, sin excepción, sintieron una alegría contenida por volver a vivir un suceso que creían haber olvidado tras haber penado tantísimo tiempo en el bucle. Aunque, también, bastante desasosiego por lo que estaba por venir, pues les constaba que aquello no dejaba de ser un síntoma que evidenciaba que habían tenido éxito en la tarea que se habían propuesto.

Y así, conscientes de que lo único que les restaba era aguardar a ver lo que ocurría al final del día, se pusieron en pie para guarecerse de la lluvia en el piso de Clara como si lo que continuaba pasando a su alrededor fuera lo más normal del mundo.

CAPÍTULO 13

El caótico y descontrolado panorama que imperaba en el exterior nada tenía en común con la antinatural calma que se respiraba dentro del salón de aquella vivienda. Sentados en torno a una mesa de madera, los cuatro integrantes de la pandilla se mantenían con semblante serio y en completo silencio mientras, en la distancia, escuchaban los ecos de la devastación. Entremezclados con la tormenta, que ni mucho menos tenía la voluntad de detenerse, llegaban los ruidos de gritos, de sirenas de vehículos y de alguna que otra explosión.

Con cada uno de estos estruendosos sonidos, los instigadores de la salvaje e imprevista revolución torcían el gesto con desagrado. No parecían estar demasiado satisfechos con lo que estaba teniendo lugar en ese preciso instante, por más que se dijeran que se trataba de un mal necesario para escapar de la prisión en la que se había convertido el circuito. Quizás, habían llevado el asunto excesivamente lejos.

De repente, la inquietante quietud en la que habían quedado inmersos hasta entonces se halló quebrada por un violento timbrazo. El brusco zumbido los pilló a todos desprevenidos, suscitando actitudes dispares en ellos: Paula y Natalia pegaron un respingo sobre sus sillas, Carlos abrió los ojos como platos y Clara se volteó con rapidez para dirigir la vista hacia la entrada de la casa. Aparte de esto, ninguno efectuó el menor movimiento.

Tras unos segundos, volvió a suceder: ahora, la llamada fue más prolongada. Casi, como si la persona que estaba en el descansillo tuviera el dedo soldado al pulsador. Cuando cesó el sonido se buscaron las caras con cautela: daba la sensación de que conocían

de antemano la identidad de su impaciente visitante. Y, sin mediar palabra alguna, se levantaron para acudir con andares pesarosos a la puerta.

En el umbral, como cabía esperar, estaba Zanka. Ver de nuevo al centinela del bucle los impresionó bastante, en especial porque su aspecto era muy diferente al que exhibió en la última oportunidad en la que se toparon con aquel tipo. Había encogido de manera considerable y, además, presentaba una delgadez extrema. Apenas tenía pelo y su tez amarillenta estaba perlada por multitud de gotas de sudor. Su traje, esta vez de color negro, estaba hecho jirones.

Pese a todo, mostraba un vigor nunca antes contemplado en él. De tal forma era así que, en cuanto le fue posible, accedió al interior del piso sin aguardar a ser invitado. Y, evidenciando un enfado descomunal, vociferó:

— ¿Tenéis la más mínima idea de lo que habéis hecho?

Apabullados ante la inesperada irrupción del hombrecillo, nadie replicó. En gran medida, porque no entendían muy bien las intenciones de aquel encuentro. Por ello, permanecieron con la boca cerrada al tiempo que intentaban eludir todo contacto visual con él. Esto no hizo sino irritar al desesperado sujeto que, frenético por obtener respuestas, clavó sus hundidos ojos azules en cada uno de ellos. La mirada que les dedicó a continuación fue fulminante, cargada de rabia y frustración.

— ¿Qué coño os pasa? ¿Por qué no contestáis? —insistió, encendiéndose por momentos—. ¿Estoy hablando en chino o es que os ha comido la lengua el gato?

La tensión, en aquel punto, podía cortarse con un cuchillo. Y, al igual que había ocurrido previamente a que formulara esas preguntas, los escrutó con gesto hosco mientras ninguno de los que allí se hallaban se atrevía a rechistar. Sin embargo, en el instante en el que posó sus ojos en Natalia tuvo lugar algo que no hizo más que incrementar las hostilidades: la joven, dominada por el nerviosismo, esbozó sin advertirlo una desafortunada sonrisa.

— ¿Y tú de qué te ríes, niña? ¿Qué es lo que te hace tanta gracia? —inquirió el tipejo, encarándose con ella.

— Nada, nada… —murmuró la muchacha a la par que negaba enérgicamente con la cabeza, cohibida por el súbito arrebato de furia de aquel sujeto.

— Zanka, por favor… —trató de terciar Carlos, poniendo una mano sobre el hombro del colérico individuo—. No hay por qué perder los estribos.

— ¿Y por qué no? —estalló, volteándose con violencia para enfrentarse al escritor—. ¿Qué sentido tiene que mantenga la calma ahora que lo habéis mandado todo al traste?

Una vez más, silencio. Aunque, en esta ocasión, con un matiz distinto: los cuatro se observaron de reojo, como si no estuvieran demasiado seguros de qué había querido decir el guardián del circuito. ¿Significaba aquello que habían tenido éxito? ¿Implicaba que el experimento había concluido?

Esta incógnita reconcomió por dentro a Paula, que después de darle vueltas a ese pensamiento, se aventuró a alzar la vista y susurrar:

— Entonces, ¿se ha terminado?

— Sí, se ha terminado —le respondió, mirándola de soslayo.

Ahí estaba, tajante. La confirmación que tanto habían ansiado: el final de su calvario sería inminente. Apenas los separaban unas cuantas horas para despedirse para siempre del tormentoso ciclo de repeticiones en el que se habían convertido sus días. De manera definitiva abandonarían la espiral.

Lejos de reflexionar sobre las fatales repercusiones de esta circunstancia, los cuatro no dudaron en alegrarse al conocer la noticia. Paula profirió un suspiro de alivio, al tiempo que sonreía con timidez, al constatar que su pesadilla cesaría muy pronto. Por su parte, Clara y Carlos se fundieron en un efusivo abrazo, en tanto que

Natalia daba palmas como loca. Todo ello, ante la atónita presencia de Zanka, que no entendía la situación.

— Pero, ¿de qué vais? ¿A qué viene esa euforia? ¿Qué se supone que estáis celebrando? ¿Sois conscientes de los terribles efectos de vuestros actos? —preguntó el hombrecillo, contemplándolos entre el estupor y el desconcierto—. No os comprendo… ¡Esto es el fin! ¡Todo se acabó! ¡El experimento! ¡La burbuja temporal! ¡Este mundo! ¡Vosotros! ¡Yo!

— Lo sabemos —aseveró Clara, con un tono de voz sorprendentemente firme.

— ¿Lo sabéis? ¿De veras? —replicó el diminuto personaje, fijando sus fríos ojos en ella—. ¿Y aun así os felicitáis? ¿Qué os pasa? ¿Estáis enfermos o qué?

— Ni por asomo. Nada de esto era suficiente —afirmó Carlos con idéntica confianza a la exhibida antes por su amiga.

— ¿Que esto no era suficiente? ¿Y qué más queríais? —inquirió sin dar crédito—. ¡Habéis tenido la posibilidad de hacer lo que desearais, sin importar las consecuencias! ¡Una ciudad entera ha estado a vuestra completa disposición!

— ¿Y de qué sirve si no podemos dejar huella? —planteó Paula, interviniendo por vez primera en la conversación.

— ¿Qué va a ser de vosotros? ¿Qué va a ser de mí? —se lamentó, apesadumbrado y cabizbajo.

La tristeza que su visitante evidenció entonces hizo que la mujer experimentara un singular sentimiento. Por un momento se olvidó de sí misma para ponerse en su piel, explicándose el motivo por el que estaba tan afectado por la supresión del ciclo: su propia pervivencia estaba ligada, intrínsecamente, al proceso.

Este era un aspecto sobre el que, hasta ahora, jamás se había detenido a pensar. Para ella, aquel sujeto siempre había sido un enigma colosal, si bien sus orígenes en ningún caso la habían intrigado. Ignoraba si estaba hecho de código o si era una especie

de androide. A esas alturas, era algo que poco le preocupaba. Lo único que contaba era que, al igual que ellos, pasaría a mejor vida en cuanto el reloj señalara la medianoche.

— Zanka, ¿cuál crees que ha sido la mayor enseñanza que he sacado del bucle? —en ese punto Paula calló, mientras establecía contacto visual con el afligido individuo—. Que nada debería durar eternamente. La vida es efímera y es por eso por lo que de verdad merece la pena. Hasta el más mínimo segundo es importante, por insignificante que pueda parecer. Nunca se sabe cuándo va a terminar todo… Y no, no tiene sentido una existencia en la que sea posible hacer lo que uno desee o en la que no haya consecuencias. Porque, en realidad, eso no es vivir. Seguro que lo entiendes a la perfección —por un instante sostuvo la mirada del guardián, que se mantenía en silencio—. Sabes igual que yo que esto no debió ocurrirnos. Todo debe tener un final. Es hora de permitir que las cosas sigan su curso. Es hora de que nos marchemos.

Cuando paró de hablar, la examinó dando la impresión de que no estaba en absoluto convencido de lo que acababa de escuchar. Una sensación que quedó refrendada después de que, tras arquear las cejas con escepticismo, negara con un somero gesto de cabeza. Sin embargo, no contestó: caminó con lentitud hacia la puerta para abandonar la casa sin despedirse.

***

Transcurridos unos minutos de esta inesperada visita, los cuatro se dirigieron hacia la terraza para permanecer allí el resto de la jornada. Desde ahí tenían una vista privilegiada de lo que estaba sucediendo en las calles de la ciudad, incapaz de eludir la destructiva espiral que la llevaría a su propia aniquilación. Ni las lluvias torrenciales ni las constantes muestras de deterioro del circuito amedrentaban a sus descarriados habitantes. El festival de caos y perdición parecía que no iba a concluir jamás.

No obstante, en esta ocasión los cuatro no prestaron una excesiva atención a lo que estaba aconteciendo en el exterior. En tales circunstancias carecía de objeto. Por ello, optaron por afrontar

ese último tramo disfrutando de su mutua compañía. Durante ese grato rato de charla hubo lugar para que conversaran acerca de algunas de sus experiencias en aquella etapa o, también, para que intercambiaran confidencias que hasta la fecha no se habían atrevido a compartir con los demás.

Hasta que, en torno a las once y media de la noche, Natalia decidió preguntar:

— ¿Cómo suponéis que será?

— ¿Te refieres al colapso de la burbuja? —replicó en ese momento Paula, recibiendo una rauda afirmación por parte de esta —. Si te soy sincera, no tengo ni idea…

— Imagino que será como la primera vez —aventuró Carlos como si aquello no tuviera la menor relevancia.

— ¿Qué insinúas? —requirió la muchacha, bastante desubicada.

— A cuando morimos, naturalmente —especificó de inmediato el escritor, complementando sus palabras con una extraña mueca con la boca.

— Más vale que no sea así, porque fue muy desagradable — manifestó Clara con patente disgusto.

— Ya te digo, tía —apostilló Natalia.

En silencio, sin moverse del sitio que estaban ocupando hasta ahora, los miembros del grupo otearon el cambiante horizonte urbano. Mientras contemplaba las cada vez más frecuentes alteraciones que se estaban desarrollando, Paula no podía creerse lo mucho que se había estropeado aquel espacio en apenas unas horas. Cualquier semejanza con lo que había presenciado al amanecer desde ese mismo balcón era una mera casualidad. Lo que estaban viendo sus ojos, en aquel instante, era un fenómeno más característico de una aterradora distopía que una realidad.

Casi al mismo tiempo que cavilaba sobre esto, comenzó a dar vueltas a lo que acaecería en cuanto llegara a la medianoche. Un tema al que, honestamente, no le había echado demasiadas cuentas

hasta que la chavala lo mencionó. Había estado tan focalizada en hacer que la burbuja temporal estallara que no se había preocupado por lo que ocurriría al conseguir su objetivo.

¿Qué era lo que, en cuestión de minutos, les pasaría tanto a ella como a sus amigos? ¿Sería como fallecer de nuevo? ¿Acaso podía considerarse que, dentro de aquel bucle infinito, habían estado de veras vivos? ¿Sí? ¿No? ¿Experimentaría algo similar a la primera vez, como sostenía su compañero? ¿Y cómo fue por aquel entonces? ¿Era capaz de recordar, a esas alturas, lo que sintió tras ser arrollada por aquel autobús?

— No sé por qué, pero estoy convencida de que cuando suceda ninguno nos enteraremos —comentó Clara, sacándola de su ensimismamiento—. Me figuro que será una cosa breve y sencilla. Sin dolor. Como si desenchufaras un aparato: un momento está conectado y un segundo más tarde…

— Aunque habrá alguna señal que nos muestre que esa desconexión va a producirse, ¿no te parece? —inquirió Carlos, bastante asombrado por lo que acababa de escuchar.

— ¿Cómo que una señal? —le respondió con actitud burlona.

— ¡Yo qué sé! —exclamó el escritor, con una media sonrisa en los labios—. Una explosión, un terremoto, una erupción… Algo por el estilo.

— ¡Qué va, qué va! —negó con vehemencia la mujer—. Supongo que, simple y llanamente, no ocurrirá nada.

— Pues a mí me gustaría que nos desintegráramos despacito, sin sufrimiento… Y que nuestras partículas permanecieran un ratito flotando en el aire hasta desaparecer para siempre —indicó Natalia, participando por primera vez en aquel extravagante debate.

— Como imagen final desde luego que es bien bonita —afirmó el hombre, asintiendo con la cabeza.

— ¿Y qué hay de ti, Paula? ¿Qué crees que pasará? —quiso saber la anfitriona, girándose hacia ella.

La pregunta que acababan de plantearle la pilló de improviso. En gran medida, porque continuaba sin tener la menor idea de qué decidir a propósito de aquel asunto. Había estado oyéndolos con atención, siguiendo la conversación con interés e intentando crearse una opinión. Sin embargo, por más que reflexionaba, más complejo le resultaba realizar cualquier conjetura acerca de lo que iba a suceder.

Confusa, ignorando qué contestar, miró a cada uno de sus camaradas. Escrutó con rapidez sus rostros, notando mientras tanto cómo se le empezaba a hacer un nudo en la garganta. Y, sin más, se limitó a decir la verdad:

— Con estar con vosotros, me vale. Lo que tenga que venir después, me da exactamente igual.

No hubo posibilidad de que ninguno de sus amigos replicara. Justo en ese instante comenzó a sonar la alarma de su teléfono móvil: la había preparado, sin mencionárselo a nadie, para que saltara a las 23:59 horas. Cuando se escucharon las notas iniciales de "*The House of the Rising Sun*", comprendieron lo que significaba. Por ello, embargados por una profunda emoción, se cogieron de las manos a la espera de que transcurriera aquel último minuto.

La medianoche trajo consigo un repentino y resplandeciente fogonazo de luz que provocó que todo cuanto formaba parte de la burbuja temporal se desvaneciera. Una sensación de agradable calidez se apoderó de ellos durante unos segundos, hasta que perdieron la consciencia. Y, tras esto, no hubo nada.

NO OLVIDES ESCRIBIR TU RESEÑA

Si te ha gustado el libro, ¿por qué no pones una reseña?

Es muy sencillo, no tardarás más de cinco minutos en hacerlo y me sería de gran ayuda.



Escanea el código QR, entra en Amazon y deja tu valoración.

¡Muchas gracias!

DIEGO M. B. DOMÍNGUEZ



Diego M. B. Domínguez (Algeciras, 1988) es periodista y escritor. Graduado en Periodismo por la Universidad Rey Juan Carlos y Máster en Comunicación Audiovisual de Servicio Público por la UNED, ha desarrollado gran parte de su trayectoria en el ámbito del periodismo deportivo.

Su experiencia abarca desde el fútbol profesional hasta categorías más modestas, siempre con una constante: contar historias. Porque, en el fondo, esa ha sido siempre su verdadera vocación. Desde pequeño, escribir ha sido una parte esencial de su vida. Como le gusta decir, el periodismo no es más que literatura hecha con prisas y, quizás por eso, ambos mundos han terminado encontrándose en su camino.

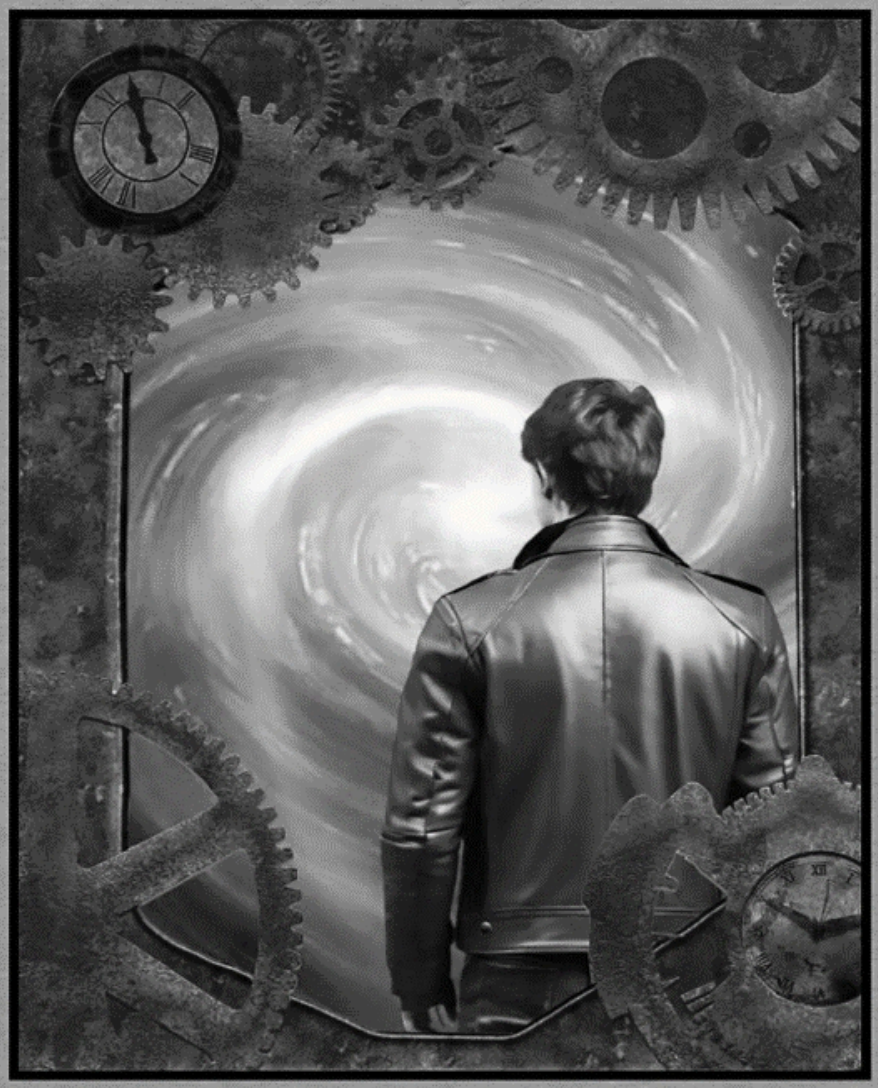
En enero de 2023 inició su etapa como novelista con *La última misión*, una historia de viajes en el tiempo. A esta le siguieron *Qub1k* (2023), *El juego del tren* (2024), *El inexplicable suceso del Monte del Vigía* (2025) y *El pintor y la sombra* (2025).

Ahora presenta su sexta novela, *El bucle de Paula*, consolidando una trayectoria literaria marcada por la intriga, la imaginación y el deseo constante de atrapar al lector desde la primera página.

OTROS TÍTULOS DEL AUTOR

LA ÚLTIMA MISIÓN

La última misión

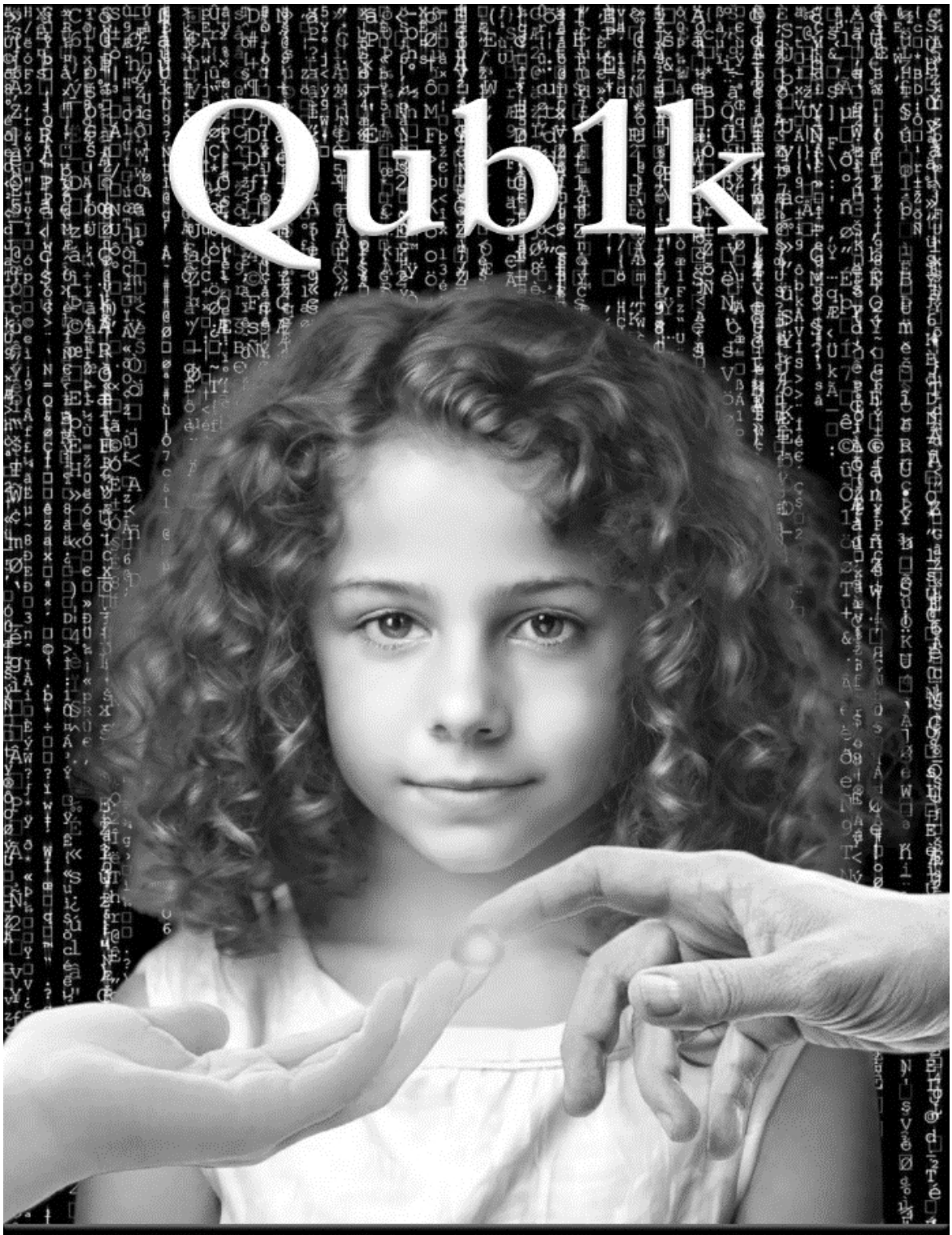


Diego M. B. Domínguez

“Nico, el agente más exitoso de una misteriosa organización que persigue la completa restauración de la línea temporal, recibe de manera inesperada el encargo que siempre ha estado esperando. Si todo sale bien, conseguirá poner fin al caos en el tiempo para disfrutar, así, de una vida normal. De este modo acaba viajando al pasado, apenas unos meses antes de la aparición de las primeras anomalías, para seguir de cerca a Cristina: una mujer aparentemente normal, que sin embargo está llamada a jugar un papel determinante en esta decisiva misión. La última tarea. El último encargo. La última misión. El final de todo”.

QUB1K

Qub1k



Diego M. B. Domínguez

"En los últimos tiempos, el 13 de noviembre se ha convertido en una fecha maldita. Cada año, sin excepción, se ha producido el secuestro de una niña sin que la policía haya podido resolver ninguno de los casos. Esta serie de inexplicables desapariciones acabará vinculando al inspector Miguel Rupérez en el año 2188 y a Sara, madre de una niña de diez años, en el año 2010. Detrás de la conexión entre ambos se encuentra Qub1k, un sistema de realidad virtual clandestino enormemente adictivo y letal. ¿Qué relación existe entre los trágicos raptos y este misterioso programa? ¿Será posible resolver este terrible rompecabezas?"

EL JUEGO DEL TREN

EL JUEGO DEL TREN



Diego M. B. Domínguez

“Un escritor se dispone a emprender su tranquilo viaje de regreso a casa en tren después de haber participado en un evento literario en Madrid. Sin embargo, pronto descubre que el trayecto no va a ser en absoluto tan apacible como esperaba. Contra su voluntad acaba convirtiéndose en el actor principal del retorcido entretenimiento que le propone una viajera que forma parte de un misterioso y siniestro club de jugadores. Y, en consecuencia, deberá tomar una elección imposible: salvar su propia vida o la del resto de los integrantes del pasaje”

EL INEXPLICABLE SUCESO DEL MONTE DEL VIGÍA

EL INEXPLICABLE SUCESO DEL MONTE DEL VIGÍA



DIEGO M. B. DOMÍNGUEZ

"El comienzo de las vacaciones de primavera en la universidad es el momento elegido por Álex para visitar a Rebeca, su querida amiga de la infancia. Las dos llevaban sin saber nada la una de la otra desde que eran pequeñas y pasaban juntas los veranos. Afortunadamente, cuando por fin vuelven a verse tienen la impresión de que el tiempo no ha pasado. Con la intención de hacer que su anhelado reencuentro sea todavía más especial se dirigen hacia el lugar en el que solían acampar en su niñez: el Monte del Vigía. Es ahí donde los acontecimientos experimentan un inexplicable giro que pondrá todo su mundo patas arriba. ¿Qué ocurrió en el Monte del Vigía?".

EL PINTOR Y LA SOMBRA

El pintor y la sombra



Diego M. B. Domínguez

"En una intensa tarde de tormenta, el exitoso pintor Ernesto Sanabria acaba de finalizar su último cuadro. No es una obra cualquiera, sino una que ha estado postergando durante años. Justo en ese momento recibe una visita tan temida como inesperada. Con ella realizará un viaje que le hará rememorar los principales hitos de una vida que no ha sido tan brillante como parece".